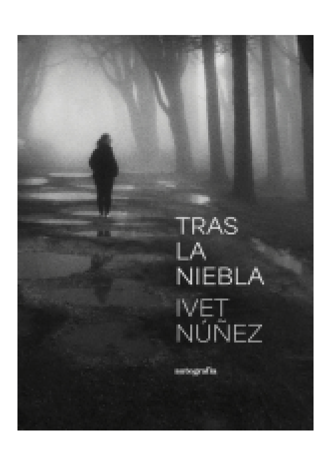

TRAS
LA
NIEBLA
IVET
NÚÑEZ



TRAS LA NIEBLA

IVET NÚÑEZ

autografia

TRAS LA NIEBLA

IVET NÚÑEZ

autografía
EDITORIAL

Barcelona, 2023

Tras la niebla

Ivet Núñez

isbn: 978-84-10047-95-2

1ª edición, noviembre de 2023.

Editorial Autografía

Calle de las Camèlies 109, 08024 Barcelona

www.autografia.es

“Una buena madre vale por cien maestros”

“No hay lugar como el hogar, excepto

la casa de los abuelos”

1

ABRIL

19 de junio de 2022, una semana después del final

del Arde Lucus

El número diecinueve nunca me ha gustado, pero la ironía ha querido que se convierta en la fecha de mi muerte. Está anocheciendo cuando mis piernas hacen un esfuerzo por incorporarse y las rodillas se quejan. Intento andar, pero tengo los pies atados y cada paso supone un suplicio. La herida de mi cintura, provocada por el roce de la cadena que me aprisiona, supura un líquido grumoso que ensucia mis caderas y resbala por los muslos hasta llegar al suelo. Oigo el ruido de las ratas cerca de mí. Ya no sé cuánto llevo así, mi cuerpo está cansado y pide una tregua que no llegará. He perdido el tiempo y no queda apenas margen para escapar. Estoy metida en una trampa de la que es imposible salir. Tengo la garganta seca por la falta de agua y un nudo en el estómago que me recuerda las horas que llevo sin comer. La piel que rodea la herida de la cabeza está tirante, a punto de agrietarse. Resisto el impulso de rascarme entrelazando los dedos.

Me encuentro en el primer piso de una casa destartalada en pleno centro de la ciudad. Se parece a la que pude ver cuando empezó esta historia. Todo a mi alrededor es basura, hay condones, jeringuillas y cristales. El moho tiñe la pared de un negro repugnante y crea manchas deformes alrededor de los desconchones. Todo en la habitación atestigua el paso del tiempo. Ignoro la plaga negra que se ha adueñado de las paredes de este cuarto inmundo y dejo caer la cabeza hacia atrás. La nieve provocada por la caída de la pintura salpica mi pelo aquí y allá. Las arañas y las ratas se turnan para recorrerme los pies. Decido no moverme para evitar clavarme más cristales.

Delante de mí hay una ventana que me proporciona cierta distracción. Está cubierta con un plástico sucio que no me impide ver a los grupos de turistas que pasean por la muralla con sus guías, a los corredores amateurs concentrados en superar su tiempo e incluso a adolescentes que se preparan para el botellón. Los distingo gracias a la luz de las farolas, pero ellos no parecen darse cuenta de que una mujer encadenada les suplica que la salven. La niebla que empieza a escalar por las piedras centenarias nos separa irremediablemente. Nadie me oye pese a que me he desgañitado durante horas.

Estoy sola en este pozo de inmundicia donde voy a morir. Nadie vendrá a rescatarme, nadie me echa de menos. Aquí acabará mi vida, entre porquería. Una metáfora de mis últimos quince años, que han sido, como mi muerte, un desperdicio. Ina tenía razón, no debí meterme en esta historia. Tenía que haberle hecho caso. Si no hubiera dado yo misma los pasos que me han conducido hasta este edificio abandonado, estaría en casa tranquila, viendo la televisión o leyendo. Pensar en una cama con sábanas limpias me da ganas de llorar.

La herida de la cintura me escuece cuando me levanto y la cadena no deja margen para avanzar más que unos metros, hasta la esquina donde hago mis necesidades. Cuando desperté desnuda en el colchón mugriento que ocupa gran parte de este cuartucho, decidí mantener cierta dignidad. Lo más fácil hubiera sido permanecer tumbada y hacerlo todo ahí como un perro, pero en ese momento aún pensaba que iba a salir de aquí con vida. Ahora sé que no será así. Aquí será donde muera y nadie se acordará de mí. Me he encargado yo misma de aislarme. He tirado mi vida al contenedor gris a cambio de una pequeña columna en El Progreso donde ahora unos extraños lamentarán la muerte de una escritora fracasada.

La madera vieja cruje a mi derecha y una figura aparece en el marco de la puerta. Lleva una túnica marrón y una máscara negra. No puedo distinguir si se trata de un hombre o una mujer. Aquí está. Ha llegado el final.

— ¿Quién eres? — pregunto mientras me levanto. Me sujeto en las paredes para no caerme y el yeso blanco se deshace bajo mis manos.

La figura me mira y se aproxima. Pasa una mano enguantada sobre la herida que la cadena me ha provocado en la cadera y que supura un líquido apestoso. Me clava los dedos en la llaga haciéndome gritar. La niebla trepa por las farolas hasta oscurecer la ciudad.

2

NATALIA

Viernes 10 de junio, segundo día del Arde Lucus.19:00h

Cuando Natalia salió de entrenar en la piscina municipal As Pedreiras aún quedaban prácticamente tres horas de sol. Le encantaba el verano. Cada día, después de un entreno que la dejaba exhausta, aprovechaba para volver andando a casa con la única distracción de una playlist a todo volumen en sus AirPods de última generación. El invierno era muy distinto: la oscuridad que la recibía al salir de la piscina la deprimía y solía irse directamente a casa, donde después de calentar un tupper veía alguna serie y se dormía en el sofá. Estaba sola, pero era una soledad buscada. Hacía meses que había emprendido una huida inconsciente para mantenerse a salvo. Para ello abandonó el pueblo y se trasladó a la ciudad, donde empezó un grado en nutrición y dietética.

Ese día, como era verano y estaba de buen humor, decidió llamar a Lucía para dar una vuelta por el centro. Quedaron en la calle de los vinos y se sentaron en los inmensos taburetes de madera que la franqueaban a ambos lados. Los minutos pasaron sin que se percataran de que alguien las vigilaba de cerca, apoyado en la piedra fresca que articulaba la calle y que empezaba a recoger la humedad de esa noche de verano. Dos cañas después se dispusieron a dar un paseo por la muralla para que el viento fresco les despejara las ideas. Cruzaron la majestuosa Praza Santa María, donde un grupo de adolescentes competía por ver quién conseguía trepar más rápido el muro que delimitaba la catedral.

Al llegar frente al templo subieron a la muralla. La grava se le metió en las zapatillas y Natalia tuvo que apoyarse en las piedras centenarias para sacar tres piedrecitas que, al clavarse en la planta del pie, le producían una gran incomodidad. Anduvieron sintiendo en el rostro el calor de los rayos de sol que ya se escurrían del cielo.

Llegaron a una parte de la muralla en la que había poca arena, prácticamente solo se extendían frente a ellas piedras húmedas que solían provocar caídas a quien no andaba con ojo. Se pararon a hacerse una foto para las redes sociales. Sonrientes, repitieron la instantánea una decena de veces, hasta que las dos le dieron el visto bueno. La subieron a Instagram y, de la mano para no tropezar, siguieron avanzando mientras señalaban casas derruidas, fincas plagadas de maleza, basura que se acumulaba en terrenos sin edificar que a menudo servían de aparcamiento a los vecinos.

Su amistad se había afianzado con facilidad. Las había presentado un amigo en común en un pub hacía apenas diez meses. Aunque de primeras no se cayeron nada bien, solo hicieron falta dos sábados para darse cuenta de todo lo que compartían. Lucía era de Miño, un pueblecito de costa cerca de A Coruña donde cada verano se agolpaban centenares de personas ansiosas por disfrutar de las aguas cristalinas y heladas del Atlántico. Allí había dejado a sus padres un año y medio antes, cuando decidió mudarse a Lugo con la intención de montar una peluquería. La casualidad y el Concello habían querido que la fecha escogida hacía meses para la inauguración de Por los pelos coincidiera con las fiestas del Arde Lucus.

— Acuérdate, mañana a las 20h, no llegues tarde — le recordó Lucía, consciente de que su amiga era de todo excepto puntual.

— Lo llevo tatuado — respondió Natalia mostrándole el brazo donde había escrito a boli la fecha y la hora de la inauguración— . Me has dado tanto la lata con el tema que ¡cómo narices se me va a olvidar!

Siguieron andando por la muralla cotilleando sobre el último ligue de la futura peluquera, un chico de Cádiz que se había enamorado de Galicia después de hacer el camino de Santiago. El gaditano trabajaba en la tienda de merchandising del Lugo, un puesto que había conseguido unos años antes después de mucho insistir. Cuando el Cádiz bajó a segunda, lo único positivo que pudo sacar es que tendría entradas para verlos en el Anxo Carro la temporada siguiente. Lucía lo había conocido allí, en la tienda del Lugo cercana a la estación de autobuses, donde había ido a comprar la camiseta del equipo local con el dibujo de una cerveza.

— Fue amor a primera vista — dijo Lucía.

— El tercero este mes — resopló, fingiendo estar cansada de las anécdotas de su amiga.

Natalia disfrutaba de los paseos con Lucía y se divertía con sus líos amorosos tan efímeros como variados. Había perdido la cuenta de las veces que su amiga había encontrado al amor de su vida en esos meses y le fascinaba la capacidad que tenía de ilusionarse y sentirlo todo como si fuera la primera vez. Ella no sentía nada desde hacía ya dos años, cuando después de entrenar en el pabellón de su pueblo un tipo con un cuchillo la abordó al bajar del coche y la añadió al 97% de mujeres que alguna vez han sufrido una agresión sexual.

— ¿Estás bien? Te noto distraída y ahora viene la mejor parte de la historia — preguntó Lucía.

Natalia asintió, prefería no volver a revivir aquella noche ahora que empezaba a salir del pozo. Anduvieron así un buen rato, hasta que se dieron cuenta de que ya habían dado dos vueltas a la muralla y eran cerca de las once. Se pararon a observar el grafiti del romano que se había convertido en el lugar más fotografiado de la ciudad. El soldado les devolvió la mirada, altivo desde el otro lado de la calle, y no pudieron más que admirar los trazos firmes que lo construían. Lucía miró el reloj y se despidió con prisa, pero Natalia no tenía ganas de estar sola ni de volver a casa. No hacía nada de frío y se ofreció a acompañarla hasta el coche, que estaba aparcado en la Milagrosa, aunque su piso estaba en dirección opuesta. El trayecto se le hizo corto. Se detuvieron a beber agua en la fuente de la Rúa San Marcos y continuaron su camino atravesando la muralla para tomar la Avenida de Coruña. Esa calle, una de sus favoritas en la ciudad, solía parecerle larguísima cuando las tiendas no estaban abiertas y no había ambiente, pero esa noche se comprimió para llevarlas hasta el coche mucho más rápido de lo que hubiera deseado. Una vez ahí, Lucía insistió en llevarla a casa, pero Natalia prefirió volver andando y aprovechar la luna llena que coronaba el cielo esa noche. La buena temperatura acabó de convencerla. Se despidieron hasta la noche siguiente y Natalia se quedó sola.

Lucía salió a toda velocidad en dirección a la Abella, donde

compartía piso con su hermano mayor. Natalia tomó el camino contrario para dirigirse a su piso en Ramon Ferreiro. La avenida estaba desierta, todo el mundo celebraba las fiestas en el centro. Agradeció el viento fresco y agradable que soplaba a esas horas de la noche. Calculó media hora hasta su casa, pero nunca llegó. La sombra que las había seguido sin que se percataran la atrapó a la altura de la Rúa Illas Cíes.

— ¿Eres Natalia Fernández?

En cuanto la joven respondió, la sombra le asestó un fuerte golpe en la cabeza que la dejó inconsciente.

3

ABRIL

Sábado 11 de junio, 19:00h. Tercer día de Arde Lucus 2022

El público chilló en el mismo instante en el que uno de los gladiadores besó el suelo en su caída. Llevábamos una hora sentadas en el circo contemplando la batalla, pero parecía que los cuerpos esculturales de esos luchadores romanos del siglo XXI no se resentían con el paso del tiempo.

— Están de buen ver, ¿eh? — dijo Marina, que como siempre usó una expresión de abuela para definir exactamente lo que se me estaba pasando por la cabeza.

Asentí y continué bebiendo lentamente ese presunto brebaje romano que había comprado a la entrada del recinto. Supuestamente tomábamos posca, pero lo cierto es que se trataba simplemente de vino de poca calidad, de sabor agrio y olor a hierbas aromáticas. Así se supone que olía también la posca en la época en la que era la bebida favorita de los romanos a los que intentábamos emular. Tomé otro trago mientras babeaba contemplando los torsos desnudos y sudorosos de los gladiadores que continuaban batiéndose en duelo frente a nosotras.

— Los que van a beber te saludan — brindé entre risas justo antes del combate final.

Cuando el gladiador más alto y musculoso cayó al suelo, se dio por acabado el espectáculo. Un elegante caballo de un negro reluciente apareció para llevarse su cadáver entre vítores del público. Recogimos nuestras togas para no mancharlas con la arena y salimos del recinto a paso lento. A esas horas empezaba a correr una brisa refrescante por el parque de Rosalía, donde estaba situado el circo romano que ese año había recuperado su esplendor

prepandémico. Los jardines volvían a estar abarrotados. Centenares de personas vestidas con túnicas romanas empinaban el codo, bailaban al ritmo de los tambores y blandían sus espadas en improvisadas e inofensivas luchas vespertinas. Avanzamos lentamente entre espadas, escudos y armaduras pesadas que se adaptaban a la perfección a los cuerpos que allí se reunían para celebrar, un año más, los orígenes de una ciudad que se resistía al paso del tiempo.

Agarradas a nuestros vasos, continuamos andando hasta llegar a la Urban de Bispo Aguirre, una hamburguesería muy popular en la ciudad. Una mesa quedó libre y nos abalanzamos sobre ella con una desesperación que provocó las risas de una pareja que disfrutaba de una tapa de raxo en una mesa lejana de la misma terraza. Abandonamos la posca y nos pasamos a la cerveza para bañar las hamburguesas que un amable camarero depositó sobre nuestra mesa pocos minutos después.

— Pues ya hemos repostado — comentó Ina mientras un hilo de mayonesa le resbalaba por la barbilla.

Una vez satisfechas pagamos la cuenta a medias. Recé para que mi tarjeta tuviera suficientes fondos y San Froilán me recompensó con un 'aceptada' en la pantalla del datáfono que me supo a gloria. Con energías renovadas, continuamos el trayecto hasta la Praza Maior, donde estaba ubicado el campamento principal. Durante el Arde Lucus, la ciudad se llenaba de campamentos romanos que simulaban la vida de un pequeño asentamiento de la época. De ellos entraban y salían soldados uniformados que durante unos días disfrutaban de ese particular homenaje a Lucus Augusti. Eran hombres y mujeres de todas las edades que una vez al año volvían a ser niños.

Ese año los campamentos romanos, en especial el de la Praza Maior, habían vuelto a la normalidad después de dos años muy duros en los que el Covid y la lluvia habían aguado la fiesta. El asentamiento estaba situado en el centro de la enorme plaza, frente al Ayuntamiento de Lugo, que presidía la escena. Del campamento llegaba un olor a leña quemada del cual la ropa quedaba automáticamente impregnada. Nos acercamos con la intención de saludar a Pablo, el novio de Marina, un apasionado de esas fiestas. Asomamos la cabeza entre la madera que hacía las veces de valla y lo vimos agachado cerca del fuego. Removía

una pota gigante con mucho ímpetu. Desde nuestra perspectiva parecía un brujo preparando su hechizo. A sus cuarenta y tres años, aún tenía el pelo muy largo, melena de heavy, si usamos su propia expresión. Era alto y extremadamente delgado. Marina, cuatro años menor, era más bien bajita y regordeta, con unos ojos azules como el cielo de Galicia una vez el sol ha conseguido vencer la resistencia de la niebla. Los enmarcaba una cabellera de pelo rubísimo que provocaba que la confundieran constantemente con una turista nórdica. El error duraba lo justo hasta que Ina abría la boca y dejaba escapar ese acento pontevedrés inconfundible sobre todo por la gheada. Cuando la conocí, me costó entender que cuando se quejaba del ghato [ħato] que hacía ruido por la noche se estaba refiriendo a su querido Martini, un minino que había adoptado hacía solo un mes.

Seguimos mirando a Pablo remover esa olla hasta que nos localizó y nos regaló una de sus sonrisas radiantes. Entre tanto romano se sentía como pez en el agua. Hacía años que participaba en el Arde Lucus, y aunque había intentado de todas las maneras que Marina se le uniera, mi amiga se había negado con vehemencia. Prefería ver las batallas de gladiadores desde la distancia antes que formar parte del espectáculo, pero animó a su novio a seguir con su pasión. Incluso le ayudaba en lo que denominaba "la cacería" del traje perfecto. Durante todo el año, Pablo escudriñaba tiendas físicas y virtuales buscando la vestimenta perfecta. Cuando la encontraba, gastaba ingentes cantidades de dinero para parecer un verdadero romano. Cada año ampliaba su colección de cachivaches que parecían venidos de otra época. Conseguía edición tras edición ser el romano más auténtico. Captaba las miradas del público sin pretenderlo y con su simpatía sumaba adeptos que prometían formar parte de la fiesta más especial de Lugo al año siguiente. Esos cuatro días era un hombre verdaderamente feliz. Cuando terminaba la fiesta, mantenía esa alegría a base de preparar al detalle la siguiente edición.

«Allá cada uno con sus pasiones», pensé mientras se acercaba a abrirnos la puerta del campamento. Nos invitó a pasar, pero ni Marina ni yo teníamos ganas de terminar la fiesta allí, entre telas de colores, pieles de animales y humo de las antorchas. Repasamos el programa y escogimos nuestra siguiente parada: el desfile de gladiadores. Ante la insistencia de Marina, Pablo se nos unió. La

marcha arrancaba al principio de la Avenida de Coruña y rodeaba toda la muralla a ritmo de tambor. Decidimos acompañar a los soldados durante todo el recorrido, por lo que avanzamos por la Rúa da Raiña resistiéndonos a parar frente a los escaparates, cruzamos la Praza de Santo Domingo bajo la mirada del águila que la presidía y seguimos por la Rúa San Marcos, normalmente desierta a esas horas. Las conversaciones de los clientes del bar que permanecía abierto resonaban contra las cristaleras de las tiendas que ya habían cerrado. Sus risas nos llegaban amortiguadas al principio, mucho más nítidas después, conforme nos fuimos acercando. Resistimos la tentación de sentarnos a tomar algo y continuamos nuestro paseo nocturno.

A la altura de la Praza de Ferrol nos adelantaron dos coches de policía con las sirenas puestas y mucha prisa. Al fondo, justo en la esquina de la Rúa San Froilán, descubrimos a toda una comitiva de coches policiales, una furgoneta de la científica, un juez y un montón de curiosos con túnicas y coronas doradas de laurel en sus cabezas, apelotonados en la puerta del edificio número 18. La finca daba miedo; parecía que se iba a derrumbar en cualquier momento por el peso del olvido y la dejadez. Los porticones de las ventanas estaban medio caídos y de ellas se escapaban cortinas de aspecto fantasmagórico que se habían convertido en el hogar de decenas de arañas. Los ventanucos, rendidos al paso del tiempo, dejaban entrever un interior caótico, lleno de mugre y basura. La puerta de madera estaba garabateada y la línea de cristal que la atravesaba, plagada de cicatrices, surcos profundos de suciedad que empañaban su antigua belleza.

Clic. La oscuridad y el frío que sentí contemplando el lugar despertaron en mí la necesidad de saber qué había sucedido ahí dentro. Tantas veces había imaginado historias de terror en ese edificio que me costaba creer que se hubieran hecho realidad. Mis pies avanzaron solos al sentir la adrenalina de una buena historia en la punta de los dedos, la misma sensación que sentí antes de que mi vida diera un vuelco veinte años atrás. La imaginación se me disparó como hacía años que no me ocurría y no tuve más remedio que ceder a mis impulsos y colarme entre la gente a codazos hasta llegar a la línea policial. Un agente con complexión de armario me cortó el paso de un empujón y una mirada de desprecio que gritaba

“dónde te crees que vas”.

— ¡Martín! — le llamé aliviada en cuanto lo vi deambulando de un lado a otro frenéticamente.

Un hombre alto, fuerte y atractivo pese a su incipiente calvicie se giró, resopló al verme y se aproximó lentamente. Nos apartamos de la multitud y como medida preventiva me advirtió que no me contaría nada. La desesperación por salir del pozo que era mi vida laboral y volver a sentirme viva y con una historia que contar me conminó a fingir que me había acercado solo para saludarle. Los mismos motivos me llevaron a adoptar una actitud melosa alejada de la que era habitual en mí.

— No he venido por eso… Te he visto y me he preguntado si te apetecería venir a casa cuando termines. — Le pasé las manos por el pecho mientras fingía un enorme desinterés por su trabajo e impostaba el tono más seductor que he conseguido articular en toda mi vida.

Nos habíamos conocido en una aplicación de citas hacía un año y desde entonces Martín no había hecho más que investigar robos y hurtos de poca monta. Me había aburrido con esas historias carentes de sustancia en nuestras primeras citas, hasta que fui más directa y nuestros encuentros se limitaron a la mecánica del placer. Pero ese día era distinto. El policía aburrido tenía entre manos algo grande. Toda la policía de Lugo estaba ahora dedicada a investigar ese crimen, poco importaba la falta de experiencia ante un asesino que había actuado sin escrúpulos y casi ante la mirada de toda la ciudad, que a pocos metros disfrutaba de sus fiestas más populares. Las decenas de curiosos en la puerta, el amplio despliegue policial y el tumulto de periodistas que se apelotonaban a las puertas del número 18 de la Rúa San Froilán lo dejaban claro. Un asesinato o una violación, eso seguro. Noté en cada poro de mi piel que ahí estaba mi historia, la que necesitaba para escribir un nuevo éxito, que mi cuenta dejara de ser una sucesión de números rojos y volver a sentirme la Abril que había desaparecido entre la niebla durante una noche que tantos años después todavía me obsesionaba.

Insistí en pasar la noche juntos y Martín cayó en la trampa. Al fin y al cabo, era un hombre. Accedió a encontrarnos más tarde en mi

casa, aunque no supo decirme cuándo. Estaba dispuesta a esperarle lo que hiciera falta. Le animé a dejarse la piel en ese caso. Volvió al trabajo y yo me quedé bloqueada pensando en cómo podía tirarle de la lengua. Si ya era hermético normalmente, no me imaginaba cómo sería ahora.

— Qué, cotilla, ¿vamos? — Marina y Pablo me miraban divertidos unos metros más allá.

— Dejad de reíros, es mi oportunidad de dejar mi trabajo de mierda. Creo que esto podría servirme para escribir una novela. Estoy harta de pasarme el día llamando por teléfono.

— ¡No seas exagerada! Trabajas a media jornada y además es divertido, vendes vino.

— Si alguien lo comprara… Las cuatro horas que invierto en llamar a ricachones que pese a su dinero no compran nada solo me sirven para sacarme cuatro perras. ¡Ya ves tú! — dije resoplando.

— ¡Deja de protestar, que esta noche te vas a pegar un buen homenaje! — contestó Marina divertida.

Seguimos el camino que teníamos previsto entre risas sobre mi precaria condición laboral. Durante unos años, después del desastre, había vivido de mi best seller. Después me las ingenié para que algunos autores noveles confiaran en mí para elaborar informes de sus novelas, pero poco a poco dejé de recibir encargos. Cuando los abuelos murieron, pude vivir de la herencia mientras naufragaba en cada novela en la que me embarcaba, pero el dinero estaba a punto de terminarse y no me quedó más remedio que convertirme en telefonista. A media jornada y con un sueldo paupérrimo, malvivía mientras me hundía cada vez más en un pozo de desgracia que iba ganando metros y metros. Pese a la emoción de poder cambiarlo todo gracias a ese crimen que me había devuelto las sensaciones perdidas hacía años me comporté con normalidad, mantuve su ritmo vertiginoso de alcohol y les reí sus bromas sobre mi vida sexual. Pero en realidad estaba lejos, mi cabeza ya había empezado la cuenta atrás para resolver lo que presentía que iba a ser un rompecabezas. Estaba segura de que Martín llevaría consigo los apuntes del caso y documentación policial para seguir trabajando en casa. El primer paso estaba decidido: debía conseguir algún documento de la cartera de

Martín.

4

ABRIL

Madrugada del domingo 12 de junio, último día de Arde Lucus

Martín me llamó cerca de las cuatro de la madrugada. Estaba en mi portería, pero el interfono se había estropeado y no lo oí hasta que sonó el teléfono. Agradecí poder abrir sin tener que bajar. Por suerte no se le había ocurrido chillar para que le abriera. La calle Cidade de Vigo era muy silenciosa pese a estar pegada al centro y los vecinos se quejaban por cualquier ruido después de las once de la noche. Vivía de alquiler en el número nueve desde hacía cinco años, cuando mis antiguos caseros habían decidido de un día para otro vender el piso que ocupaba en la calle Raiña. Lo echaba de menos. Era luminoso y la zona me gustaba mucho más. Ahora estaba cerca de la estación de autobuses y la mayoría de personas que pasaban por mi calle arrastraban maletas. No me gustaba la sensación de estar permanentemente en una zona de paso, pero no me había quedado más remedio que acostumbrarme. Al menos estaba cerca del centro y el precio era mucho menor. Mi cuenta había agradecido esa mudanza forzada. Esperaba poder comprar un piso como el de Marina gracias a mi próximo libro, aunque de momento ese plan estaba solo en mi mente y era casi una quimera. Los libros no dan dinero, me decía Marina, pero yo me esforzaba en ignorarla para mantener intacta mi ilusión. Tenía que espabilar.

Llevaba más de una hora esperando a Martín y ya no me quedaban uñas. Estaba ansiosa por sumergirme en la historia del asesinato que ya ocupaba la portada de El Progreso, el diario más importante de la ciudad. Por eso, antes de que golpeara la puerta con los nudillos tres veces con distinta intensidad, la melodía que lo anunciaba siempre, ya le esperaba con mi mejor sonrisa. Se sorprendió al verme vestida con un corsé negro con transparencias, ligueros y una coleta alta. Nunca lo había usado con él. Nos limitábamos a desnudarnos rápido y a

abalanzarnos el uno contra el otro sin ni siquiera perder el tiempo en hablar. Desde que lo conocí en la aplicación, habíamos ido quedando esporádicamente. Me aterrorizaba la posibilidad de crear un vínculo con alguien, por eso no quería conversación, sino sexo sin compromiso. Le escribía cuando mi cuerpo necesitaba acción, pero lo último que quería era una pareja estable y ambos lo sabíamos. Teníamos ese pacto, aunque a veces parecía que él se ilusionaba de más. Cuando lo advertía, dejaba de llamarlo por un tiempo, pero siempre volvía a él, porque era resolutivo y sencillo. Era un buen amante, muy dedicado y atento, justo lo que me interesaba en esos momentos. Nunca me lo tomé demasiado en serio, por lo que le sorprendió que hubiera salido del férreo esquema que nos había impuesto. Aun así, se le notaba cansado. Tenía más ojeras de lo habitual y un rictus de tristeza que no se podía sacudir por más que intentara componer una sonrisa para mí.

Pese a verlo en ese estado, no podía flaquear, así que lo recibí con un beso muy húmedo que tuvo la virtud de hacer desaparecer su cansancio en el momento oportuno. Continuamos besándonos y me sorprendí del calor que notaba en la entrepierna. Hasta entonces el sexo con él era más bien funcional. Le quité la camiseta con una mano mientras la otra se dedicaba a desabrocharle el cinturón. Sus manos se concentraban en mi trasero, su parte favorita, mientras el bulto del pantalón iba creciendo por momentos. Una vez desnudo, le empujé hacia la cama y recorrí su miembro, aún dentro de los calzoncillos, con la boca. Lo sentí gemir y me faltó poco para perder los estribos. El objetivo de esa noche se difuminó y puse todos mis sentidos en lo que estaba haciendo.

Cuando creí que no podía excitarse más, metí una mano en su ropa interior y lo liberé acercándolo a mi boca. Lo lamí de arriba a abajo un par de veces y luego lo engullí. Mi mano iba arriba y abajo en un vaivén que sabía que estaba volviéndolo loco. Gruñía y me tiraba del pelo para dirigir mi boca al punto exacto de su placer. Su respiración era cada vez más pesada. Entonces decidí parar: no quería que todo terminara tan pronto. Estaba excitada y quería mi recompensa. Él lo interpretó bien, comenzaba a conocer mi cuerpo. Empezó por morderme un pezón y jugar con los dientes. Un espasmo me hizo sacudir las piernas y arquear la espalda pidiendo más. Bajó hasta el ombligo e hizo una pausa que se me hizo eterna. Le tiré del pelo instándolo a seguir. Me abrió las piernas con fuerza

y empezó a tocarme lentamente mientras me miraba a los ojos. Necesitaba más intensidad, más velocidad y él lo sabía, pero estaba jugando conmigo como había hecho yo con él. Cuando gemí desesperada, alzó la cabeza y preguntó:

— ¿Qué quieres que haga?

Le di la espalda, cogí su mano y la acerqué al punto que me hacía temblar. Siguió acariciándome hasta que le pedí más y empezó a penetrarme con sus dedos ágiles. Ya se conocía el camino. Estaba siendo el mejor polvo de los últimos meses y no quería que se acabara, pero notaba que estaba a punto de llegar al final.

— Ya lo sabes — le dije cuando estaba tan cachonda que empezaba hasta a doler.

Me azotó con una mano mientras la otra seguía en mi interior a punto de hacerme explotar.

— Voy a llevarte al límite — gruñó en mi boca.

Pero el límite estaba muy cerca y en cuanto oí esas palabras, mi cuerpo me llevó a otra dimensión. No recordaba haber tenido nunca un orgasmo tan intenso. Me sacudió entera y erizó cada centímetro de mi piel. Abrí los ojos después de que todo se hubiera fundido a mi alrededor y lo encontré listo para seguir la batalla. Me subí encima de él y cabalgué hasta que noté que sus músculos se tensaban para relajarse inmediatamente después.

Sudorosos y exhaustos nos dejamos caer sobre la cama respirando con dificultad. Nos venció el sueño, pero minutos después un ruido en el salón me despertó. La cartera de Martín había resbalado por la silla donde la había soltado de cualquier manera hasta caer al suelo, donde la encontré abierta y con los papeles esparcidos por el parqué. «El destino es caprichoso», pensé antes de pasar por encima de puntillas y dirigirme al baño.

Una vez en la ducha reviví lo que había pasado aquella noche, pero cuando noté que me estaba volviendo a excitar abrí el grifo de agua fría y me concentré en definir los siguientes pasos. Salí fresca y despejada, aunque no había dormido nada. Martín roncaba en mi

cama sin ser consciente de que prácticamente toda la información sobre el caso que iba a llevarle de cabeza los siguientes días descansaba en el suelo, esperándome. Me senté de espaldas a la cama y empecé a leer.

Natalia Fernández. El nombre de la chica que habían encontrado esa noche me resultó familiar, pero era tan común que descarté la posibilidad de conocerla. Era vecina de Lugo, pero originaria de Becerreá, un pueblo en la frontera entre Galicia y Castilla y León. Qué irónico. Conocía muy bien ese pueblo pese a que hacía años que lo evitaba por todos los malos recuerdos que lo habitaban. Natalia tenía solo 25 años y su muerte había sido violenta. Según el informe forense preliminar no se trataba de un crimen sexual, aunque el cadáver tenía un objeto aun sin especificar en la vagina y los ojos vendados. Noté un ruido a mi espalda y recogí los papeles a toda prisa. En ese momento no me percaté de que un folio había salido volando unos metros hasta aterrizar debajo de la nevera. Intentando no hacer ruido, volví a la cama y, casi al instante, me dormí.

5

ABRIL

Lunes 13 de junio. Un día después del final del Arde Lucus. 10:00h.

No fue hasta el lunes, una vez terminadas oficialmente las fiestas del Arde Lucus, cuando mientras desayunaba la punta de esa hoja me llamó la atención. Cuando tiré de ella, encontré la primera pista a seguir. Había pasado el domingo recopilando información en la prensa, pero incluso yo sabía más que ellos sobre el asesinato de Natalia. Martín insistió en invitarme a comer, pero no soltó prenda en todo el rato, por lo que para mí fue una absoluta pérdida de tiempo. No sabía hacia dónde debía tirar para atrapar al asesino, una necesidad repentina que me había desordenado por dentro para sacar a flote los peores momentos de mi vida. El lunes ese folio me devolvió la esperanza de encontrar una buena historia que contar. En la hoja descubrí la fotografía de una invitación a la inauguración de una peluquería en la Rúa Nova, una calle del centro que conservaba intacto el encanto del Lugo de otros siglos. La ciudad se resistía a gentrificarse y tomaba el camino contrario a muchas otras capitales de provincia que no habían podido resistir al impulso de la modernización y el turismo insostenible.

«Encontrado en el bolsillo derecho de la sudadera de la víctima | 56», describían los agentes que habían realizado el informe del caso. Según la tarjeta, la inauguración había tenido lugar el sábado a las 20h. Contemplé, justo al lado, la imagen del brazo de la víctima, que tenía anotados una dirección y un nombre, Lucía. Ese fue el camino que tomé en mi todavía precaria investigación.

La peluquería Por los pelos destacaba entre el resto de los locales de aquella céntrica calle. Parecía que quería abrirse al mundo y rompía con la estética de los locales históricos que aún sobrevivían al empuje de la globalización. Una cristalera gigante dejaba ver cómo trabajaba un

equipo de estilistas uniformados y de semblante serio. El cartel arrancaba destellos al sol y brillaba por encima del resto de locales, la mayoría de aspecto sombrío. Eran las doce menos cuarto de un lunes que aún era más lunes de lo habitual, puesto que la ciudad volvía a su rutina después de cuatro días de fiesta romana.

No había ambiente en las terrazas cercanas, algo nada habitual en la zona favorita de los lucenses para disfrutar de vinos y tapas. Había llamado para pedir cita para esa mañana sin muchas esperanzas, pero me habían encontrado un hueco justo a mediodía. Eso me dio casi dos horas para preparar bien los pasos que iba a seguir y las preguntas que quería hacer sin levantar sospechas. Fue una suerte que mi jornada laboral no empezara hasta las seis. Tenía todo el día por delante y lo empecé dirigiéndome con paso firme hacia el local.

Cuando llegué, el sol ya estaba en lo alto, no había rastro de la niebla con la que había amanecido la ciudad y el bochorno empezaba a ser insoportable. El aire acondicionado me alivió al instante y una de las peluqueras, la más joven, me invitó a sentarme en una salita a esperar. Se notaba que el local era nuevo: las paredes estaban impolutas, el mobiliario relucía y aún quedaban algunos globos de la fiesta del sábado anterior. Miraba distraída la decoración de aquel local de aspecto lujoso cuando la chica que me había recibido me hizo pasar al salón. Daba la sensación de que iba a echarse a llorar en cualquier momento, pero aguantó el tipo mientras me ponía el tinte e incluso comentamos el último número de Lecturas. No me importaba en absoluto la boda del hijo de una tertuliana de Sálvame, pero no encontraba el momento adecuado para sacar el tema que me había llevado hasta allí. La ansiedad me llevó a preguntarle su nombre con la esperanza de que fuera la Lucía que constaba en el archivo policial. Acerté. Seguí preguntándole tonterías por las que no tenía ningún interés y ella pareció agradecer hablar de banalidades. Pero se me agotaba el tiempo y no iba a tener ninguna excusa para volver a pasarme por allí en los días siguientes. Decidí jugármela cuando terminó de enjuagarme el pelo en el lavacabezas más cómodo que había probado en mi vida.

— Hoy estrenáis la peluquería, ¿verdad?

— Sí. — Hizo un esfuerzo por sonreír— . La inauguramos el sábado, pero hoy es el primer día con clientes.

— ¿No ha tenido el éxito que esperabais? Parecéis un poco tristes… — comenté con miedo a sonar indiscreta.

— Sí, no es eso. Es que… he perdido a una amiga este fin de semana — dijo antes de cerrar el grifo y mirar hacia el fondo del local— . Discúlpeme un momento.

«Mierda», pensé mientras chasqueaba la lengua. La había espantado con mis preguntas. Me lo recriminé hasta que regresó, con los ojos rojos e hinchados. Hizo lo posible por disimular y continuar con su trabajo.

— Disculpe, están siendo unos días duros. Lo habrá visto en las noticias.

— No me digas que la chica que encontraron en el centro trabajaba aquí. Lo siento mucho, debe ser muy duro. — Sentía verdadera lástima por el sufrimiento de aquella chica tan joven en la que me veía de alguna forma reflejada.

Ella asintió, me dio las gracias y durante unos minutos nadie dijo nada. En la peluquería solo se oía el ruido de los secadores y las planchas, ese día no había ánimos para encender la radio. Carraspeé dispuesta a insistir, pero ella se me adelantó.

— No trabajaba aquí, pero éramos muy amigas. Habíamos quedado el día anterior, ¿sabe? Pero ya no volvió a responder a mis mensajes. Pensé que estaba intentando desconectar, a veces lo hace… Pero debí llamar a la policía. El viernes la noté rara, pero cómo iba yo a saber que le pasaría esto… Justo ahora que empezaba a levantar cabeza — dijo de un tirón.

— No te culpes, no podías haberlo evitado. Hay mucho loco suelto — intenté consolarla antes de continuar con mis preguntas— . ¿O es que se había metido en problemas?

Recibió mi pregunta con sorpresa y se puso tensa, pero algo la llevó a responder.

— « el problema que tenía era ese cabrón que le destrozó la vida », repetí.

Dio por zanjada la conversación y supe que no iba a sacar nada más de esa pobre chica. Preferí no insistir para no ponerla en mi contra, aunque presentí que ya era tarde. Pagué y cuando ya había abierto la puerta para salir, oí su voz entrecortada a mi espalda:

— Natalia no se merecía ni lo que le pasó hace dos años ni esto. Satisfaga su morbo de otra forma y no vuelva por aquí.

Me lo merecía. Cuando salí del local me temblaban las piernas y tenía náuseas. Me apoyé en la pared de piedra que aún conservaba el frescor y la humedad con los que había amanecido el día. Había conseguido más información de la que esperaba, pero no me sentí orgullosa de haber hecho llorar a esa chica. Empecé a plantearme los motivos de la obsesión que había llenado mis dos últimos días y anulado sus noches. Quería contar la historia de Natalia para que no muriera ninguna chica más, pero a la vez sabía que mis motivos también eran egoístas y tenían que ver con los momentos más oscuros de mi vida y con mi precaria situación económica.

Dejé que el azar condujera mis pasos hasta que encontré una terraza en la Praza do Campo donde soplaba un viento agradable. Necesitaba aclararme las ideas. Pedí un albariño que me supo a gloria y empecé a centrarme de nuevo. El corazón ya no saltaba en mi pecho y el sentimiento de culpabilidad se había ido suavizando hasta permitirme respirar. Durante unos minutos no hice más que contemplar a la gente pasar a mi alrededor y disfrutar de los rayos de sol que convivían en armonía con el verde que había dejado la humedad en las paredes de la plaza. De la fuente de piedra que la presidía y atraía todas las miradas no brotaba agua, pero eso no le restaba encanto. Se trataba de un lugar icónico en el casco antiguo de la ciudad, como dejaban claro los turistas. Se paraban ante la estatua predicadora de San Vicente para inmortalizar la esencia de Lugo y capturar ese trocito de historia. La fuente había sido testigo de la transformación de la ciudad desde 1754, cuando fue construida por orden del Obispo Izquierdo. En sus primeros años de vida, conectaba con el acueducto situado en el paraje del Castiñeiriño. Ahora, con su desaparición, la fuente se había quedado huérfana de esa agua impregnada de historia y la plaza

había perdido el eco de su sonido al caer encima de la piedra centenaria. La contemplé desde mi mesa al sol, una de las pocas situadas fuera de los soportales. Cerré los ojos y casi pude oír la caída parsimoniosa del agua desde los cuatro caños del pilón que alzaba la estatua. La fuente era lo más llamativo de la plaza, sobre todo el 29 de julio, cuando se producía el milagro de San Vicente y de sus caños manaban trescientos litros de vino que la teñían de rojo. La tradición se remontaba al 1969, cuando durante las fiestas de San Froilán un recaudador de impuestos echó vino en un enganche de la fuente y conquistó a los vecinos. Desde el 2014, la Asociación Lugo Monumental había tomado las riendas y había cambiado la fecha del 'milagro' al día de Santa Marta, patrona de la hostelería.

A pesar de que la fuente destacaba en la plaza, tenía una dura competencia. Los soportales que la rodeaban poseían una belleza excelsa pese al verdín que se iba apoderando poco a poco de las columnas de aspecto medieval que los sostenían. De algún modo la plaza conseguía conservar su esencia romana. El antiguo foro de Lucus Augusti la mantenía tantos siglos después. Flotaba en el aire y no se había perdido por más tormentas que hubiera vivido la ciudad. En esa plaza las piedras de color beige desprendían un olor a humedad y frescura que se me metió dentro y me meció hasta calmarme. Olía al corral de la casa de mi infancia.

La siguiente parte del plan la tracé sentada en esa terraza mientras me traían pinchos de empanada. Era igual de complicada y reprobable. Pensaba acercarme al pueblo natal de aquella chica, que casualmente era vecino del mío, y hablar con su familia y amigos. Eso me supondría un gran esfuerzo. Hacía años que lo evitaba a toda costa y aun así lo pisaba cada noche en mis peores pesadillas. Sabía, sin embargo, que era la única manera de continuar desentrañando la historia de Natalia. Quizá ellos me darían más detalles de lo que le había pasado hacía dos años y que me había comentado su amiga. Tenía la corazonada de que ahí había empezado a gestarse su final. Lucía me había puesto en la pista de esa época y debía continuar investigando. «El problema que tenía era ese cabrón que le destrozó la vida» repetí para mí misma. Solo su familia podía darme un hilo del que tirar. Quizá el nombre de ese hombre que consiguió ser el protagonista en las pesadillas de

Natalia y que podría ser también el responsable de su muerte. Resolver el caso sería una escalera para salir de la jaula en la que yo misma me había metido. Había tirado la llave años atrás y, sin embargo, ahí estaba Natalia tendiéndomela de nuevo para que hiciera justicia por las dos.

Con esa idea, salí a toda prisa de la plaza, pasé por casa a coger las llaves y fui en busca del coche. De camino llamé al trabajo y fingí que estaba enferma. Crucé los dedos para que no me exigieran el parte médico y brinqué de alegría cuando mi jefa me deseó una rápida recuperación sin esperar nada a cambio. Me comprometí a cumplir con mis obligaciones al día siguiente.

Una vez conseguí sacar intacto el coche de la estrecha plaza donde había aparcado, entre una furgoneta y un camión de mudanzas, tomé la Avenida Alcalde Anxo López. Después giré por Ramón Ferreiro para enlazar con la Avenida de Madrid y posteriormente con la N-VI. No habían pasado ni dos minutos desde que había salido de la ciudad, cuando la voz de mi locutora favorita hizo saltar por los aires el trozo de puzle que parecía haber montado ya.

"Segundo asesinato en la ciudad de Lugo en solo dos días. Las primeras informaciones apuntan a que se trata de Ástrid Pereira, una mujer de 33 años cuyo cadáver ha sido hallado en las inmediaciones del río Miño. Fuentes policiales aseguran que Pereira estaba desnuda de cintura para abajo y una venda le tapaba los ojos. Se trata de una muerte violenta, aunque la policía aún no ha encontrado el arma letal. No se descarta un crimen sexual".

6

No conseguí sacarme de la cabeza la voz de Julia Otero narrando ese espantoso crimen, el segundo en pocas horas, hasta que llegué al puente del río Neira, a pocos kilómetros de Becerreá. Siempre que llegaba a ese punto de la A-6 mi mente desconectaba y reconstruía la imagen de un chico joven, 25 años entonces, que había preferido el negro eterno a seguir conmigo. Cambié a Spotify para intentar distraerme. Sonó la canción que había dejado a medias esa mañana, Un instante de luz, el tercer movimiento del último álbum de Robe Iniesta. No pude evitar cerrar los ojos con fuerza al pasar por ese puente que tantas vidas había sentenciado. Desde el momento que cambió la mía tenía pánico a los puentes y no podía evitar cerrar los ojos cada vez que atravesaba uno. Apreté las manos sobre el volante hasta que mis nudillos se volvieron blancos. Los sentimientos que me despertaba ese puente contrastaban con la oda al amor y la esperanza que sonaba por los altavoces. El cantante ponía palabras a mi pérdida: "Nada después de tu mirada, nada después de este instante de luz". De un manotazo pausé la canción y el coche se quedó en silencio.

Su imagen permanecía nítida en mi memoria, aunque habían pasado casi veinte años. Al cerrar los ojos todo empezaba a cobrar color y podía sentir incluso su calor. Le recordaba sin hacer ningún esfuerzo, aparentemente feliz. Olía a hierba recién cortada y after sun, vestía una camiseta de colores y su mirada hacía que mis piernas de veinteañera temblaran sin control. Lo que ya no recordaba era su voz: es cierto que es lo primero que se olvida. Sé que era grave y áspera, sobre todo cuando susurraba mi nombre en las noches en las que deshacíamos la nieve bajo las sábanas. Ese puente me lo devolvía y me lo arrancaba cada vez que lo atravesaba. Seguía siendo doloroso aunque los años ya hubieran hecho callo.

Marina me había reprochado muchas veces mi mal carácter, yo que era una persona dulce hasta que había tenido que vivir en primera persona un sufrimiento atroz. Me había acostumbrado a sobrevivir entre tinieblas, porque nunca dejé que el aire fresco barriera ese

pedazo de alma que había muerto con él. Los abuelos lo habían intentado, pero incluso ellos, las únicas personas que me quedaban, habían fallado. Venían a casa para sacarme de la cama, siempre sin éxito. Ventilaban la habitación mientras yo seguía abrazada a la almohada que mantenía su olor, abrigada en sus recuerdos en un invierno al que nunca le había sucedido la primavera. Con el paso de los meses la herida, lejos de sanar, se había ensanchado y los recuerdos que la habitaban se pudrían poco a poco.

Tomé la salida hacia Becerreá deseando dejar de sentirle cerca y poder volver a respirar. Los diferentes tonos de verde que me habían acompañado hasta entonces dieron paso a un pasillo de rocas pardas conforme me acercaba al pueblo. A la izquierda quedaba el camino hacia la aldea de mi infancia, lleno de árboles verdes, pájaros cantores y casas derrumbadas por la fuerza del olvido. Bajé la ventanilla. El sonido de los tractores que trabajaban las tierras y que en esa época se afanaban en recoger la hierba llegaba a oleadas, del mismo modo que mis náuseas. Pude recordarnos veinte años antes en ese mismo lugar cantando It's my life a todo pulmón y sintiendo que teníamos la eternidad en el bolsillo. Tres meses después, todo acabó para los dos. Tomé el sendero a la derecha, que conducía al centro de Becerreá, y me empecé a encontrar mejor conforme me alejaba de los fantasmas del pasado. Más relajada, me detuve frente al bar Galicia, donde un grupo de jubilados echaba una partida al Tute. La ansiedad se fue deshaciendo poco a poco, como los azucarillos al sumergirse en los cafés oscuros, negrísimos, que los feligreses tomaban entre tanto y tanto. Miré a mi alrededor, tomé aire y saqué la mejor de mis sonrisas para acercarme a los jugadores.

— ¡Cuarenta! — chilló una mujer que tenía la voz demasiado aguda para su aspecto regordete.

— Mira esta, todo el día cantando — se quejó el hombre que se sentaba a su lado.

Recordé a mi abuelo y lo sagradas que podían llegar a ser las partidas y no pude contener una sonrisa, la primera real en varios días. La partida siguió su curso hasta que la misma mujer que había cantado cuarenta y su pareja se alzaron con el triunfo. Conchita, como la llamaban sus contrincantes, se levantó y se acercó a la barra a pagar, una acción que despertó las críticas del resto del

grupo.

— ¿No pensarás marcharte ahora?

Conchita asintió y les explicó que tenía que darse prisa si quería recoger a su nieto a la salida del colegio. No aceptaron las explicaciones, pero ella zanjó las protestas con un marcho que teño que marchar que no dio lugar a réplicas. Justo cuando el grupo empezaba a recoger la baraja me di cuenta de que iba a perder mi oportunidad.

— ¡Yo puedo jugar!

Se lo pensaron unos segundos, pero un rato más de partida no era algo a lo que fuera fácil renunciar. Me senté y por unos minutos, mientras las cartas iban pasando por mis manos, me olvidé de lo que buscaba. Dos partidas después, empecé a sacar información de los abuelos con discreción. No fue muy difícil, en ese pueblo siempre había miles de ojos pendientes de los demás y otros tantos oídos ávidos de cotilleos.

— Es terrible lo que está pasando en Lugo. Hoy han encontrado a otra chica muerta, ¿os lo podéis creer?

— Sí, sí, y además la primera era de aquí. Pobre pequena, la familia está destrozada — entró al trapo la mujer que tenía justo enfrente.

— Es lo peor que le puede pasar a un padre — continué.

— Sí, sí, anda destrozado, apenas sale de casa estos días. Hay mucho cuchicheo, la gente no tiene vergüenza — terció otro de los integrantes del pintoresco grupo sin darse cuenta de que estábamos haciendo exactamente lo mismo de lo que se quejaba.

— ¿Te puedes creer que incluso han montado un altar delante de su casa? Sus amigos le están llevando flores y velas — añadió la mujer.

— Me gustaría llevarles un ramo, pero no querría ser indiscreta. Además, no recuerdo bien la dirección — respondí.

— Viven aquí mismo. Solo tienes que girar a la derecha y verás el altar.

Continuamos con la partida. Cuando ganamos la tercera, decidí que era hora de marcharme. Al levantarme un anciano que nos observaba desde la barra me frenó.

— Hay que ver cómo te pareces a tu abuelo — murmuró.

— ¿Lo conocía? — le pregunté por si se trataba de una confusión.

— ¡Y quién no! — respondió— . Era una gran persona.

La afirmación de ese hombre me reconfortó. Era un honor que mi abuelo, que en la aldea era conocido como el alcalde, fuera recordado por su bondad. No había encontrado nunca a nadie como él. Una solitaria lágrima se escapó de su encierro para desembocar en mis labios. En esta ocasión no lo había provocado la tristeza, sino el orgullo de una nieta que echa de menos los brazos de su abuelo.

Al salir del bar, anduve sin pensar hasta que noté una vibración en el bolsillo. Martín había llamado dos veces. Marqué y a los pocos segundos descolgó.

— ¿Por dónde andas? ¿Te apetece que nos veamos esta noche?

— He salido a dar una vuelta con Marina, con este buen tiempo no apetece estar en casa — mentí— . ¿Y tú? ¿No tienes mucho trabajo con la segunda chica?

— Sí, de hecho tengo que colgar ya, pero necesitaba un respiro de tanta muerte. Ya sabes que hasta ahora mi trabajo era poner multas — dijo intentando ser gracioso— . ¿Nos vemos después?

— Me encantaría — dije mientras en mi lengua quemaba una pregunta que no pude contener— . ¿Ya sabéis quién las ha matado?

— Vamos, Abril, sabes que no puedo decir nada. Te dejo, nos vemos en tu casa. Un beso.

Martín era un buen chico además de una buena fuente de información. Hasta entonces lo había situado en la zona “capricho sexual”, pero quizá se estuviera acercando peligrosamente al borde de esa carpeta para saltar a la siguiente, más personal. Descarté la

idea tan rápido como había llegado y tomé nota para intentar coger distancia. Ya ni sabía ni quería querer así.

Cuando me quise dar cuenta, ya había llegado al altar que Becerreá le había dedicado a Natalia. Contemplé decenas de velas, fotos, al menos veinte ramos de flores y un mural de post-its repleto de mensajes escritos a boli. En ese momento no había nadie en la calle. Estaba desierta, lo mismo que los corazones de quienes la querían. Me agaché para leer los mensajes y apunté un par en una libreta que siempre llevaba conmigo. Después eché un vistazo a las fotos. Una chica preciosa, rubia y de ojos verdes, me miraba desde el otro lado pidiéndome ayuda.

— ¿Qué se cree usted que hace ahí agachada? — Una voz ronca de mujer me sobresaltó.

La propietaria de esa voz era una anciana que acababa de sentarse al fresco delante de una portería al otro lado de la acera. Llevaba una falda larga y negra que llegaba hasta el suelo, un delantal manchado y un pañuelo negro que cubría su pelo canoso. Alzó el bastón amenazante mientras me escudriñaba con unos ojos pequeños de ave rapaz. En el derecho tenía un derrame que le obligaba a parpadear en exceso, pero el izquierdo se mantenía abierto para no perder detalle.

— Perdone, solo leía los mensajes. Siento mucho lo que le ha pasado a Natalia.

— ¿Acaso la conocía?

— Solo de vista — mentí una vez más.

— Conozco a todo el pueblo y usted no vive aquí — dijo con una seguridad que me asustó.

— Antes sí — dije con un hilo de voz— . Siento haberla molestado. ¿Usted la conocía? — pregunté.

— ¿No te acabo de decir que conozco a todo el pueblo? — me miró con desprecio— . Natalia era mi nieta y no me gusta que una desconocida curiosa se pasee por aquí — me señaló.

Esa mujer escuálida se levantó de la silla con más agilidad de la que aparentaba su frágil cuerpo y se acercó. Alzó de nuevo el bastón hacia mí mientras lo acompañaba con un dedo acusador. Temí que me fuera a golpear, pero solo se paró frente a mí y cogió aire.

— ¿Sabe lo que le ha pasado? — Hizo una pausa que no rellené— . Lo que se buscó ella misma. Eso que hizo no tiene perdón de Dios. Rezaré por ella, aunque ya debe estar en el infierno.

Sus palabras me dejaron helada. Durante unos segundos no pude despegar la mirada de la sonrisa cínica de esa mujer. En sus ojos enfermos de cataratas y derrames no había pena, tan solo un rencor del que habían nacido sin impedimento los insultos que acababa de oír.

— Nada puede ser tan grave para merecer esto — solté en un tono más severo del que habría convenido usar para seguir sacando información.

— Nadie sale indemne de su crimen.

Cuando quise replicar, una mujer de mi edad con los ojos hinchados y rojos salió del portal y cortó la conversación. Tenía un aspecto terrible, toda vestida de negro, con el maquillaje corrido y el rostro constreñido en una mueca de dolor que conocía bien.

— Mamá, ¿qué haces ahí? Entra, la policía quiere hacerte algunas preguntas.

La palabra policía me indicó que había llegado el momento de marcharme para no llamar aún más la atención. No me despedí de la anciana ni de la mujer que había salido de la casa arrastrando los pies y el alma. Eché a correr y un minuto después subí al coche. Saqué la libreta, apunté la última frase que había pronunciado aquella mujer, puse primera y salí derrapando. Tenía que llegar rápido a Lugo y darle forma al puzle. Quizá esa visita sería definitiva para resolver el misterio, pero para confirmarlo tendría que investigar también el asesinato de Ástrid.

«Nadie sale indemne de su crimen».

7

ÁSTRID

Madrugada del domingo 11, cuarto día de Arde Lucus, 02:56h.

No era normal salir a correr a esas horas. Lo sabía, pero aun así repetía el ritual cada noche que el insomnio la atrapaba. Solo había abandonado la costumbre cuando el médico le exigió reposo, pero ya hacía varias semanas de eso, por lo que harta de mirar el techo se había animado a salir a correr. No había prisa. No trabajaba al día siguiente, ventajas de ser camarera y no haber descansado durante días por las fiestas. Se calzó en el sofá del salón, cogió las llaves y emprendió el camino de siempre, su favorito fuera la hora que fuera. Bajó por una Fontiñas dormida, vacía y silenciosa, giró a la derecha en la rotonda que daba inicio a la avenida y corrió hacia el paseo del Rato. Solía optar por el carril bici, pero no había ni un alma y prefirió la tierra al asfalto. Cerca del riachuelo no se oía nada, ni siquiera el agua, que en esa zona estaba estancada. La luz tenue de las farolas la acompañaba en su carrera, aunque se quedaba a oscuras en los pequeños túneles que atravesaba rápido, deseando llegar al otro lado. Las perlas de sudor y el agua de los charcos que iba pisando le resbalaban por las piernas provocándole un leve cosquilleo.

El pulso le iba muy rápido, consecuencia de haber dejado el entreno dos semanas, pero aun así aceleró. Si corría, si se agotaba, su mente se quedaba casi en blanco. Eso le daba paz, le inyectaba la dosis suficiente de serotonina para poder dormir de un tirón al volver a casa. Miró el reloj en su muñeca. Eran las 03:32h. Se repitió que no había ninguna prisa. Total, estaría sola por lo menos hasta las seis, cuando Marcos volvería de la fábrica de leche en la que hacía turnos partidos. Esa semana casi no se había cruzado con él: cuando volvía, se acostaba en silencio y tres horas después era ella la que salía de la cama sin hacer ruido, se arreglaba y partía hacia el

trabajo. Jornadas maratonianas que la satisfacían porque, igual que correr, no le permitían pensar por qué se sentía infeliz pese a tenerlo todo. Tenía el piso de sus sueños, lo tenía a él y aun así se sentía vacía. Corriendo tampoco se preguntaba por qué había tomado ese conjunto de decisiones que lo habían enrarecido todo. Por qué cada parte de ella le gritaba que en realidad había escogido bien.

Casi sin darse cuenta, llegó hasta el descampado del Pazo de ferias y congresos donde dos meses después todo estaría distinto para acoger el Caudal Fest. Sonrió, tenía muchas ganas de ir. Ese año el festival presentaba un cartel muy atractivo y había conseguido las entradas a buen precio, en la primera ronda de descuentos. Paró y recuperó el aliento mirando el Miño, que discurría entre bancos de niebla, sempiterna en la ciudad. Un coche pasó zumbando a lo lejos, en el puente, y se paró a mirarlo distraída. El reloj marcaba las cuatro de la madrugada y en ese descampado solo se veían, a lo lejos, grupos de adolescentes que, cubata en mano, se restregaban los unos contra los otros mientras cantaban y se reían. Sintió que ya no encajaba. No pertenecía en absoluto a ese ambiente, ya tenía 33 años y hacía siglos que no salía por las noches. Siempre había sido tranquila, la fiesta acabó para ella cuando cumplió los 25.

Recordó a la Ástrid de hacía unos años. Sabía lo que quería: triunfar como cantante, sacar un disco, conocer a alguien especial que la acompañara a los conciertos y comprar un dúplex caro en una ciudad muy lejana. Ahora era camarera, cantaba solo cuando la contrataban en pequeños eventos, tenía un piso muy bonito, pero la geografía era la misma y su novio era perfecto, pero en ocasiones le detestaba. Y esos momentos eran cada vez más frecuentes, aunque el pobre no hacía nada mal. Era ella la que lo había estropeado todo. Estaba insatisfecha y era injusto para los dos, pero nunca se había atrevido a dar el paso definitivo para alejarse. Era consciente de ello, pero aun así se sorprendía en las madrugadas prometiéndole cosas que sabía que nunca le daría.

Ya estaba pensando de más, por lo que volvió a ponerse en movimiento después de unos cuantos estiramientos. Se había quedado fría y se notaba las piernas agarrotadas y la cabeza embotada. Emprendió el camino de vuelta. Pasó trotando el Hotel

Balneario, un edificio enorme cuyas ventanas daban al río. Observó los albornoces inmaculados de los clientes del hotel, que colgaban de las ventanas. Se estremeció: parecían fantasmas pugnando por abandonar las habitaciones. Aceleró hasta llegar al llano que daba inicio al camino del Rato, pero su carrera se frenó de sopetón. Algo la había hecho tropezar. Miró el suelo para ver de qué se trataba y encontró una cuerda que pronto le presionó los tobillos el uno contra el otro. Alzó la vista con terror, el corazón a mil, un sentimiento de miedo ceñido al pecho que no la dejaba respirar. Delante de ella una figura enmascarada y cubierta por una túnica marrón soltó una carcajada. Se agachó ante ella sin reducir la presión que la hacía prisionera. Todo fue muy rápido y confuso. Ástrid se revolvió para huir. En vano, pues la cuerda la hería cada vez que se movía. La figura se sentó sobre sus caderas, impidiéndole cualquier tipo de movimiento. Le sujetó las manos y las envolvió con una cuerda aún más gruesa que la que encadenaba sus tobillos. Se mordió las mejillas por dentro hasta que sintió el sabor ferroso de la sangre. Inmovilizada, quiso gritar, pero la figura lo tenía todo previsto y se lo impidió con una cinta tan apretada que no le permitió ni tan siquiera cerrar la boca. Entonces se levantó y Ástrid dejó de sentir esa presión que la anclaba al suelo. La tregua duró poco; enseguida entendió que todo estaba perdido. La figura se agachó, acercó las manos enguantadas a su cintura y para su sorpresa empezó a bajarle el pantalón. Contuvo una arcada al pensar que el objetivo de su agresor era el mismo de siempre. Ese afán de sexo, de poder, que desfigura a algunos hombres hasta convertirlos en el monstruo que imaginan los niños cuando antes de meterse en la cama comprueban que no haya nadie debajo.

Le bajó los pantalones con una calma extraña, un sentimiento antagónico al que sentía Ástrid. Luego hizo lo mismo con las bragas. Cuando presentía que se iba a desnudar, su atacante se volvió hacia una mochila y sacó una especie de bola de lana, o al menos eso le pareció. Sintió presión en la vagina. Un ardor insoportable. Empujó la lana hacia dentro de ella con un dedo, pero el tejido era áspero y duro. Ástrid estaba tensa, pero al final se rindió. La figura consiguió su objetivo, fuera cual fuera, y ella se dejó hacer, segura de cómo acabaría aquello. En un flash le vino a la mente Natalia, la chica que había ocupado las portadas de los periódicos esos días. «No debería haber salido a correr, a quién se le ocurre», fue lo último que pensó. Cerró los ojos con fuerza, la

figura le quitó la venda de la boca y la puso sobre sus ojos. Le mantuvo la boca abierta con una mano y sintió caer un líquido amargo, de un sabor malísimo, sobre la lengua.

8

ABRIL

Lunes 13, un día después del final del Arde Lucus. 19:00h.

Llegué a Lugo cerca de las siete de la tarde. Hacía un calor anómalo para esas alturas del año, pero no me desagradaba. Me gustaba mucho más el calor que el frío y no tenía ninguna duda cuando alguien hacía la típica pregunta ¿playa o montaña? Aparqué a un par de calles de mi casa después de muchas más maniobras de las que hubieran sido necesarias. Aparcar era mi cruz. Antes de subir, compré una botella de vino para tomárnosla cuando llegara Martín.

En cuanto llegué a casa me descalcé, me desabroché el sujetador y me senté en el sofá con la libreta en mano. Puse música para concentrarme e intenté recopilar en una lista todas las cosas que sabía hasta entonces. Eran pocas: Natalia había tenido un problema con un hombre, había estado unos meses apática y cuando empezaba a remontar fue salvajemente asesinada. También estaba lo de su abuela, que creía que merecía lo que le había pasado. Hice un círculo con muchas exclamaciones alrededor de la palabra abuela. Escribí las palabras "hombre desconocido" al lado de varios signos de interrogación. Tenía que seguir investigando las hipótesis que había planteado, que resumí en la siguiente lista:

¿Ese hombre la había violado?

¿Podía ser que hubiera vuelto para matarla?

¿Natalia se había metido en problemas por intentar vengarse?

¿Por el contrario, tenía un enemigo totalmente ajeno al pueblo?

¿Simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado?

Ninguna me convencía del todo, principalmente porque no encajaban con la afirmación de su abuela. También estaba el nuevo caso, el de Ástrid Pereira. De ella sabía poco, más bien nada. Había sido encontrada cerca del río Miño y según la prensa había indicios de que se trataba de un crimen sexual. Eso las desconectaba, porque Natalia no había sufrido abusos de ese tipo durante su asesinato, según lo que había podido leer en los documentos de Martín. Sin embargo, presentía que esos dos casos estaban relacionados más allá de haber coincidido en el tiempo. Algo más grande que aún no alcanzaba a entender las unía. Subrayé la frase “venda en los ojos” y “desnuda de cintura para abajo” y repasé de nuevo las notas sobre Natalia. Recordé que a ella le habían encontrado un objeto extraño, sin especificar, en la vagina. Tenía que averiguar si a Ástrid le había ocurrido lo mismo para conectarlas definitivamente. Estaba convencida de que detrás de sus muertes se encontraba la misma persona. Andando en círculos por el salón, le di muchas vueltas a la manera de confirmar mi hipótesis. Resoplé antes de dejarme caer en el sofá y clavar la vista en la libreta. Taché el nombre de Martín. Era tan disciplinado que descarté cualquier tipo de ayuda por su parte.

Analicé mis notas, pero no encontré nada que las pudiera unir en vida. Necesitaba conocer más a Ástrid, por lo que decidí que el siguiente paso sería investigar en su entorno. Fue una ardua tarea; no tenía más información que su apellido. En Google no había rastro de ninguna Ástrid Pereira que pudiera encajar y los medios de comunicación tampoco daban detalles para identificarla más allá de su edad y el lugar donde se había encontrado el cuerpo. La policía les había pedido a los periodistas que no entorpecieran la investigación y, de momento, lo estaban respetando. Creí que había llegado a un callejón sin salida y tuve la tentación de rendirme, pero continué rastreando internet. Obstinada como era, no iba a ser fácil que dejara de investigar.

En ese mismo momento sonó el teléfono. Era Marina. No tenía ganas de hablar con nadie, pero hice una excepción. Además, me convenía volver a ser sociable, porque Martín estaría al llegar y no le iba a gustar mi mal humor. Descolgué con la voz más dulce que fui capaz de fingir.

— ¡Baja a tomar unas tapitas, sosa! — me saludó cantarina. Como siempre, sin esperar una respuesta, me llegó una ubicación a nuestro chat de WhatsApp.

— Estoy cansadísima, ¿qué tal un café mañana?

— Estás de un aburrido… — se quejó— . ¿Qué has hecho hoy para estar tan cansada? — preguntó con el tono con el que siempre empezaban las conversaciones sobre sexo— ¿Mucho Mambo?

— A Mambo lo tengo en un cajón desde hace meses, fíjate tú si estoy sosa — le dije riendo— . Me he cogido el día libre en el curro, pero estoy muerta, todo el día de aquí para allá. Estoy documentándome para una novela.

— ¡No me digas que has vuelto a escribir! — Su emoción me conmovió, pero al poco me arrepentí de haber abierto la boca— . ¿Sobre qué? No será sobre esa chica…

— Ya te contaré… — le respondí intentando cortar la conversación antes de que se me desatara más la lengua— . Tengo que colgar, Ina.

— Estás imposible — se quejó— . Venga, te dejo colgar, pero nos vemos mañana a las nueve en nuestro Manso, que tengo algo que contarte.

— Allí nos vemos.

Cuando colgué, recibí un mensaje. Pensé que sería Marina con una de sus frases antiguas al estilo de “yo a tu edad seguía saliendo de cañas”. No habría sido la primera vez que usaba esa misma frase para quejarse de mi falta de actividad nocturna, pero esa vez no era ella. Quien me escribió fue Martín para decirme que no le esperara para cenar.

«Estoy encadenado a la mesa y mi jefe está a punto de ser la tercera víctima de esta semana. No me esperes para cenar, llegaré tarde. Eso sí, prepara un buen vino».

Al mensaje lo acompañaban varios emoticonos con la intención de hacerme reír, pero estaba tan cansada que no me salió ni una sonrisa.

Sin embargo, no paraba de darle vueltas a la relación entre Ástrid y Natalia. ¿Se conocían? ¿Qué las unía? ¿Sería el mismo hombre? Quería resolverlo cuanto antes para poder empezar a escribir, pero no tenía más que una triste hoja de anotaciones que no conducían a ninguna parte. La escritura era la parte del proceso que realmente me apasionaba, pero continuaba enfangada en la documentación, una fase que se me atragantaba. Agobiada, opté por desconectar un rato en el sofá. Acabé repasando el móvil con un capítulo de Friends de fondo. Ya no sabía lo que era ver la televisión prestándole verdadera atención. Entré en Twitter, pero me aburrió pronto ver cómo la gente se insultaba entre sí. Después hice el mismo recorrido de siempre y mi dedo fue directo a Instagram. Disfrutaba del reel de una mujer limpiando el cuarto de baño diligentemente cuando se me encendió la bombillita. No había información de Ástrid en Google, pero ¿y en Instagram? Tecleé su nombre completo esperando poder encontrar un perfil que encajara. Pulsé sobre un par de cuentas que descarté enseguida: eran chicas demasiado jóvenes o vivían demasiado lejos. A la tercera, se cumplió el refrán y fue la vencida. Tenía que ser ella. Era morena, camarera, joven pero ya en la treintena, deportista. Lo confirmé cuando vi su foto sonriente en el paseo del Rato, pocos metros más allá del lugar donde se encontró su cadáver. Amplié una publicación donde posaba frente a su trabajo. En el delantal se podía distinguir el nombre del lugar al que me dirigiría la mañana siguiente.

9

ABRIL

Martes 14, dos días después del final del Arde Lucus. 8:00h.

Abrí los ojos sobresaltada por la sensación de estar ahogándome. Descubrí que el responsable era Martín, que durante la noche me había hecho una especie de llave marcial y tenía piernas y brazos encima de mí, atrapándome. Hacía años que no permitía a nadie esas confianzas, por lo que el primer impulso fue apartarlo y salir corriendo. Pero había dos problemas: pesaba demasiado y no tenía donde huir. Obligada por las circunstancias, permanecí un rato en la cama, pero los minutos no avanzaban y el techo no respondía a mis preguntas. Me había despertado a las tres de la mañana pensando en ellas y no había conseguido dormirme hasta las cinco. Hasta las ocho, mis sueños los ocuparon también Natalia y Ástrid, que surgían de la oscuridad para pedirme que las salvara. El resultado fue que me levanté más cansada que cuando me había acostado. Aún atrapada bajo el cuerpo de Martín, repasé en mi mente lo que había averiguado hasta entonces y me desanimé al constatar que era muy poco. Saqué un pie de la cama y haciendo contorsionismo toqué el borde del tablón con chinchetas que conectaba a Natalia y Ástrid y contenía también la escasa información que había recopilado. La noche anterior, antes de que llegara Martín, lo había escondido bajo la cama para que no descubriera que andaba haciendo pesquisas.

Lo cierto es que no sabía qué más hacer además de visitar el bar donde trabajaba Ástrid. Alcancé el móvil y le escribí un mensaje a mi jefa. Le comunicaba que seguía encontrándome mal, pero que para no perjudicar a la empresa les sugería descontar esos días de mis vacaciones. Cuando aceptó y supe que tendría la semana libre para investigar a esos casos, el dolor en la boca del estómago que me torturaba desde la noche anterior se apaciguó.

Tenía la sensación de que, aunque fuera lo último que hiciera, tenía que llegar al fondo de ese caso. Los crímenes habían activado un mecanismo en mí que me impedía pensar en otra cosa. Quizá se debía a que había vuelto a sentirme viva tantos años después. Su recuerdo seguía persiguiéndome, pero tenía ante mí la oportunidad de salir del pozo y no iba a dudar en coger la escalera que ese caso me tendía. No era policía y eso complicaba las cosas, pero costara lo que costara iba a ser la justiciera que diera caza a ese monstruo.

En ese momento, Martín emitió un ronquido y soltó una de mis piernas, lo que me permitió hacer fuerza con las caderas y liberarme de su abrazo. Me levanté por fin, veinte minutos después de haber abierto los ojos, y con los sentidos embotados. Lo remedié con una ducha. Al salir, faltó poco para que volviera a caer en la tentación de hojear las notas de Martín, pero me contuve. Justo a tiempo, porque poco después protestó por estar solo en la cama.

— ¿Quién fue el que llegó ayer molido y en cuanto puso la cabeza en la almohada se durmió? Pues ahora no me vengas con quejas — dije sin darme cuenta de que lo nuestro se estaba afianzando peligrosamente.

— Venga, ven aquí…

— Tengo prisa.

— ¿Y eso? No empiezas hasta las tres — dijo consultando el reloj. Me sorprendió que supiera que los martes mi turno era de tardes.

— Tengo cosas que hacer de todas formas — zanjé la conversación mientras me abrochaba el último botón de la camisa— . Me marcho, coge lo que quieras en la nevera. Después hablamos.

Quise acercarme y darle un beso antes de salir de casa, pero me contuve a tiempo. Entonces sí que me di cuenta de la complicidad que había ido creciendo entre nosotros, y no me gustó en absoluto. Me incomodaba, era un terreno autoprohibido. Pantanoso, como diría Marina. Lo quería lejos, aunque estaba bien sentirlo cerca de vez en cuando. Me agobiaba, pero al mismo tiempo no quería soltarlo del todo. Le iba abriendo camino hacia mí cuando creía que lo tenía todo vallado. Tenía sentimientos encontrados, como una

adolescente de cuarenta años, pero ni tiempo ni ganas de afrontarlos.

Al llegar al portal saqué el móvil para repasar la dirección del bar. Miré el reloj: más de las nueve; a esa hora ya habría abierto. Me dirigí hacia el establecimiento, en una de las calles más frecuentadas por la noche y que aún mostraba un aspecto lamentable. Daba igual que fuera martes. No importaba que la semana anterior ya hubiera habido mucha fiesta en esa zona. Las calles colindantes a la catedral no dormían nunca, día tras día se llenaban de jóvenes y no tan jóvenes con ganas de bailar y beber. Avancé entre la orina de esos fiesteros que no tenían respeto alguno por la salubridad de la ciudad. La calle olía a amoniaco y bajo mis pies crujían cristales con cada paso. Esquivando como pude los trozos más grandes y los vasos de cubata que rodaban calle abajo con cada soplido del viento, llegué hasta el bar. Del local de al lado, cerrado hacía años, escapó corriendo una cucaracha que se había quedado atrapada bajo la basura que los fiesteros habían ido abandonando entre los huecos de la persiana corroída.

Justo delante, un camarero barría sin entusiasmo la zona de la calle Bispo Basulto donde tenía que instalar las mesas y los taburetes que seguro que alguien ocuparía pronto. Entré al bar y pedí un café con leche. Me fijé en los detalles que lo decoraban. Se trataba de un lugar curioso en el que nunca había entrado, puesto que evitaba esa zona de la ciudad tan concurrida. Las paredes de piedra vista hacían del lugar un sitio acogedor, aunque el ambiente se notaba cargado. Seguí con los ojos las monedas que se acumulaban en las paredes como en la Fontana di Trevi y me maravillé con la decoración del local. Todo transportaba a la antigua Roma. Cascos de tracio y armaduras, broches y joyas, lucernas con decoraciones del dios Mercurio y sandalias parecidas a las que ahora se habían popularizado. La decoración de aquel sitio, que algunos podrían considerar barroca, me impactó sobremanera. Durante unos minutos lo único que hice fue apreciar las paredes del local, los objetos y las frases en latín que los dueños habían elegido con mimo. Cada detalle estaba pensado, no había nada fuera de lugar. «Cómo le habría gustado», pensé mientras contemplaba el techo del local, que simulaba un mosaico romano. El camarero me devolvió a la realidad situando una bañera de café humeante frente a mí.

— Aquí tiene.

Mis ojos viajaron hasta un sofá que encajaba a la perfección con el ambiente del local. Era de madera oscura, quizá un poco endeble, y lo cubrían unos cojines dorados de gran tamaño sobre los que se sentaba un hombre taciturno, con la cabeza gacha, que fumaba con exagerada pasión. Me lo quedé mirando muy sorprendida precisamente porque hacía años que fumar dentro de un bar estaba casi considerado un acto de terrorismo, pero nadie le llamó la atención. Saqué el paquete de tabaco de emergencia que siempre llevaba en el bolso, al que recurría más veces de lo que quería admitir y me acerqué dispuesta a que me diera fuego. Al aproximarme me di cuenta de que ese hombre tenía un aspecto lamentable. Olía a alcohol y tenía los ojos hinchados y rojos. A juzgar por el humo que lo rodeaba había estado fumando un cigarro tras otro de forma obsesiva. Parecía querer encontrar consuelo en la espiral de humo que se formaba ante sus ojos para desaparecer instantes después. Era la viva imagen de la desesperación. Lo había visto en fotos, pero su aspecto era tan distinto, estaba tan deteriorado, que me fue imposible reconocerle a primera vista en el hombre del sofá.

— ¿Tienes fuego?

Me pasó un mechero sin levantar la vista de la mesa. Encendí el cigarro y me llené los pulmones de humo. Me sentí bien, poderosa en contraposición a ese semihombre que se desmoronaba frente a mí. Pasados unos segundos opté por volver a la mesa donde había abandonado mi café. Ese hombre desaliñado no se parecía al que había visto con Ástrid, pero cuando su voz ronca interrumpió mis pasos supe que no estaba equivocada.

— Tendría que usarlo para terminar con esta mierda.

Me volví poco a poco. El hombre seguía mirando un punto indeterminado de la mesa. Solo levantó la cabeza para pedir que le rellenaran el vaso.

— Ya has bebido demasiado, Marcos — le dijo el camarero.

— A ti qué coño te importa — replicó él dando un puñetazo a la mesa que hizo tintinear el vaso vacío.

Me acerqué y le apreté el hombro para que se calmase. Fue un gesto extraño e instintivo que nos asombró a ambos. Nos miramos fijamente durante unos instantes, hasta que él apartó la mirada y se levantó súbitamente.

— Creo que podría ayudarte… — musité.

No estaba segura de que me hubiera oído. Desapareció tras la puerta de servicio, que cerró de un portazo. La música del bar no impidió que se oyera la retahíla de golpes y patadas que le asestó después. Me refugié en la barra dispuesta a pagar y salir de allí. El chico que se había negado a servirle una copa más tenía aspecto de estar pasando vergüenza.

— Disculpa a mi primo, normalmente no es así.

No supe qué responder, por lo que hice un gesto con la mano para quitarle importancia. Cuando iba a pedir la cuenta para pagar, ya cartera en mano, volvió a hablar.

— Está irreconocible, aunque supongo que es normal en su situación.

Moví las cejas en un gesto interrogativo.

— Han matado a su novia, se llamaba Ástrid. Trabajaba aquí, igual la conocías. Últimamente no estaban muy bien, pero llevaban mucho juntos. Se querían. Desde que lo supo no para de beber. Siento si te ha asustado…

Lo dijo sin pararse a coger aire, sin una sola pausa. Después me entregó la cuenta que no había llegado a pedirle y se dirigió a la otra punta de la barra, donde fingió estar muy ocupado ordenando botellas. Daba la sensación de haberse arrepentido de la explicación nada más terminar la frase, pero ya estaba hecho.

Salía del bar cuando noté la vibración del móvil. Al sacarlo vi que tenía tres llamadas perdidas de Marina. Me asusté. Era muy raro que me llamara a esas horas, trabajaba de tarde y los años no le habían modificado el horario de sueño. Seguía siendo una marmota. Preocupada, le devolví la llamada. No tardó en descolgar. Antes de

poder decir nada, espetó:

— Estoy harta, Abril.

Sin darme derecho a réplica, colgó.

10

MARINA

Martes 14, dos días después del final del Arde Lucus, 11:00h.

Agarrada a una taza de café que apretaba con fuerza, Marina no dejaba de repetirse que la relación con Abril tenía demasiado peso en su vida. Pero por más que insistía, ese pensamiento no terminaba de anidar dentro de ella. Muy adentro sabía que nunca iba a alejarse de Abril, era una parte muy importante de ella misma desde hacía más de una década. Estaba muy enfadada. Pablo también se lo había recriminado muchas veces, celoso de que la antepusiera inconscientemente a él, a su relación. Imaginó lo que le diría y el tono que emplearía si lo tuviera delante en ese momento: "Así te lo paga". Y tenía razón.

Desde que se conocieron en una biblioteca donde Abril impartía una charla y Marina buscaba su siguiente lectura, sintió una conexión que acabó por absorberla totalmente. Le fascinaban su ímpetu y su obstinación, que la llevaban a conseguir todo lo que se proponía, pero a la vez le molestaba sentirse inferior, pequeña a su lado. La relación con Abril la agotaba en muchos momentos, pero que la hubiera elegido a ella como su confidente lo compensaba, la hacía sentirse especial. Se querían, habían estado la una junto a la otra en los peores momentos de sus vidas, pero ese sentimiento de envidia no había desaparecido nunca del todo. Se sentía como una mariposa atraída por su luz. No sexualmente, ese terreno lo tenía muy bien definido, pero era un sentimiento de dependencia aún más poderoso que la fastidiaba. La admiraba por ser capaz de concentrarse en algo y no pestañear hasta conseguirlo, pero a la vez le enervaba que no le prestara entonces la atención debida. Abril no dejaba ni un cabo suelto y siempre encontraba la respuesta que buscaba. Marina pocas veces sabía en qué andaba metida, dónde estaba su mente mientras asentía con indiferencia a lo que le

contaba cuando se sentaban a charlar delante de una taza de café o una caña.

Algunas veces no era indiferencia lo que las separaba, sino la tristeza perenne de su amiga. En esas ocasiones, Marina lo pasaba mal. Pese al amor que se tenían, no se atrevía a preguntar el motivo de su pena.

— ¡Abril! No me estás prestando atención. ¿Se puede saber en qué estás pensando? — le había preguntado la última vez.

— Cosas mías, Ina. No estoy de humor, creo que me voy a casa.

— ¿Qué te pasa? Sabes que puedes contármelo. ¿Es por él?

— Marina, ¡deja de entrometerte! No tengo por qué explicártelo todo — alzó la voz mientras se ponía la chaqueta y la pequeña mochila que usaba como bolso y que llevaba a todas partes— . Tengo que irme.

Les había costado mucho superar ese bache. Marina no comprendía por qué su amiga la trataba de esa forma y dejó de llamarla durante un tiempo. Abril solo pensaba en su dolor, no veía que ella misma se lo estaba causando a los demás. Marina acabó llamando, pero nunca más volvió a sacar el tema, por más que pensara que lo que más le convenía a su amiga era precisamente abrir las compuertas y dejar escapar toda la aflicción que había ido acumulando con los años. Las siguientes veces que quedaron a tomar café, optó por dejar que fuera ella quien decidiera si quería contarle qué se le pasaba por la cabeza. Empezaba a estar harta de la situación y de tener que ir siempre con pies de plomo.

Ese día estaba enfadada. Cabreada. Quizá más que nunca, aunque pronto se dio cuenta de que su malestar no se debía tanto a que se hubiera olvidado de su cita como al hecho de que estuviera de nuevo inmersa en algo apasionante sin contar con ella. Chasqueó la lengua y miró a su alrededor. Estaba sola frente al croissant que había pedido para Abril y una taza de café que se había quedado fría. Empezó a mordisquear la pasta mientras imaginaba a su amiga concentrada en una nueva novela. Sí, debía ser eso. Se lo había comentado la noche anterior, cuando la llamó. Ahora lo recordaba.

«Qué bien», pensó agarrada a su croissant, otra vez iba a estar ausente una larga temporada.

Desde que Abril empezaba un libro hasta que lo terminaba, desaparecía completamente. La obsesión por sumergirse en la prosa y terminar cuanto antes la historia que se le había ocurrido se reflejaba en sus ojos, en las bolsas violáceas que se le formaban debajo por no dormir suficiente y en el gesto crispado de su mandíbula. Cuando entregaba el libro a la editorial, toda esa tensión desaparecía. Lo celebraba con ríos de cerveza y proponía mil y un planes. En el momento en el que la editorial los rechazaba, apenas unas semanas después de la entrega, se encerraba en casa y volvía a aislarse del mundo. Era difícil adaptarse a ella y dudó querer seguir haciéndolo.

Se levantó hasta situarse ante la cristalera del segundo piso de su cafetería favorita, donde hacía más de una hora que esperaba ver aparecer a su amiga. Mirando a los peatones cruzar hacia la muralla, mientras se mordía las uñas, pensó en lo diferente que actuaban. Abril era la primera persona a la que llamaba cuando le pasaba algo importante, incluso antes que a Pablo, y le dolía que no fuera recíproco. Siempre optaba por olvidarlo, porque era consciente de que Abril la quería. Habían vivido muchas cosas juntas. Recordó la noche que pasaron en un hotel de Ribadeo hacía casi una década. Abril tenía que dar una charla muy temprano al día siguiente y al volver de la cena se acostaron enseguida. Hacia las dos de la mañana, algo la sobresaltó. Era Abril, que se removía en la cama y lloraba. Jadeaba y murmuraba palabras ininteligibles, bañada en sudor. Se levantó y la zarandeó lentamente, tratando de despertarla. Abril lanzó un grito.

— ¡No lo hagas, por favor!

— Tranquila, soy yo, no pasa nada — intentó tranquilizarla.

Se mantuvieron abrazadas durante unos minutos. Abril lloraba en silencio. Marina le acarició el pelo hasta que notó que se serenaba. Cuando se incorporó le pareció que su amiga dormía. Se metió en la cama y apagó la luz.

— Gracias, eres lo mejor que tengo.

Nunca más volvieron a hablar de lo que pasó esa noche, pero Marina se sintió mucho más cerca de ella desde entonces. Los años, sin embargo, iban pasando y su amiga no superaba sus traumas. Cada vez lo pagaba más con la gente de su alrededor, y empezaba a estar harta. Eso mismo pasó ese día, cuando la esperaba para desayunar y contarle algo que le hacía muchísima ilusión. Era un momento muy importante para ella. Quería contarle que la tarde anterior Pablo le había pedido que se casara con él y ella había aceptado al instante, pero Abril ni se acordó de que habían quedado. Sentía rabia por el menosprecio de Abril, que sin darse cuenta había vuelto a decepcionarla.

El móvil no paraba de vibrar sobre la mesa de la cafetería, al otro lado de la estancia. Se acercó a cogerlo. Una lista interminable de notificaciones intercalaba las llamadas y los mensajes, todos de ella. Echó un vistazo al chat. Abril ya se había dado cuenta de su error y buscaba maneras de justificarse. Empezaba pidiendo disculpas y terminaba cargando contra ella porque no entendía que tenía muchas cosas de las que preocuparse. Era normal que no se acordase de que habían quedado, decía. Le pedía que lo entendiera y después volvía a justificarse. Sonrió irónicamente y bajó las escaleras de la cafetería aún más enfadada.

— ¿Me preparas la cuenta, Marisol?

— Claro, bonita. ¿No ha venido tu amiga?

— Ha tenido una urgencia — la disculpó y al instante se sintió estúpida.

Salió de Manso con el ímpetu que dan los enfados y decidió irse a casa, leer un libro y olvidarse de ella. Sabía que esa reacción era desmedida y se le pasaría más pronto que tarde, pero abrazó lo que sentía en ese momento y dirigió sus pasos hacia la casa que compartía con Pablo en la Rúa Doutor Castro. Había heredado el piso de sus abuelos, de otra forma no hubieran podido permitirse vivir en esa zona. Esa preciosa calle del centro siempre tenía buen ambiente, aunque ese día no lo apreció como otras veces. Caminó con paso decidido por encima de los mosaicos romanos que se podían contemplar a través de un cristal. Lugo escondía una ciudad subterránea en muchos casos desconocida. Cada vez que empezaban

una obra, había que frenar casi de inmediato y llamar a los arqueólogos. Encontraban restos romanos, restos de historia, por todas partes. En la calle donde vivía, en concreto, aún existían restos de la conocida como casa de los mosaicos, en otra vida la Domus Oceani, una gran residencia señorial de los romanos lucenses más poderosos de la época. La había visitado muchas veces, pero ese día no se acordó de las maravillosas pinturas que ornamentaban las paredes de esa casa que formaba parte de la historia de su ciudad. El enfado hizo que pasara por encima de los mosaicos con paso firme y sin tan siquiera mirarlos. Deseaba llegar a casa más que cualquier otra cosa.

Una vez en el portal, se detuvo para mirar el buzón. Publicidad de Pizzbur, Dolce Vita y el Kebab Palmeras. Una carta de Hacienda a nombre de Pablo que la puso pálida. Una factura de la luz desmesuradamente cara. Lo cogió todo y lo dejó en la entrada, junto a las llaves. Descorrió las cortinas, se sentó en el sofá y se perdió entre las páginas de Todas esas cosas que te diré mañana. La vibración del móvil la distraía y decidió apagarlo. Dos horas después, ya más calmada, le entró hambre, pero en la nevera solo había una lechuga olvidada y pocha. Tenía una hora para comer y se dispuso a calzarse para bajar a por un bocadillo.

Cerró de un portazo, pero oyó el timbre y decidió volver a entrar. «Nunca se sabe, puede ser urgente», se dijo pensando en la carta de Hacienda. La voz enérgica de Abril la sobresaltó. Estuvo tentada de colgar el telefonillo y dejarla plantada como ella había hecho esa misma mañana, pero ganó el miedo a que la diera por perdida. Tomó nota mental para tratar esa dependencia emocional con su psicóloga y apretó el botón que daba acceso al portal sin mediar palabra. Abrió la puerta y oyó los pasos apresurados de su amiga por la escalera. Entró mientras se servía un vaso de agua y empezó a hablarle con ansiedad.

— Tienes que perdonarme. Venga, si ya sabes cómo soy, cuando me meto en algo no veo más allá.

No contestó y eso en vez de cortarla la espoleó a seguir con su verborrea.

— Hace años que necesito una novela como esta. Ninguna de las

que he entregado le ha gustado a la editorial, pero creo que ahora será distinto. Tengo un hilo del que tirar. Y claro, estoy muy ocupada, tienes que entenderlo… ¡Si incluso he cogido vacaciones! Se me ha pasado completamente que habíamos quedado, me siento fatal. — Lo soltó todo y cuando iba a seguir hablando después de recuperar el aliento, Marina la interrumpió.

— Quería verte para decirte que me caso.

— ¿Cómo?

— Me lo pidió ayer — respondió Marina mostrándole el anillo. Su enfado ya se estaba evaporando ante la cara de estupefacción de su amiga.

— 'La novia cuarentona'. Igual ese podía ser el título de mi próxima novela — dijo con guasa antes de abrazarla— . Me alegro mucho, Ina.

Marina dejó de estar enfadada cuando escuchó el mote cariñoso con el que su amiga la había bautizado al poco de conocerse. Su vínculo nunca se rompía, aunque Abril solía tensar bastante la cuerda. Nadie la llamaba así, jamás lo había oído y le gustaba que fuera algo único entre ellas dos. Sus hombros se relajaron y se lanzó a contarle los detalles de la pedida, que en realidad había sido muy sencilla, pero a la que le dio bombo por el placer de saberse la protagonista.

Después, en un momento de debilidad, Abril le confesó que estaba investigando los crímenes de los últimos días para encontrar al asesino.

— Martín no sabe nada, claro. Imagínate qué cara pondría…

— Te estás metiendo en algo peligroso — le advirtió Marina con el ceño fruncido.

— Me siento viva otra vez, Marina. Creo que esto me puede cambiar la vida — respondió Abril cogiéndole las manos.

— Bueno, pero tienes que contar conmigo — concedió— . Te lo digo de verdad, Abril, estás persiguiendo a un asesino, no puedes

hacerlo sola. Por una vez tienes que dejar que te ayude.

— Ven a casa mañana y te pongo al día — le prometió no muy convencida. Tenía miedo de decepcionar a su amiga, pero no le hacía ninguna gracia involucrarla en algo que ella misma sabía que era peligroso.

Abril se comprometió a preparar una tortilla de patatas para la cena del día siguiente. Era el único plato que se le daba bien. La citó en su casa porque quería enseñarle el tablón que escondía bajo la cama, entre polvo y pelusas. Quizá Marina le indicaría por dónde debía seguir. Con la cháchara pasó la hora de la comida. Cuando Marina se quiso dar cuenta tenía que salir hacia el trabajo. Preparó la bolsa con el uniforme y ambas bajaron a la calle, donde se despidieron antes de tomar caminos opuestos.

— Intenta no matar a nadie en tu turno — bromeó Abril antes de darse la vuelta y desaparecer por la esquina hacia la Praza Maior.

11

ABRIL

— O xantar ya está listo — gritó la abuela Teresa desde lo alto de la lameira con su habitual mezcla de gallego y castellano— . ¡Venid!

Miré el reloj. Las agujas marcaban las 14:30h, ni un minuto más arriba ni abajo. Sonreí, la abuela era un animal de costumbres y no había quien la convenciera para cambiar de hábitos. Dejé el libro en la toalla y me dispuse a levantarme, pero lo hice demasiado rápido y perdí la visión. Odio la sensación de ceguera que te invade cuando, después de estar un rato estirado, te incorporas de repente. En ese lapso de tiempo, me torcí el tobillo y por poco no caí al suelo como un saco de patatas como los que la abuela guardaba cerca de la cuadra. Por suerte, unos brazos firmes me sujetaron por la cintura. Estaban helados, rojos y ligeramente arrugados después de haber pasado media hora en el pozo que hacía tanto de piscina como de lavadero. Esas manos que me agarraban me provocaron un escalofrío de satisfacción, resultado de una mezcla entre el alivio del calor que hacía ese día de agosto y la atracción que sentía por su dueño.

Avanzamos cogidos de la mano hacia la casa. La había construido el bisabuelo piedra a piedra y era la más bonita del pueblo. En el fondo, todos compartían ese pensamiento por más cariño que le tuvieran a sus respectivas moradas. Tenía algo mágico que se percibía nada más entrar por la portada. Una gran puerta daba acceso al corral donde picoteaban las gallinas, se guardaba la leña para el invierno y donde había incluso espacio para una bonita parra. La vid era la devoción del abuelo, que se dedicaba a ella sin esperar nada a cambio. Hubiera deseado tener un viñedo, pero no eran tierras para ello y se tenían que aprovechar para el ganado. Se conformaba con un pequeño huerto al lado del pozo donde habíamos estado refrescándonos esa mañana y con unos cuantos

pinos en el margen entre nuestra casa y la de Javiel.

La casa era más grande de lo que parecía a simple vista. Al entrar, en el lado derecho, se encontraba la cocina, constantemente llena de humo para disimular la humedad. En invierno casi podías percibir cómo bajaba el agua al otro lado de la pared, en la zanja que separaba la casa de la tierra. La humedad calaba los huesos y no había caldo gallego que pudiera calmar los tembleques que provocaba. En verano era más soportable, pero seguía siendo una acompañante invisible en todas las comidas. Frente a la cocina había una escalera cuyos escalones crujían a cada paso. Ese sonido me había impedido volver tarde a casa durante mi adolescencia, puesto que no había forma de evitar el ruido que me delataba. En lo alto de la escalera se encontraba la palleira, llena de trastos que mi abuela se negaba a tirar y de hierba para el ganado. La casa se dividía en cinco habitaciones que en esa época del año estaban siempre habitadas, aunque durante los meses más crudos de invierno la mayoría esperaban acumulando polvo con la única compañía de las arañas, las verdaderas dueñas del lugar. Cómo había cambiado respecto a mi infancia, cuando aún vivían los abuelos y la casa estaba siempre caliente y habitada. Durante el año éramos tres viviendo allí, pero cuando llegaban las vacaciones o los puentes, la casa se convertía en un hotel para recibir a los tíos y los primos. Lo vivía como un gran acontecimiento y, cuando no estaban, contaba los días que tenían que pasar para que se unieran de nuevo a nosotros.

El salón tenía una puerta a cada lado del sofá. La habitación más cercana a la ventana la habían ocupado los bisabuelos y ahora era la mía, la única que no había tenido miedo a sus fantasmas. De niña respondía a todo el que me preguntara que me gustaría verlos para confirmar mis sospechas de que había una energía mágica en la casa que la protegía. La otra puerta daba a un cuarto más pequeño donde dormían mis primos. Avanzando por el diáfano pasillo se podían distinguir tres puertas: la primera estaba prohibida desde siempre, la segunda era la de los abuelos y la tercera la de la tía. Al fondo, un pequeño cuarto de baño que se hizo con posterioridad a la casa y que tenía una ducha de adorno, porque no caían más que cuatro gotas de agua fría. Siempre me preguntaba cómo sobrevivía la abuela a esas duchas heladas, pero ella nunca respondía. Se reía,

decía que más adelante, de mayor, lo entendería. Como si ser adulto significara tener insensibilidad, le contestaba yo. La puerta contigua al baño conducía a un pasillo que llevaba a su vez a una despensa y que coronaba en una salida hacia el exterior. Ese lugar de la casa había sido escenario de las mejores tardes de mi infancia, cuando jugábamos al escondite con mis primos. Quien contaba se quedaba en ese pasillo oscuro mientras los demás atravesaban la puerta para buscar refugio detrás de la primera roca, silva o tronco que encontraran en su huida.

Una tarde de verano, mientras nos entreteníamos persiguiéndonos los unos a los otros por la aira, escogí un escondite que no he olvidado, porque desde entonces tengo fobia de la oscuridad. Tuve la brillante idea de bajar la pequeña cuesta que separa la casa de los vecinos y mi querida Neira y esconderme detrás de la puertecita que había al lado de la poza verde y putrefacta donde se bañaban sapos y culebras. Recuerdo la emoción al abrir esa puerta que siempre había estado prohibida para nosotros, los pequeños de la casa. Tuve que hacer fuerza, estaba un poco atascada, y con asco descubrí que detrás vivían babosas y caracoles por doquier. Aun así, me quise meter en ese agujero, segura de que no me encontrarían. De espaldas, sumergí una pierna en la oscuridad que lo engullía todo. Me raspé la rodilla, pero no me importó. La piel se me erizó de la emoción y me sentí pletórica al pensar que allí nunca me pillarían. Resbalé por la pared húmeda y llena de moco de las babosas y el agua me llegó al cuello. La puertecita se entrecerró sumiéndome en una oscuridad que solo rompía un pequeño rayo de luz que se colaba por la rendija. Me asusté muchísimo, fue la primera vez que temí por mi vida y ese trauma me marcó después. Entendí por qué los mayores nos tenían prohibido ese sitio y agradecí haber decidido meterme de espaldas y no de cabeza. Hice fuerza con los brazos, pero apenas me levanté unos centímetros. El agua estaba helada y sentía que algo viscoso me rozaba las piernas. El corazón desbocado me urgía a salir de allí y durante unos minutos no hice más que gritar, pero lo único que oía era el eco de mi voz estrellándose contra las paredes de ese minúsculo habitáculo que se quedaba sin aire por momentos. Al menos eso sentía yo, una niña de seis años que se había creído más lista que nadie y había desafiado a los mayores. No sé en qué momento decidí rendirme a mi destino y tuve la templanza de callar y agudizar el oído por si

me llamaban. Pasaron unos minutos, quizá segundos, que se me hicieron eternos y, como un milagro, oí la voz de mis primos.

— ¡Aquí tampoco está! Sí que se ha escondido bien — comentaba Luis.

— Seguro que ha hecho trampa y se ha ido a casa de Pillado — se quejaba Brais, que siempre era el más mal pensado.

Les grité que estaba allí, a su lado. Chillé que me daba igual ganar, que me sacaran de allí rápido, que notaba una sensación extraña en el estómago que más adelante supe que se llamaba ansiedad. Pero fue en vano, nadie me oyó. Es más, escuché sus pasos alejarse hacia el camino que daba a otra de las casas del pueblo que solíamos frecuentar. Me desesperé y pensé que moriría ahí, con el agua congelada al cuello y sin aire con el que llenar los pulmones. Tuve tanto miedo que incluso me oriné. Pronto ya no sentía angustia, solo resignación y, si me apuras, aburrimiento. Poco después, la puerta se abrió de golpe y el sol me cegó. Alguien me dio con un vaso en la cabeza y me quejé. Entonces la cabeza de mi abuela se acercó y supe que estaba salvada y perdida a la vez.

Fue la primera vez que mi abuela me riñó. Primero profirió todo tipo de insultos y blasfemias hacia un dios que no conocía, pero que me pareció que se molestaría. Después pasó a cargar contra mí. Helada, no moví ni un músculo cuando me sacó de la fuente en la que me había metido. Aguanté el chaparrón como pude, con el labio temblando y los ojos apretados para retener las lágrimas que pugnaban por salir. Tenía razón, había roto una regla no escrita pero innata y, además, había estropeado el agua que bebía toda la familia. Después llegó mi abuelo y me sentí aliviada. Decidió que mi castigo sería ayudarlo todas las tardes en el huerto, pero ni yo lo sentí como una penitencia ni él se enfadó realmente por mi aventura en la fuente. Al contrario que mi abuela, incluso esbozó una ligera sonrisa de la que solo yo fui consciente. Era como un niño travieso en el cuerpo de un hombre que aparentaba más edad de la que tenía. Cuando los ánimos de la abuela se calmaron un poco, me mandó a la ducha.

— Vas a coger frío, vamos a la ducha y a vestirte bien.

No entendí cómo una ducha helada iba a poder quitarme el frío, pero la seguí escaleras arriba. Oí a mi abuelo explicarles mi hazaña a los primos, que al no encontrarme en Pillado habían vuelto algo mosqueados. Ese día se había quedado grabado en mi memoria porque fue la primera vez que sentí adrenalina y después ansiedad. Esa mezcla la conocería muchas más veces en los años siguientes. De hecho, se convertiría en toda una lucha controlar esa impotencia paralizante que me enredaba las entrañas y que en un momento dado trajo consigo una depresión.

De camino a la cocina, donde la abuela nos esperaba con la comida, la volví a sentir. No identifiqué qué era lo que estaba mal. Él sonreía anclado a mi mano y hacía chistes. Pero algo no encajaba y sentí un miedo muy extraño, que venía de muy adentro. Nos sentamos en el banco semidestartalado de la cocina, que tembló antes de acomodarse a nuestro peso. Éramos cuatro, pero en la mesa había una ensalada gigante, diez bistecs, una tonelada de patatas fritas, huevos rellenos y pan. Las tripas me rugían, pero sentía que si comía algo iba a vomitar. ¿Me estaba volviendo loca? No había motivo para estar así.

Comimos con calma y sobraron la mitad de los manjares que había preparado la abuela. Era algo habitual. Recogí la mesa mientras él subía a lavarse los dientes y se instalaba en el sofá para ver con los abuelos Saber y ganar. Me reí con la abuela comentando los inicios de su relación con el abuelo, que pese a no ser un camino de rosas continuaba siendo fuerte. Esas historias me encantaban, me hacían sentir que las novelas de amor que leía eran ciertas y que mi vida podía ser así. Cuando terminé de fregar, subí corriendo las escaleras para ir a buscarlo, besarlo y decirle que quería que nuestra relación también fuera así. No lo encontré en el salón y avancé por el pasillo hacia el baño. Abrí la puerta y lo descubrí inerte colgando de la viga del techo.

12

ABRIL

Martes 14, dos días después del final del Arde Lucus, 18:00h

Me desperté sobresaltada en el sofá. Me había quedado dormida con la libreta en el regazo y semi incorporada. Me acordé de Marina y de su facilidad para dormir sentada fuera cual fuera la situación. En los aviones, en la silla delante del ordenador, en el cine, en el médico. Hasta ese momento no me había pasado nunca, pero a juzgar por mis ojeras era una pausa que mi cuerpo necesitaba. Me desperecé y me levanté aún impactada por la pesadilla y cubierta de una capa de sudor frío. Había sido muy real, tanto que me froté las manos para que desapareciera la sensación de su tacto, el calor que desprendía. Me sorprendió que la piel se me erizara al recordar su cuerpo tantos años después. No lo había superado y empezaba a dudar de que pudiera hacerlo alguna vez.

Nuestra historia empezó el día de mi dieciocho cumpleaños, en Nochevieja. En la cocina del pueblo se percibía el trajín típico de las grandes citas familiares. No me gustaba la Navidad, lo único que disfrutaba era la nieve. Cada vez eran más raras las ocasiones en las que nevaba en el pueblo y las veces que lo hacía caían cuatro copos que, en cuanto aterrizaban en el suelo, desaparecían convertidos en agua. Eran efímeros. En esa época pensaba mucho en esa palabra y lo hacía con miedo. ¿Cuántas más cenas como estas podremos celebrar sin que falte alguien a la mesa? Este tipo de preguntas me atormentaban. Me pregunto si una parte de mí presentía lo que vendría después. La abuela rellenaba el pavo que había matado pocas horas antes en el corral y le cosía el trasero para que no perdiera esos líquidos de sabor intenso que daban ganas de llorar de placer. Yo garabateaba algo en una libreta. En esa época siempre estaba escribiendo. Levanté la cabeza justo cuando una pequeña piedra impactó contra el marco de la ventana. El autor del

lanzamiento tenía una gran habilidad: si hubiera golpeado dos centímetros a la derecha, ya no habría ventana ni campo suficiente para escapar de la furia de la abuela. Se trataba, cómo no, de Guille. Me asomé a la puerta para evitar que siguiera lanzando grava contra la ventana.

— ¡Ya salgo, ya salgo!

— Estabas empanada, siempre con la nariz metida en un libro — dijo revolviéndome el pelo con un gesto cariñoso— . Empollona, que eres una empollona.

— Alguien tendrá que mantener la reputación de este pueblo, si es por ti…

— ¿Crees que esta noche serás capaz de dejar el lápiz o te tendré que secuestrar? — preguntó mi mejor amigo.

— ¿Qué pasa esta noche?

— No sé, ¿te suena el concepto Nochevieja? — siguió burlándose pese a mis gestos de desaprobación.

— Y a ti, ¿te suena mi cumpleaños?

— ¡No me jodas! — dijo entonces en un tono que me enterneció porque dejó clara su preocupación por el descuido.

— Te perdono porque sabes que te quiero. Entonces qué, ¿qué plan hay esta noche?

— Ponte algo decente y te recojo a las doce.

Se dio la vuelta y echó a correr. Cuando estaba a punto de desaparecer de mi vista, le grité:

— A las doce y media, antes hay que tomar las uvas. ¡Y siempre voy decente!

Hizo un gesto de asentimiento y se marchó. Volví a meterme en la cocina. La abuela ya había metido el pavo en el horno de leña que la presidía y ahora preparaba huevos rellenos como entrante.

Renuncié a advertirle sobre la exagerada cantidad de comida que estaba preparando. Para qué, si era más tozuda que una mula. En cambio, le anuncié que esa noche salía con Guille. Vi cómo contenía un gesto de desagrado. No le caía bien la familia de mi amigo. En el pueblo se decía que habían intentado dejarnos sin agua reventando cañerías, pero ambas sabíamos que no iba a poder impedirme que saliera con él. Era mi único amigo y quería un fin de año y un cumpleaños distintos. Todos los anteriores los había pasado con la familia y eso significaba irse a la cama después de las campanadas. En el diccionario, al lado de "aburrimiento", había una foto de mi familia en Navidad.

— ¿A qué hora volverás? — se limitó a preguntar.

— No lo sé, abuela, es fin de año.

— También pasan cosas malas en fin de año.

A mí no me pasó nada, al menos no entonces. De hecho, fue la mejor noche de mi vida porque lo conocí a él. Su chispa arrojó una luz entre mis tinieblas que aún se resistía a desaparecer. Me hizo olvidar lo acontecido el 19 de noviembre de 1988, cuando apenas contaba cuatro años y mi vida cambió para siempre. No me había arrepentido nunca de nuestra historia ni de haber ido a esa fiesta pese a todo lo que vino después. Tampoco me arrepentí el día que cargué su féretro hasta el cementerio y me marché, con puñales atravesándome el corazón, dejándolo allí.

Sonaron las doce campanas de rigor y conseguí terminarme las uvas. Con un poco de trampa, he de reconocer, porque cuando terminó el espectáculo de ver a los abuelos engullir los doce granos salí al corral y escupí los restos que no había conseguido tragar. En la televisión los presentadores deseaban un buen año a los espectadores antes de dar paso a la tradicional gala cutre de nochevieja. Me disculpé y subí corriendo a prepararme. Repasé mi maquillaje y bajé. Iba acelerada y casi me costó un disgusto en la escalera, cuyos peldaños se inclinaban cada vez más hacia la derecha. Estaba especialmente ilusionada por salir esa noche. Siempre he sido una mujer de instintos, pero a tan temprana edad aún no era consciente de ello. Simplemente me preparé para una noche inolvidable sin tener ningún indicio de lo que iba a suceder.

Cuando me despedía de los abuelos, que aún paladeaban el último trozo de turrón, oí el claxon del coche de mi mejor amigo.

— No vuelvas tarde — dijo la abuela.

— Pásalo muy bien — terció él— . Ven a avisarnos cuando vuelvas.

Salí disparada hacia el coche y me senté en el asiento del copiloto deseando que la próxima vez condujera yo. Aún no tenía carnet, ese día cumplía la mayoría de edad, pero ya sabía que me gustaría la sensación de conducir. Nos saludamos, metió primera y salimos escopeteados. Cuando giramos la esquina, empecé a desnudarme.

— ¡Pero qué haces! — dijo clavando la mirada en la carretera.

— No podía salir de casa con este vestido — le dije enseñándole una pieza de ropa que dejaba poco a la imaginación— . ¿Quieres que me maten, o qué?

Me cambié ágilmente y antes de llegar a la carretera de Becerreá ya estaba lista. Me sentía atractiva con mi vestido negro de transparencias. El escote en forma de pico realzaba mis pechos y los tacones plateados con los que lo acompañé me hacían más esbelta y le conferían el toque de brillo que necesitaba. Me sentaba como un guante, pero nada más bajar del coche comprobé que tendría suerte si sobrevivía a la hipotermia. Guille debió intuirlo y me pasó su chaqueta por los hombros mientras esperábamos delante del coche.

— ¿A qué esperamos?

— A Uxía y Miguel. Hemos quedado con el resto en Sarria.

No sabía quién era el resto, pero me importó poco. Tampoco había coincidido mucho con Uxía, aunque las pocas veces que nos habíamos encontrado me había caído bien. Era acogedora, de esas personas con las que no hay silencios incómodos. Era dos años mayor y lo único que sabía de ella era que en el instituto todos se giraban a mirarla cuando pasaba. Esa noche iba vestida con un espectacular vestido rojo con encaje y pedrería en el escote. Lucía una abertura en la pierna derecha desde la cintura hasta la rodilla, donde acababa el vestido. La ironía quiso que sonara La raja de tu falda cuando nos subimos al coche y nos

reímos comentando que la habían compuesto para ella. Eso destensó el ambiente, un poco cargado por la presencia de Miguel.

Si ella era simpática, acogedora y deslumbrante, él era todo lo contrario. Nadie entendía qué hacía Uxía con alguien tan serio, esquivo y sombrío. Era un maleducado que ni siquiera me había saludado y se había instalado en el asiento del copiloto unilateralmente, asignándonos a mí y a su novia los posteriores. Miguel había ido a mi misma clase en el instituto, pero nunca habíamos intercambiado más de dos palabras. Solo se relacionaba con los chicos, hacía bromas machistas para hacerse el gallito y tenía fama de mujeriego. Decían que lo habían visto con otra hacía poco, pero Uxía decidió hacer oídos sordos y siguió con él. Se la veía muy enamorada y su actitud contrastaba con la de él, siempre taciturno y ensimismado.

Llegamos a Sarria cerca de las dos de la madrugada. La humedad se me pegó a los huesos nada más poner los pies en el suelo. Hasta en eso salíamos perjudicadas las mujeres. Ellos con tejanos negros, camisa, chaqueta y zapatos cerrados. Nosotras con vestidos minúsculos y el último método de tortura inventado para las mujeres, los tacones de aguja. Aparcamos lejos de la zona de los bares donde estaba la fiesta porque no había un solo hueco y avanzamos lentamente. Uxía y yo nos sujetábamos mutuamente mientras los chicos nos metían prisa algunos metros más adelante. Me castañeteaban los dientes y tenía la piel de gallina. El roce del vestido me arañaba los pezones, signo evidente del frío que estaba pasando. La sensación era de cinco grados bajo cero. Sentía que me había transportado a Oymyakan, el pueblo más frío del mundo. No me habría extrañado nada encontrarme un pingüino. Seguimos andando hasta que encontramos el local donde Guille había quedado con los demás. Nos refugiamos rápidamente en el interior, lleno de gente pegando saltos con los cubatas en alto. Olía a tabaco y colonia barata y el humo era tan espeso que me hizo toser. Aun así el calor me reconfortó y me dirigí a la barra a pedir una bebida. Acababa de conseguir mi ansiado gin tonic cuando noté una mano en el hombro y la voz de Guille me avisó de que sus amigos ya estaban ahí.

— Vamos hacia el fondo.

Lo ignoré. No podía apartar la mirada del chico que hablaba con Uxía apoyado en la pared cigarro en mano. Como un autómata me acerqué a él, interrumpí su conversación y me presenté.

— ¡Hola! Soy Abril — me lancé nada más llegar hasta ellos.

— Mi nombre es un poco más soso. Soy Carlos, encantado. ¿A tus padres les gustaba Sabina, eh? — fue lo primero que me preguntó, guiñándome un ojo.

13

A partir de entonces nos vimos muchas veces. Obligaba a Guille a organizar quedadas con sus amigos para tener una excusa para verle, pero él era más directo y me proponía vernos a solas. Vivía en Pedrafita con sus padres, pero venía hasta Lugo, donde yo compartía piso porque acababa de empezar la universidad, solo para estar conmigo. Los fines de semana, que pasaba siempre con los abuelos, quedábamos en Becerreá, aunque muchos viernes él insistía en venir a recogerme. Lo extraño era que entre nosotros aún no había pasado nada. Llevábamos dos meses quedando, pero ninguno había dado el paso pese a que la tensión se percibía claramente. Me moría por darlo, pero nunca había estado con nadie y el miedo al rechazo me paralizaba. Cuando creía que por fin iba a suceder, se frenaba, mantenía las distancias y cambiaba de tema. Ese juego del gato y el ratón era agotador, me hacía daño, pero más me lo hacía pensar en no volver a verlo. Quien dice que no existen los flechazos nunca ha vivido uno. El momento en el que lo vi en ese bar se me ha quedado en la retina porque todas las fuerzas del universo se conjuraron para empujarme hacia él. No les había dado órdenes a mis piernas para avanzar entre la multitud, pero aun así lo hicieron y me encontré delante de él. Su aspecto me intimidó. Con solo una chupa y unos tejanos negros, destacaba por encima de los demás. Se había dejado barba, pero la llevaba corta y cuidada. Era oscura con toques pelirrojos salpicados aquí y allá y un remolino en la parte derecha de la mandíbula. En las orejas llevaba dos pendientes negros, y colgando del cuello una cadena que me regalaría después. Parecía muy seguro de sí mismo y de lo que iba a pasar entre nosotros. La primera sensación al verlo se incrementó cuando abrió la boca e hizo referencia a Joaquín Sabina, uno de mis artistas favoritos. «¿De dónde has salido tú?», pensé.

No me tuve que esforzar para conversar con él. Un tema llevaba a otro y nunca hubo silencios incómodos. Tampoco sentí la necesidad de encontrar algo ingenioso que decir para no perder su atención, como me había pasado con todos los chicos que me habían interesado antes de él. Empecé a ubicar mis experiencias en dos

tiempos: antes y después de él. Estábamos tan cómodos que cualquiera hubiera dicho que nos conocíamos desde siempre. No obstante, nos envolvía el halo de misterio de las relaciones recién estrenadas. El problema era que no sabía si teníamos una relación o éramos amigos y lo había malinterpretado todo, y me daba miedo arriesgarme a descubrirlo. El día de nuestro primer beso, nos encontramos en el parque Rosalía de Castro, en Lugo. Le enseñé el banco donde solía sentarme a leer al sol, uno de mis planes favoritos. Estaba cerca del estanque donde nadaban los patos, ajenos a los niños que les señalaban y a las parejas que paseaban a su alrededor. Le encantó y, cuando se mudó conmigo, se convirtió en el lugar donde se escondía cuando no quería que nadie más que yo supiera dónde encontrarle.

El día en el que pusimos la primera piedra del corto camino que andaríamos juntos fue uno de los más bonitos de mi vida. Después de pasear por el parque quiso ir a comprar un helado y dar una vuelta por la muralla. De camino, pasamos por delante de una librería pequeñita pero con mucho encanto y nuestros planes saltaron por los aires. Carlos entró cautivado por la belleza del lugar. Descubrimos una estancia pequeña con estanterías de madera que vestían las paredes desde el suelo hasta el techo. En el centro había mesas con libros que enseguida llamaron su atención. Buceó entre ellos mientras yo lo miraba admirada. Navegamos juntos por historias clásicas, después contemporáneas y por último pasamos a la poesía. Al salir me cogió la mano como si nada y yo sentí en el pecho el calor de quien está en casa. Paseamos por la muralla comentando nuestras lecturas. Al llegar frente a la catedral, se paró de pronto. Me soltó la mano solo para ponerla en mi cintura y acercarme hacia él. El primer beso de los muchos que vendrían después me dejó con ganas de más.

En las siguientes citas quedó claro que estábamos juntos, aunque nunca lo explicitamos. En esos meses visitamos exposiciones, fuimos al cine, a cenar, salimos de fiesta, me presentó a sus amigos de infancia. Me habló de su pasado y también del futuro que deseaba, que por supuesto me incluía a mí. Hice lo mismo con él y entre nosotros nació un vínculo que resultó ser indestructible. A los seis meses le llevé al pueblo a conocer a mis abuelos, algo que no había hecho nunca con nadie. Los cautivó al instante y me sentí orgullosa.

Su aprobación era muy importante para mí, ya que habían ejercido como padres. Los meses y años fueron pasando con rapidez y ese hilo rojo que nos conectaba se fue haciendo más grueso. Tres años después de haber empezado, con veintiuno, nos lanzamos a vivir juntos con miedo a que la monotonía rompiera lo que teníamos. Aun así, dimos el paso y pese a los pequeños roces que surgieron durante una mudanza que pareció interminable, cuando nos encontramos solos en un pequeño piso en la Rúa Montero Ríos nos sentimos por fin en casa.

En esa época combinaba el trabajo con la escritura de una novela que acabó teniendo mucho éxito. Él trabajaba en Santiago y nada más llegar por las tardes corría hacia el campo de futbol, donde entrenaba tres días a la semana. Nos veíamos solo por la noche, cuando cenábamos viendo la televisión y comentando cómo había ido el día. Ese momento era la vitamina para continuar en esa rueda de trabajo y poco tiempo libre que dedicarnos. Los fines de semana exprimíamos las horas y la relación volvía a parecer la del inicio, antes de que la vida nos atropellara con su lenta velocidad. «Solo me haces falta tú», me decía. Y yo sentía que todo estaba bien. Cuando llegaba la noche del domingo, me embargaba una tristeza infinita y vuelta a empezar. Metidos en esa rutina, la vida siguió hasta que, cuando ya estábamos planeando el siguiente paso, desapareció.

14

ABRIL

Martes 14, dos días después del final del Arde Lucus, 19:45h.

El timbre me libró de la tristeza que estaba volviendo a atraparme a base de recuerdos felices que ya quedaban muy lejos. El interfono estaba estropeado, así que miré por la ventana antes de abrir. Martín esperaba abajo. La gente que pasaba por la calle lo miraba, seguramente porque no había disimulado el bulto de la pistola en la cintura. No llevaba cazadora y en esos días que la policía estaba en boca de todos, la cartuchera con el arma y la placa eran un detalle que no pasaba desapercibido. En un lugar tan pequeño como Lugo, cualquier crimen se comentaba durante meses, más si no habían detenido al autor, por lo que la ciudad andaba revolucionada. En ese caso, además, se hablaba de un asesino en serie, una figura propia de las películas americanas que sembraba el pánico en una ciudad donde nunca pasa nada.

— ¿Mamá, el asesino está allí? — preguntó un niño mientras señalaba el portal con el índice. Su madre no respondió y se lo llevó trotando calle abajo.

Corrí a abrir la puerta para que se pudiera refugiar de las miradas indiscretas y a los pocos segundos oí sus nudillos estrellándose contra la puerta de madera tosca que daba entrada a mi hogar. No le dejé terminar su melodía de tres toques.

— Te he echado de menos — saludó.

— Vamos, no exageres. Nos hemos visto por la mañana.

Me había puesto de buen humor y se lo mostré abrazándole. Ese era un gesto muy íntimo y noté una punzada de culpabilidad que aparté de un plumazo. No podía vivir en el recuerdo porque ahí ya no

había nada más para mí. Le ofrecí un café que rechazó con el argumento de que esa noche necesitaría dormir. El día siguiente iba a resultar duro y necesitaba recuperar fuerzas en esas horas libres que le habían concedido en la comisaría.

— ¿Ya has terminado de trabajar? — preguntó al no ver el portátil sobre la mesa del comedor.

— Se podría decir que sí — respondí mientras enjuagaba los platos que habíamos dejado en el fregadero la noche anterior— . ¿Tú qué tal? ¿Cómo te ha ido el día?

— Estoy agotado. El jefe nos presiona porque los de arriba exigen un culpable. Los medios se entrometen porque quieren ser los primeros en poner cara al asesino. Ayer ya tuvimos que echar a un periodista de la zona del crimen, pero aun así están siempre al acecho — explicó visiblemente agobiado.

— Tienes que entender la expectación que hay, ya sabes cómo es esto.

— Sí, lo sé… Pero es muy difícil trabajar con esta presión, a contrarreloj y con amenazas de despido.

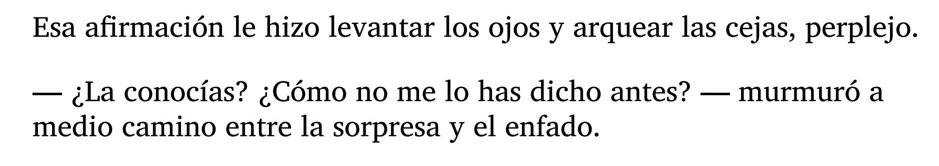
— ¡Cómo te van a despedir! Ni lo pienses, lo resolveréis. ¿Tenéis algún hilo del que tirar? — pregunté aprovechando ese momento en el que mantenía la guardia baja.

No picó el anzuelo.

— Sabes que no puedo hablar de eso con nadie — dijo alzando la mirada— . Además, ahora lo que necesito es estar con mi novia tranquilamente y olvidarme del trabajo.

¿Novia? Me convencí de que no lo había oído bien para frenar el agobio que ya me resbalaba por la garganta. Seguí a lo mío, tirando de la cuerda.

— Hablar las cosas siempre va bien… y sabes que puedes confiar en mí. Además, te podría servir de ayuda, la primera chica era de cerca de mi pueblo.



Esa afirmación le hizo levantar los ojos y arquear las cejas, perplejo.

— ¿La conocías? ¿Cómo no me lo has dicho antes? — murmuró a medio camino entre la sorpresa y el enfado.

— No tenía ni idea de quién era. ¡No ves que hace años que evito ir por allí! Además, era una chica muy joven, ¿no?

— Bueno, tenía 25 años. Hacía años que vivía en Lugo, se fue de repente del pueblo, casi de un día para otro.

— ¿Así, sin motivo?

— Alguno tenía…

— Pobre chica, huyó del pueblo y cayó en algo mucho peor — reflexioné en voz alta.

— Parece que algo sí que sabes — dijo levantándose para llegar hasta mí.

— Leo la prensa — me justifiqué mientras me secaba las manos— . Hay mucha más información de ella que de la segunda víctima.

— Pues era mucho más conocida. Me sorprende que esos periodistas no hayan hablado con sus amigos.

Tenía razón. Yo no era la única al acecho de esa historia. Tenía que adelantarme a las decenas de ojos que escudriñaban cada detalle.

— No te agobies, Martín, pronto encontraréis algo.

— Un cadáver — dijo mientras se mesaba el pelo en un gesto que repetía mecánicamente cada vez que se sentía impotente— . Estoy seguro de que no ha terminado aquí.

Su convicción me dejó helada. No solo tenía que correr para que no me robaran la historia y ser la primera en publicar la exclusiva en el periódico local -el primer paso antes de ponerme a trabajar en la novela-. Tenía que espabilar para poder salvar la vida de otra mujer y quizás con ello cambiar la mía. Me reprendí por anteponer lo primero, salvar mi cuenta corriente y recuperar mi prestigio como

escritora desgranando la historia en una novela, a meter entre rejas al culpable y sacudir el temor que había ensuciado mi ciudad. Los jóvenes seguían saliendo de fiesta, pero organizaban grupos para volver a casa sin sobresaltos. Los espectáculos de gladiadores de los días del Arde Lucus se deslucieron porque la sangre falsa que manaba de los cuerpos esculturales de los actores recordaba a la que había manchado la calle después de cada crimen. Durante los días de fiesta, los caballos rechinaban, contagiados del ambiente nervioso de la ciudad, que esperaba noticias de nuevas muertes. Había que parar todo aquello y, si los encargados de hacerlo eran incapaces, sería yo quien llegara hasta el final. De repente me entró mucha prisa por volver a estudiar mis apuntes, por conectar nuevos puntos con el hilo rojo que había unido los destinos de aquellas dos chicas. Me molestó la presencia de Martín en mi cocina.

— Lo resolverás — dije convencida, aunque en realidad me lo estaba diciendo a mí misma.

— Eso espero. ¿Quieres pedir algo de comer y ver una peli? — preguntó mientras se sentaba en el sofá.

No me apetecía nada, pero asentí. Estaba hundido, tenía ojeras quilométricas bajo los ojos, el rostro crispado, los hombros caídos. No podía decir que no.

— ¿Una pizza? — propuse a sabiendas de que era su comida favorita.

— Cómo me conoces — me abrazó la cintura antes de acercarse a por el mando.

Durante los cien minutos que duró Upgrade, mi cabeza estuvo dándole vueltas al siguiente paso. Ya había ido a la peluquería de la amiga de Natalia y también había estado en el bar de Ástrid. Sin duda había sido mucho más productiva la segunda visita que la primera, donde además de un poco de información me había llevado un buen rapapolvo. De ahí no iba a sacar nada más que una llamada a la policía que me delataría ante Martín. La intuición me dijo que aún había mucho por descubrir sobre la segunda mujer. Por eso decidí dedicar el miércoles a ese bar. Con un poco de suerte volvería a encontrarme a su pareja.

La película terminó y fingí un bostezo.

— ¿Vamos a la cama?

— Llevo todo el día pensando en eso — dijo pícaro.

Una sesión de sexo desganado después, Martín dormía profundamente junto a mí mientras yo anotaba una a una las preguntas que me quedaban por resolver si quería sacar adelante aquel complejo examen al que me había sometido yo misma.

¿Qué unía a Natalia y Ástrid? ¿Eran amigas?

¿El hombre que había causado que Natalia se marchara precipitadamente del pueblo se había cruzado también con Ástrid?

¿Estaría el novio de Ástrid relacionado con sus muertes?

¿Habían muerto en idénticas circunstancias?

Si era así, ¿qué significado guardaban la venda en los ojos y el objeto que habían introducido en sus vaginas?

Resistí la tentación de volver a abrir el maletín del hombre que descansaba a mi lado y al que preocupantemente le iba cogiendo cariño. Por lo que me había contado, no tenían mucho más que yo y podía meterme en un lío si le daba por despertarse en ese mismo momento. Me pesaban los párpados, que amenazaban con cerrarse de un momento a otro. Abandoné el móvil en la mesilla para dejarme llevar por el sueño, pero cuando mi cuerpo se estaba relajando después de la tensión de todo el día, una frase susurrada en la oscuridad me regaló una noche en vela.

— Creo que te quiero.

15

ABRIL

Miércoles 15 de junio, tres días después del final del Arde Lucus, 6:00h.

Podía parecer que había madrugado, pero en realidad no había pegado ojo en toda la noche. Cuatro palabras mandaron muy lejos a Morfeo. Cuatro palabras que eran un calco exacto de las que mis oídos habían escuchado con placer veinte años antes, también en una cama, también después del sexo. Cuatro palabras que eran idénticas, pero que no podían ser más distintas. Las primeras, una bendición. Seguridad, emoción, piel de gallina. Estas últimas miedo, ansiedad, agobio. Quise huir, pero estaba en mi casa. Fingí que dormía para no tener que responder un "gracias" que ni siquiera sentía. ¿Cómo se responde a eso si no es con ilusión, si no se te eriza cada milímetro de la piel por la excitación y las ganas de futuro?

Me pasé la noche esperando a que amaneciera, contando los minutos hasta que tuviera que irse a trabajar. 352 minutos en los que hubo espacio para la ansiedad, para el miedo, para el estrés, para el agobio, para el recuerdo. La imagen de Carlos diciendo esas mismas palabras volvía a oleadas cada vez más intensas. En una de esas, como una roca cansada de los golpes del mar, me quebré y dejé salir las lágrimas acumuladas. La obsesión por resolver el caso, que me despertaba en plena noche y comer poco y a deshora, me había revuelto el alma. Como estaba hecha de pedacitos de él, su recuerdo se volvió a hacer fuerte. Lloré silenciosamente, como se llora cuando en una cama, al otro lado del colchón, sientes la soledad al cuadrado. Pasado un rato ya no había lágrimas con las que disipar la impresión que me había causado oír esas cuatro palabras tantos años después.

Carlos había sido mi única pareja. Después de él, la nada más absoluta en el campo sentimental. Como en mi ciudad, alcé murallas para mantener a los demás al otro lado. Solo hubo amnistía para una persona, Marina, y por ahora no estaba dispuesta a añadir a Martín a la lista. Todo había sucedido muy rápido. Hacía unos días quedábamos de vez en cuando y ahora lo tenía durmiendo en mi casa varias noches a la semana y amenazándome con ese tipo de frases que yo sentía como granadas. Una mina contra mi persona. Desde luego, yo aún no lo quería de ese modo, no podía responder a esa frase como él hubiera esperado. Sentí rabia hacia él por haberme puesto en esa incómoda situación. Por agrietar la pared que me protegía del mundo, del dolor sordo que me perseguía. Los sentimientos comportaban dolor, o al menos la posibilidad de sufrir en el futuro. Me arriesgué una vez, puse todos los huevos en la misma cesta y acabaron convertidos en una tortilla. No pensaba repetirlo, las heridas eran demasiado profundas como para jugar otra vez con el cuchillo. Había aprendido la lección.

A las 6:30h sonó su despertador y en un acto reflejó cerré los ojos con fuerza. Tenía que creer que dormía, por lo que me esforcé en mantener la misma cadencia en mis respiraciones. Percibí cómo se removía en la cama, molesto por tener que salir de debajo de las sábanas calientes. Se inclinó hacia mi lado y me besó el hombro. El tacto de sus labios me molestó, me quemó la piel, me hizo sentir culpable por dejar que otro tuviera gestos íntimos conmigo. Por dejar que dijera esas cuatro palabras. Durante quince minutos oí cómo se movía por la casa, vistiéndose, recogiendo sus cosas con la parsimonia de quien lleva el sueño prendido a las pestañas. No desayunó, tampoco se despidió. Creyó que estaba dormida, siempre he sido buena actriz. Cuando oí la puerta cerrarse y sus pasos alejarse por las escaleras me levanté de un salto. Demasiadas horas deseando salir de la cama y poner en pausa mi cabeza.

Puse un pódcast con la intención de distraerme. La radio era muy buena aliada, el antídoto a la soledad que percibía en cada rincón. Con su compañía conseguí serenarme un poco. Chateé con Marina sobre la cena de esa noche y sus bromas de abuela -preguntó si necesitaba la ayuda de Dios y por eso me había levantado tan pronto-, disiparon un poco la niebla que llevaba en el pecho. Ella acababa de llegar a casa después de su guardia. Seguro que estaba de mal humor, pero aun así se esforzaba

por divertirme. Después de la charla online y el café, me sentía mucho mejor. Decidí, después de darle muchas vueltas, distanciarme de Martín, poner tierra de por medio. Vamos, lo que en estos tiempos los jóvenes denominan hacer ghosting. Seguro que no sería fácil, él insistiría al no entender nada. Tampoco sería conveniente para la investigación, porque mantenerlo cerca me permitiría obtener información, pero era lo que necesitaba. Eso y una buena ducha para volver a sentirme persona. El agua arrastró con ella el cansancio de las horas en vela. El recuerdo de Carlos también se diluyó con el jabón. Me envolvió un intenso y dulce olor a coco con el que salí de la ducha dispuesta a descubrir quién estaba detrás de las muertes que paralizaban Lugo. Para infundirme ánimo, escogí ropa con la que me sentía bonita: unos vaqueros ajustados y una blusa verde aceituna. Me maquillé y con un estado de ánimo que había pasado de la UCI a planta me dirigí a paso lento hacia el bar.

Salí de casa cerca de las nueve, pero aún no había salido el sol, algo habitual en la ciudad por la niebla que levantaba el río. La detestaba. Me transportaba a esa noche en la que lo perdí todo. Repetí el mismo recorrido que el día anterior, aunque esta vez tenía un rumbo fijo. No titubeé y entré en el bar, que acababa de abrir las puertas, con decisión. A mediados de junio aún hacía frío por la mañana si no salía el sol, por lo que agradecí el calor del local. Parecía que no había pasado el tiempo desde el día anterior. La escena era prácticamente idéntica. El camarero que se había disculpado conmigo estaba a un lado de la barra, secando vasos con el mismo movimiento mecánico y la mirada perdida. En la radio sonaba una canción triste que pegaba con el ambiente de desolación del bar. En el extremo opuesto un gran ramo de flores con una cinta que ponía 'Descanse en paz' me llamó la atención. Desprendían un olor intenso y parecían frescas, las debían haber traído poco antes de que yo llegara. Temí que se marchitaran como el hombre que seguía bebiendo whisky en un rincón oscuro del local. Pedí un café con leche para acabar de quitarme el frío de encima y tener algo de tiempo para preparar lo que le diría a ese hombre taciturno que parecía congelado en la misma postura, ojos clavados en la bebida e inyectados en sangre, el cuerpo encorvado hacia adelante.

— ¿Otra vez por aquí? — inquirió el camarero, sobresaltándome— . Hasta ahora nunca te había visto.

— Me gustó el café — respondí a la defensiva.

— Aquí lo tienes, entonces — terció antes de dejarme una taza humeante delante.

Me lo tomé a sorbitos para ganar unos minutos. Me daba reparo abordar a ese hombre silencioso porque entendía su pena. El camarero estaba equivocado: el día antes no me asustaron ni su reacción ni su furia, sino sentirme plenamente identificada. Era un reflejo fidedigno de cómo me había sentido yo cuando perdí a Carlos. Por eso sabía que iba a ser complicado conseguir algo de ese hombre. En ese momento quería ver el mundo arder, quería venganza por el dolor punzante que lo atravesaba desde que le dieron la noticia. Casi podía sentirlo de nuevo en mis carnes.

En un momento dado se levantó y se dirigió al baño. El ambiente se destensó y los demás clientes aprovecharon su ausencia para cuchichear. Se notaba que lo conocían, pero que a nadie le importaba realmente su estado. Hablaban del crimen horrorizados, pero a la vez se interrogaban unos a otros para obtener más información y saciar su curiosidad. Todos somos morbosos, pero cuando la víctima eres tú, esa parte de la naturaleza humana resulta repugnante. Recordé la angustia que había sentido yo cuando andaba por el pueblo y me seguían todas las miradas. Miradas de lástima. Miradas que esperaban que te rompieras ante sus ojos para tener algo de lo que hablar. Nadie podía entenderlo realmente, pero todos daban lecciones sobre el duelo. En las casas no se hablaba de otra cosa. "El rapaz ese, el de Pedrafita, parece que se ha suicidado", comentaban unos con otros. La información, la poca que había, corría como la pólvora en lo que parecía el juego del teléfono. Nadie sabía nada, ni siquiera yo, pero todos parecían conocer los secretos de Carlos y se los cuchicheaban los unos a los otros. "Hacía tiempo que estaba triste", decían, y yo contenía las arcadas que me provocaba tanta desvergüenza. Cuando entraba en un bar, las miradas se clavaban en el suelo, las conversaciones terminaban, me daban el pésame continuamente. Me sentí realmente sola aunque estaba rodeada de gente. Desconfiaba de mis amigos y me aislé. Perdí el contacto con Guille. Bebí para olvidar su ausencia, para acallar las voces que me gritaban que debería haberlo sabido. «Por eso callaba cuando le hablaba de nuestro

futuro, debería haberme dado cuenta», me torturaba a mí misma. Mucho después entendí que no hubo ni una sola señal que se me pasara por alto, simplemente lo hizo después de mucho pensarlo.

Una noche fría de noviembre, cogió el coche por última vez. Se paró pasado Becerreá, en el puente de Cruzul, y dejó la puerta abierta, con su cartera y las llaves de casa en el asiento del copiloto. No sé si dudó en algún momento. Se asomó al borde. Un conductor intentó pararlo cuando ya estaba de pie en el quitamiedos, pero llegó tarde. Se quedó con su chaqueta colgando en las manos y con un trauma para toda la vida. Carlos se sumergió en la oscuridad y no sé si pensó en mí durante su caída. No sé qué le impulsó a hacer lo que hizo. Por qué no me lo contó, por qué no me pidió ayuda. Lo había organizado todo con precisión, había ordenado aquella misma tarde dos transferencias. Al día siguiente la mitad de su dinero pasó a nuestra cuenta conjunta y el resto se depositó en la de sus padres. Encontré una carta donde me rogaba que fuera feliz por él y deseaba que encontrara otro amor que me mereciera, pero no explicaba el porqué de su decisión.

Durante meses le guardé rencor por haberme abandonado. Por dejarme con una eterna pregunta. Por obligarme a enfrentar su ausencia y a la vez las miserias de la gente que lo conocía pero para la que solo fue un chico más que se suicidó en ese maldito puente. Tuve que soportar a aquellos para los que se convirtió en la comidilla del pueblo durante un tiempo, a los que manosearon nuestra desgracia. A los que lo olvidaron poco después mientras yo aún lo llevaba clavado en el pecho. Me sometió a la condena de tener que salir cada día de la cama sabiendo que no lo volvería a ver, a preguntarme qué había ahí fuera para mí después de él. En ese momento creía que nada. Nunca había dejado de dolerme.

Una mano fría en el hombro me devolvió a la realidad. Dejé de lado el pozo de recuerdos en el que siempre acababa cayendo aunque lo intentara evitar a toda costa. Giré la cabeza hacia esa mano helada para descubrir con sorpresa quién era su dueño.

— Tenemos que hablar. — El aliento a alcohol del hombre que había ido a buscar me envolvió como un sudario.

Me levanté para acompañarle a la esquina donde descansaba su

bebida junto a la cartera. Dudaba. Le puse la mano sobre el hombro para animarlo a hablar. De nuevo clavó su mirada en mis pupilas. Pareció entender que podía confiar en mí, vio algo definitivo en mis ojos.

— Dime — dije un poco incómoda.

— Aquí no.

Salió por la puerta y tuve que acelerar el paso para no perderlo.

16

ABRIL

Miércoles 15 de junio, tres días después del final del

Arde Lucus, 10:00h.

Lo seguí por las callejuelas del centro con dificultad. Andaba rápido pese a su embriaguez y me costaba alcanzarlo. Los semáforos de Ramon Ferreiro me sirvieron para recuperar el aliento, eran una bombona de oxígeno que no me venía nada mal. No me dirigió la palabra en todo el trayecto. Tan solo miraba de vez en cuando hacia atrás para comprobar que lo seguía. Cada una de sus zancadas eran tres de las mías. Las piernas me ardían por el esfuerzo y me suplicaban clemencia, pero las obligué a mantener el ritmo. Quejosas, me llevaron hasta mi destino, en la Ronda das Fontiñas. Hacía rato que habíamos abandonado Ramon Ferreiro para tomar unas callejuelas que acabaron desembocando en la avenida que hasta la llegada de la democracia se había llamado Carrero Blanco. Nos detuvimos frente a un edificio verde que hacía esquina. El color destacaba por encima del de los demás edificios, la mayoría en tonos pastel manchados por la humedad. Accedimos a la portería, contigua a una lavandería, y solo entonces sentí inquietud. No conocía a ese hombre, quién me decía que no iba a hacerme nada. Quizá era él quién estaba detrás de la muerte de Ástrid. No hubiera sido la primera vez que la pareja era la autora del crimen. Pero no encajaba, los asesinatos habían sido fríos, muy calculados, y estaba segura de que estaban relacionados. No tenía sentido que las hubiera matado a ambas. Contemplé al hombre que me acompañaba a través del espejo de la portería. Conocía bien la desesperación que manchaba su mirada y no era fácil de fingir. Titubeé. Esperó pacientemente sujetando la puerta del ascensor. Sus ojos me rogaban confianza, que diera un paso más. Cedí y avancé hasta el ascensor. Nos metimos en un habitáculo minúsculo. Marcos

era bastante grande, por lo que tuvimos que acercarnos. Mi cara quedó a escasos centímetros de su pecho, hasta donde llegaba el olor a alcohol que desprendía su respiración. Nos removimos incómodos, aún en silencio. Una campana nos indicó que habíamos llegado al ático.

La escalera que encontré al abrir la puerta era muy antigua, por lo que me sorprendió acceder a un piso recién reformado y de un blanco inmaculado. Al cruzar el umbral, un recibidor decorado con un gusto exquisito daba paso a un pasillo que conducía hasta la cocina y el salón, que compartían la misma estancia. Aún olía a pintura y los muebles tenían el aspecto reluciente que exhiben en las tiendas cuando la rutina aún no los ha atropellado. En las paredes había cuadros de sus momentos más felices y se podía apreciar el paso de los años sin demasiado esfuerzo. Un sofá gris presidía la estancia y frente a él un gran televisor reproducía fotos de Ástrid. Todo estaba en su sitio salvo los objetos que reposaban sobre la mesa frente al sofá. Un cenicero lleno, un vaso vacío y una botella volcada eran lo único que indicaba que algo se había roto en ese piso. Marcos apagó la televisión y las imágenes de la chica desaparecieron. Se dirigió a la cocina mientras yo me sentaba en el sofá sin que me hubiera dado permiso.

— Es un piso precioso — dije para romper el hielo.

Asintió distraídamente mientras abría la nevera.

— Le gustaba la decoración. Era muy detallista — murmuró mientras revolvía el frigorífico— . ¿Quieres tomar algo?

— Un café con leche, si no es molestia.

— Haré uno para mí también.

Me sorprendió gratamente que optara por un café en vez de seguir bebiendo. Quería estar sobrio para mantener esa conversación que se avecinaba complicada. Durante unos minutos se peleó con la cafetera y las cápsulas. La casa permanecía en silencio.

— ¿Puedo ir al baño? — pregunté.

— Está arriba, frente al dormitorio.

Deshice lo andado y volví al recibidor. A la derecha encontré una escalera que conducía al segundo piso. El parqué gris combinaba a la perfección con las paredes blancas y la decoración en tonos también grisáceos. Subí los siete escalones que separaban una planta de la otra para encontrarme en un vestíbulo diáfano con tres puertas. Opté por la más alejada. Se trataba de un despacho pequeño con una mesa blanca que recorría toda la pared. El ordenador encendido y la maraña de papeles sobre la mesa no encajaban en ese espacio ordenado y limpio. En la otra pared colgaba una pizarra con una línea temporal. Miré la fecha: sábado 11 de junio. Me acerqué a leer lo que Marcos había apuntado cuando detrás de mí se oyó un estrépito. Me giré de un salto, con el corazón dándome volteretas en el pecho. «La curiosidad mató al gato», pensé. Pero el gato estaba bien vivo delante de mí, con las garras listas para defender su territorio. El animal tenía el pelo levantado, especialmente en la cola, y la columna erguida. Bufaba con energía para advertirme de un inminente ataque. Pasé por su lado rezando para que no me atrapara con las uñas afiladas que exhibía con orgullo. Al salir de la habitación resoplé. Menudo susto. Ahora sí que tenía ganas de ir al baño. Abrí la puerta para encontrarme una maravillosa bañera de diseño como las que había soñado para mi casa. Sentí una punzada de envidia que enseguida apagué. Cómo vas a envidiar a una persona muerta. Me sequé las manos con una toalla que pedía a gritos que la usaran. Era tan suave que no pude resistirme a pasármela por la cara. Olía a vainilla, un aroma parecido al que le había atribuido a Ástrid en mi mente. Me miré al espejo y me di pena. Parecía una caricatura de mí misma. Apagué la luz para no seguir viendo esas bolsas negras que me deformaban la cara. Salí del baño dispuesta a volver al salón, donde Marcos me esperaba. Llevaba mucho rato ausente, pero la puerta entreabierta de la habitación de matrimonio me llamó la atención. Me asomé. La parte izquierda de la cama permanecía impoluta, mientras que la derecha estaba totalmente desecha. No había duda de quién dormía a cada lado. Una nota reposaba en la mesilla de Ástrid. "Si todavía no he vuelto, no te preocupes. He salido a correr", firmaba. La imagen de esa cama partida en dos para siempre me conmovió. Una lágrima se escapó y viajó por mi cara hasta llegar a la barbilla.

— ¿Todo bien? — oí como Marcos me llamaba desde la escalera.

— Disculpa, ya bajo.

Volví al salón y me senté con él, que optó por no hacer preguntas. Me tendió una taza y bebí lentamente. No dije nada hasta que ya solo quedaba la mitad del café en la taza. Impaciente, me explicó el motivo por el que me había llevado a su casa.

— Perdona por recurrir a ti, pero estoy desesperado y no tengo a nadie — dijo masajeándose las sienes.

— Sé que te ofrecí mi ayuda, pero no soy policía. En realidad no soy nadie.

— Eres distinta al resto. Tengo la sensación de que me entiendes.

— ¿Qué te lo hace pensar? — pregunté sorprendida.

— Me miras diferente, como si supieras lo que siento. Cuando te acercaste el otro día en el bar sentí que podía confiar en ti. Eres la única que no me mira con lástima.

Me quedé callada unos segundos. Estuve tentada de hablarle de Carlos, pero no estábamos allí para eso.

— Aun así, quien te puede ayudar es la policía.

— ¡No sirven para nada! — alzó la voz— . Hace días que la encontraron y aún no han descubierto nada. No tienen sospechosos ni pistas que seguir. Creo que esperan a que aparezca otra. Eres mi única alternativa.

Fruncí los labios. Me molestaba cómo hablaba de la policía porque Martín formaba parte de ellos y se estaba dejando la piel. Pero me estaba dando la oportunidad de indagar en su historia, me ofrecía la información en bandeja de plata. No podía rechazarlo.

— Entiendo que ya les has contado todo lo que sabes.

— Eso creo, pero visto lo visto no ha servido de mucho. Necesito que me ayudes — insistió.

— Tienes demasiada fe en alguien que no conoces de nada.

— No tengo nada que perder.

— Entonces, cuéntame lo que sepas e intentaremos resolverlo juntos.

Se lanzó a relatar lo que habían hecho ese sábado. Ástrid se levantó temprano, como siempre, y se fue a trabajar. Él se quedó en la cama porque esa semana hacía turno de noche. A mediodía decidió pasarse por el bar y la encontró animada hablando con un par de clientes. Comieron juntos en su descanso y la notó igual que siempre. No ocurrió nada que le llamara la atención. Hacia las cuatro y media se despidieron y él fue al centro comercial. Faltaba poco para su cumpleaños y quería regalarle algo especial. Al final se decidió por un carísimo viaje a Egipto. Volvió a casa y le dejó la cena hecha para cuando llegara del bar. Solía regresar muy cansada después de tantas horas detrás de la barra sirviendo cañas, vino y tapas a los turistas que esos días invadían la ciudad. A las ocho se duchó y salió de casa. No se encontraron nunca más.

— Ya se lo he contado a la policía, no noté nada extraño.

— Hay que hacer el marco más grande. ¿Cómo era vuestra relación?

— Preguntas lo mismo que ellos…

— Saben cómo hacer su trabajo — zanjé— . Tendremos que ir poco a poco para que no se nos pase nada. ¿Estabais bien juntos?

Claro que estaban bien. Al menos eso fue lo que Marcos me contó. Tomé nota. Llevaban diez años juntos. Habían tenido buenas y malas rachas, pero se querían y eso era lo importante. Hacía dos años habían viajado a París y se habían prometido. Me enseñó las fotos de la pedida bajo la Torre Eiffel entre lágrimas. Al volver habían organizado una fiesta para celebrarlo y todos se habían alegrado por ellos. No recordaba a nadie que hubiera puesto mala cara. Esa vía de investigación parecía muerta, pero no podía descartarla. Decidí indagar en su entorno esa misma tarde.

Ástrid y Marcos tenían una rutina muy establecida. Él trabajaba a turnos: una semana de tarde, una de noche, una de mañana y la última de descanso. Cuando trabajaba de tarde, ella le esperaba para cenar, aunque llegara cerca de las doce. Hablaban de cómo les había ido el día mientras cenaban delante de la televisión. Las semanas de turno de noche eran más complicadas, porque apenas se cruzaban. Llegaba a las seis y media y se metía en la cama con cuidado para no despertarla. Hora y media después, se levantaba ella. Hacía turno partido, como la mayoría de camareros. Comía en el bar y aprovechaba las horas libres para ensayar con su grupo. La música y el trabajo no le dejaban mucho tiempo libre, y cuando volvía a casa por la noche, él ya se había marchado. Anoté en mi libreta que debía investigar también a los integrantes de su banda. ¿Habría sido alguno de ellos? ¿Pero entonces, qué la unía a Natalia?

Después de una pausa, Marcos siguió detallándome su rutina. Su horario favorito era el de mañanas. Dormían juntos y tenía la tarde libre para hacer recados. La recogía en el bar al salir e iban a cenar o a tomar algo. Las semanas de fiesta eran un regalo. Exprimía el tiempo con ella todo lo que podía y, en definitiva, eran muy felices. Percibí que estaba loco por ella y quise saber cómo lo vivía la otra parte de la relación, pero ya era imposible.

— ¿Cuándo fue vuestra última mala racha?

Se le ensombreció el rostro. Apretó los labios y endureció la mirada.

— ¿Qué pregunta es esa?

— Una importante si queremos resolver su muerte.

— Yo no le hice nada — se enfadó.

— Eso está claro.

— ¿Entonces?

— Responde.

— Supongo que ha sido hace poco… Ya hacía dos años que le pedí que nos casáramos, pero no preparábamos nada. Normalmente la boda es al año siguiente, ¿no? Pues ella decía que no había ninguna

prisa. Yo sí que la tenía. Quería casarme con ella de inmediato y le propuse hacerlo por lo civil.

— Entiendo que no quiso.

— Se negó. Le insistí mucho, no entendía qué le pasaba de repente. Sí que se puso un poco rara, pero no le di importancia. Días después me dijo que estaba embarazada. Estábamos muy felices, pero no duró mucho.

— ¿Lo sabe la policía?

— ¿El qué? ¿Que estaba embarazada? Claro, pero no tiene mucha importancia, porque perdimos al bebé.

— Lo siento. Imagino que fue muy duro.

— Hacía tiempo que hablábamos de ser padres y fue un revés muy grande, pero le dije que podíamos volver a intentarlo. Esos días lloraba mucho, supongo que es normal. Se distanció de mí un par de semanas, pero ya estábamos bien. Íbamos a volver a probar suerte cuando la mataron — dijo con voz quebrada.

De un sorbo terminé el café que se había enfriado en la taza. Esa pausa nos sirvió a ambos para recomponernos.

— ¿Solía salir a correr de noche? — pregunté.

— ¿La estás culpando? — respondió a la defensiva.

— Por supuesto que no, pero necesito conocerla bien si quieres que te ayude.

— La verdad es que ha ido a rachas. A veces dejaba el deporte de un día para el otro, como en esas semanas de duelo, pero otras se lo tomaba tan en serio que salía cada noche. Eso sí, siempre salía por la misma zona.

— ¿Dónde la encontraron exactamente?

— Cerca del Hotel Balneario. Creo que la esperaban, porque siempre corría por el Rato y esta vez ni siquiera llegó a dar la

vuelta. Si tu siguiente pregunta va a ser quién puede haberla matado, te la puedes ahorrar. No tengo ni idea, todo el mundo la adoraba.

— ¿No tenía ningún enemigo? ¿Algún cliente conflictivo del bar?

— Ninguno — negó.

— ¿La policía sabe cómo la mataron?

— Si lo saben aún no me lo han contado. Solo me han dicho que la encontró un chaval medio desnuda y con una venda sobre los ojos.

— ¿Nada más?

— Tenía algo en la vagina. Lana, creo que dijeron…

El gato interrumpió la conversación. Se acomodó en el regazo de Marcos después de haberse restregado contra su espalda dejando un rastro de pelos blancos en su jersey. Él se echó a llorar. Un solo gesto de cariño, aunque fuera de un animal, le arrancó su disfraz de hombre fuerte. Aproveché el momento para marcharme. Tenía mucho que hacer. Me sentía eufórica. La policía me llevaba ventaja, pero a lo mejor su relato no había sido el mismo y aún iban unos pasos por detrás. Escribí mi número en otra hoja de la libreta, la arranqué y se la tendí.

— Llámame si se te ocurre algo más o me necesitas. Estoy disponible a todas horas. Si descubro algo te llamaré, pero no esperes nada. Ya te he dicho que no soy policía, solo soy escritora.

— ¿Por qué te has metido en esto? — preguntó.

Me encogí de hombros

— Por fin voy a hacer algo bueno por mí misma.

Salí de ese maravilloso piso más animada de lo que había entrado. Corrí hacia casa con la adrenalina disparada. Tenía trabajo por delante.

17

Miércoles 15 de junio, tres días después del final

del Arde Lucus, 10:30h.

Parecía que los retortijones no la iban a dejar salir de casa. Se duchó temblando pese a que la temperatura era buena y mientras se pasaba la esponja por el cuerpo no pudo evitar replantearse su decisión. Al secarse con su albornoz naranja sintió cierto alivio. Se convenció de que era lo mejor. La tela suave barrió sus dudas lo justo para que se vistiera y se decidiera a salir. Tenía cita a las once y media, pero quería llegar con tiempo. Se puso unas medias negras, una falda plisada y una camisa. Luego, se desvistió. Lo mejor era llevar un chándal. Repasó el armario y vio que no tenía ninguna prenda que se ajustara a lo que ella creía adecuado para la ocasión. Al final, optó por unos tejanos negros y la camiseta Levi's que se había popularizado gracias a Paula Echevarría. Entre sus veinte pares de zapatos se decidió por unas Converse blancas que pegaban con la camiseta. Sonó el teléfono.

— ¿Estás segura de que no quieres que te acompañe?

— Puedo hacerlo sola. No te preocupes, irá bien.

Pese a la firmeza de sus palabras, lo cierto es que tenía dudas. Normalmente se sentía muy segura de sí misma, pero se estaba viendo sobrepasada. Encendió la televisión para ahuyentar sus miedos. Comentaban los crímenes de Lugo sin aportar ninguna novedad, como era habitual en esas tertulias matutinas destinadas a adoctrinar a las amas de casa. Simplemente daban detalles macabros sobre cómo habían encontrado a las dos víctimas y conectaban con reporteros desplazados a las casas de sus familias a la espera de grabar su llanto desesperado. La primera periodista se encontraba delante de un edificio verde donde supuestamente vivía Ástrid, la segunda de las víctimas, encontrada cerca del río. El

cámara hacía zoom cada vez que alguien salía de la portería, pero no consiguieron ninguna imagen trágica de su pareja. «Qué miserables», pensó. Después conectaron con un reportero que hacía guardia delante de la casa familiar de Natalia. Mientras hablaba, una señora muy mayor que blandía un bastón salió con la intención de echar a la prensa que se agolpaba a las puertas de su casa, pero antes de que se acercara a increpar al periodista, una mujer detrás de unas gafas enormes de sol la retuvo y la obligó a volver a entrar. Cerraron de un portazo y bajaron las persianas. Cuando volvieron a conectar con el plató, apagó la tele.

Volvió al baño y se hizo una coleta. Miró su reflejo en el espejo aún empañado por el vapor de la ducha. Entre manchas entrevió su rostro de facciones duras, contraídas por el mal humor que le había provocado ese espectáculo y por la preocupación de ese día. No se maquilló pese a que lo hacía cada día. Tan solo se puso un poco de colorete para disimular la palidez de sus pómulos. Cuando terminó, no se permitió dudarlo más. Cogió el bolso que colgaba junto a las llaves en el recibidor y salió a la lluvia de Coruña. Agradeció que el camino hasta la clínica fuera tan corto. No hubiera sido capaz de ir hasta Madrid en ese estado de nerviosismo, como sucedía hacía apenas tres años. Solo tuvo que coger un autobús y a los veinte minutos llegó a su destino.

Agarraba su bolso con fuerza, como si temiera que se lo fueran a robar, pero en realidad necesitaba tener algo entre las manos para frenar el tembleque. Quería hacerlo, lo había tenido claro desde el principio, pero aun así no era una decisión fácil. Al bajar del autobús resbaló y su móvil salió volando. La pantalla se hizo añicos, aunque seguía funcionando. Se dio por satisfecha. Declinó la ayuda de un par de personas que la habían visto tropezar, se levantó y siguió su camino intentando conservar al máximo su dignidad. Siempre le había dado vergüenza caerse delante de la gente. Incluso de pequeña, cuando se caía en el parque, se levantaba y seguía jugando aunque las rodillas estuvieran en carne viva y los leotardos se tiñeran de rojo. Al girar la esquina, se detuvo. Se refugió de la lluvia en un portal y contempló el tobillo maltrecho. Estaba hinchado como una pelota y le palpitaba con fuerza. Le prohibió frenarla. Estaba decidido. Cojeando y empapada, anduvo los metros que la separaban de la entrada de la clínica. El letrero azul de la

Xunta le indicó que había llegado. No tendría que pagar por el procedimiento porque era un centro concertado. Andaba tiesa y justamente por eso se había decidido. Empujó la puerta con fuerza, hasta que se dio cuenta de que había que tirar. La recibió una oleada de aire caliente que la mareó. Empezó a sudar pese a que solo llevaba una chaqueta fina y una camiseta de manga corta debajo. Volvieron los retortijones y el malestar en la boca del estómago. Se quitó la chaqueta como pudo. Recogió la tarjeta sanitaria que se le había caído en el proceso y al levantarse ya había llegado su turno. Le dio sus datos a la administrativa, que muy amablemente la acompañó hasta la sala de espera.

— Van con un poco de retraso, pero ahí tiene revistas para distraerse. ¿Quiere un vaso de agua? — le dijo, solícita.

— De acuerdo, gracias.

Lo bebió con ansia. Hacía muchísimo calor. Las demás mujeres de la sala de espera no parecían notarlo, pero ella se sentía como en una sauna. El ambiente estaba cargado de tristeza, aunque se adivinaban ciertas notas de alivio que se reflejaban en el rostro de algunas de las chicas que esperaban su turno. En cuanto la enfermera desapareció, se bajó la mascarilla por debajo de la nariz. Necesitaba respirar. Aguantó las miradas recriminatorias de un par de mujeres estiradas que se cambiaron de asiento para ganar distancia. «Qué lugar más agobiante», no dejaba de repetirse. Además, era la única mujer que había ido sola, lo que atraía aún más miradas de sus compañeras de espera y sus parejas. No le gustaba que la vieran asustada, por eso se había negado a que Óscar la acompañara, pero empezaba a arrepentirse. «Qué más da, va a ser rápido», pensó.

Volvía a tener sed. Cómo no iba a estar deshidratada con ese calor, se maldecía. Le parecía que se había metido dentro de un horno. Se levantó y fue al baño a mojarse la cara. ¿Y si tenía fiebre? «Solo son nervios», se dijo. Al volver a su asiento, consultó el móvil. Sin datos. Sacó el libro que siempre llevaba en el bolso. Estaba inmersa en la lectura de Todo esto te daré, de la magnífica Dolores Redondo, que ya la había cautivado años atrás con la trilogía del Baztán. Cada página justificaba que la novela hubiera ganado el Premio Planeta en el 2016. Describía los paisajes gallegos con una precisión envidiable y conseguía meter al

lector tan dentro de la historia como si fuera un personaje más. Todo eso con una maestría y un dominio del lenguaje sin igual. Había oído que su escritora favorita iba a sacar un nuevo libro en noviembre y estaba ansiosa por leerlo.

El tiempo volvió a hacer gala de su elasticidad: si antes era una goma densa, larguísima, que no avanzaba, ahora corría haciendo volteretas. Así pasó la siguiente media hora. Los médicos que salían de las consultas a pasar lista fueron vaciando la sala y ya no notaba tanto calor. Se había deshecho también de las miradas indiscretas de quienes, a falta de otro sitio hacia donde dirigir los ojos, se habían dedicado a posarlos encima de esa chica solitaria. Seguía devorando la novela para no devorarse a ella misma cuando una mujer con bata blanca y ojos afables rompió el silencio pronunciando su nombre. Levantó la cabeza tentada a disimular y después marcharse, pero dejó caer el libro en el bolso y se alzó. Entraron en la consulta y la médico le explicó el procedimiento y los posibles efectos adversos de los fármacos que le iban a administrar. Se tumbó como le habían indicado para hacerle una última ecografía.

— Vuelvo enseguida — dijo la doctora antes de salir por una puerta que daba a otra consulta.

La lluvia bautizaba el suelo cuando salió de la clínica a toda prisa.

18

ABRIL

Miércoles 15 de junio, tres días después del final

del Arde Lucus, 20:00h.

La tarde había sido intensa. Al salir de casa de Marcos había pasado por mi piso lo justo para prepararme una ensalada, que comí de pie frente a la encimera. Después salí hacia el local en el que ensayaba el grupo de Ástrid. Marcos me había mandado la dirección y había ojeado sus redes sociales. En un post en Facebook, los amigos de Ástrid prometían seguir tocando por ella. Según los horarios que me había relatado Marcos, esa misma tarde iban a encontrarse para ensayar. La madera que daba entrada al bajo destartalado donde tocaban anunció mi presencia. Un chico joven que afinaba su guitarra alzó la cabeza sorprendido. El lugar estaba decorado con carteles del grupo y fotografías descoloridas de los conciertos. Una mesa llena de partituras y latas de cerveza y rodeada por cinco sillas ocupaba el centro de la estancia.

— Hola — saludé antes de llegar a su altura.

— ¿Quién eres? — preguntó preocupado.

— Soy amiga de Marcos — mi respuesta alivió la tensión de sus hombros— . Le estoy ayudando estos días… Ya sabes, a recomponerse después de todo lo que ha pasado.

— Está siendo muy duro — dijo clavando la mirada en el suelo— . ¿Qué necesitas?

— Estoy investigando la muerte de Ástrid. Creo que solo así conseguiré que Marcos esté mejor.

— ¿Eso no debería hacerlo la policía? — respondió preocupado mientras se levantaba de la silla.

— Solo quiero hacerte algunas preguntas — supliqué— . Por favor, tienes que ayudarme.

Dudó durante unos segundos que resultaron muy largos. Después asintió y me invitó a sentarme.

— No sé nada, ya se lo he dicho a la policía. De verdad, solo coincidía con ella en los ensayos.

— ¿Viste algo raro en algún concierto? ¿Algún hombre que se acercara a ella más de lo normal?

— Sí, pero eso no era nada extraño. Ástrid atraía a muchos hombres, aunque había uno que venía a todos los bolos y siempre estaba en primera fila.

— ¿Tuvo algún desencuentro con él?

— No que yo sepa.

Continué con mis preguntas.

— ¿Cómo os tomasteis que se fuera a casar?

— Nos ilusionaba muchísimo al principio, después se enfrió la cosa — dijo— . Nunca hablaba de eso. Creo que en realidad no quería casarse.

— ¿Y estas últimas semanas, actuaba como siempre?

— Venía a los ensayos, pero estaba ausente. Cuando terminábamos, en vez de irse de cañas con nosotros, se marchaba para casa. Cuando le preguntábamos decía que solo estaba cansada, pero yo qué sé… Si me disculpas, tenemos que ensayar — dijo señalando la entrada del local.

Tres chicas entraron charlando. Una de ellas se paró en seco nada más verme. Era Lucía, la amiga de Natalia.

— ¿Tú otra vez? ¿Se puede saber qué haces aquí? — gritó enfurecida.

— Tranquila, lo puedo explicar — dije acercándome a ella.

— Es amiga de Marcos — añadió el chico con el que había estado hablando.

— ¡Márchate! — ordenó Lucía en un tono que no daba lugar a réplicas.

— Solo necesito haceros unas preguntas — imploré— . Es importante.

Como respuesta, Lucía dio media vuelta para desaparecer unos segundos después tras la puerta de lo que parecía un baño. El chico de la guitarra se encogió de hombros y me acompañó hacia la salida.

— Han sido unos días muy duros, discúlpala.

Nos despedimos escuetamente y al girarme oí el pestillo de la puerta. A través del cristal Lucía me miraba fijamente.

***

Decidida a continuar investigando el entorno de Ástrid, me dirigí hacia el bar. El primo de Marcos atendía a un par de clientas en el momento en el que entré. La sonrisa se le congeló en los labios al percibir mi presencia. Se metió en la barra y accionó la cafetera antes de hablar.

— Veo que vienes sola.

Asentí.

— Marcos ha llamado hace un rato. Quiere que hable contigo. ¿Por qué estás metida en esto, la conocías? — preguntó.

Me encogí de hombros antes de responder.

— Tengo mis motivos. ¿Me vas a ayudar?

— Lo intentaré, pero solo por mi primo — dijo frunciendo el ceño—. Espero que seas de fiar.

Me escrutó durante unos segundos. Nerviosa, me mordí los carrillos antes de continuar la conversación.

— ¿Conocías bien a Ástrid?

— Era la mejor camarera que he tenido nunca.

— ¿Solo eso? — inquirí.

— ¿Qué insinúas?

— ¿No teníais relación más allá del trabajo? Al fin y al cabo erais cuñados.

— A veces tomábamos algo al salir, aunque ahora hacía meses que nada más cerrar salía corriendo por la puerta. No me daba tiempo ni a darle su parte de las propinas.

— ¿La esperaba alguien?

— Debía ser Marcos, no lo sé. Lo que es seguro es que ella había cambiado.

— ¿En qué sentido? — insistí.

— Estaba triste. Algunos días faltaba al trabajo sin avisar y cuando le pedía explicaciones se echaba a llorar. Con los clientes tampoco era la misma, andaba distraída. El servicio empezó a ir mal y algunos se quejaron. Quise darle su espacio, pero tarde o temprano no me hubiera quedado otra que despedirla.

Uno de los clientes interrumpió la conversación al alzar la mano para pedir la cuenta. Mi interlocutor se disculpó y se dirigió al otro lado de la barra, donde estaba situada la caja. Entregó la cuenta y al volver seguí con el interrogatorio.

— ¿Qué sabes de Lucía? — pregunté nada más tenerlo delante.

— ¿La amiga de Ástrid? Poca cosa. La vi en un concierto, parecía simpática.

Un cliente entró en el bar y cortó de nuevo la conversación. Le agradecí su ayuda y prometí volver una vez resolviera el caso. Nos despedimos con un apretón de manos y me marché justo cuando el beicon del bocadillo que había pedido el último cliente empezaba a crepitar en la plancha y la campana de la cocina rugía con fuerza. Troté por las calles del centro hasta salir de la muralla. Con la respiración entrecortada llegué a casa, donde me encerré para poner orden a mis pesquisas. Había sido un día productivo.

***

Nada más entrar en casa me zambullí en el tablón, donde anoté lo que había ido descubriendo con cada conversación. Estaba exultante después de horas recabando pistas. Solo me entristeció el tono constante del teléfono. Cada vez que sonaba, el corazón se me venía abajo. Era Martín, claro. Me mantenía firme en la idea de dejar de verlo y alejarlo de mí. Me daba pena, pero me sentía empujada a hacerlo. Había cruzado la línea divisoria que me había esforzado en trazar durante años. No quedaba más opción que volver al punto de partida. Cuando se cansó de llamar, me escribió preocupado. El pobre pensaba que me había pasado algo. Dos horas de silencio por mi parte después, volvió a escribir. Dijo que iba a venir a casa esa noche y me vi obligada a responder. Si se plantaba en mi puerta no iba a tener fuerzas para echarlo. Le expliqué que tenía una cena y mentí diciendo que no iba a estar en casa. Cuando él respondió que en ese caso se pasaría a desayunar, le tuve que contar la verdad. Más o menos. Le escribí que necesitaba que dejáramos de vernos, pero siendo sinceros no le expliqué por qué. Se desesperó, pero no volví a entrar en el chat ni cogí sus llamadas. Era mejor así.

Volví a clavar la mirada en el tablón. Cuando me ponía a pensar

sobre el caso el tiempo volaba y cuando me di cuenta ya eran las ocho de la tarde. Había quedado con Marina a las nueve y estaba hecha un asco. Tenía el pelo enmarañado en un moño deforme, los ojos enrojecidos de repasar los apuntes y un dolor de cabeza intenso por no haberme puesto las gafas. Me desnudé en el salón y fui a por un ibuprofeno que guardaba en un cajón de la cocina que hacía las veces de botiquín. Después me duché con agua hirviendo, como más me gustaba, y roja como una gamba me desplacé al dormitorio a vestirme. Recogí el chándal de andar por casa que había dejado tirado en el salón y entonces me di cuenta.

¿Cómo se me había podido pasar? Si hasta me lo había anotado. ¡Me había olvidado de la tortilla! Me puse a pelar patatas como una posesa. Eran las ocho y media y la casa aún era un desastre. No sé cómo conseguí hacer una tortilla que resultó estar exquisita, recoger el caos de mi casa, por donde parecía que había pasado un tornado, y poner la mesa. Me quedó preciosa, con la vajilla de las ocasiones especiales, que eran pocas; las copas de diseño que había traído de Venecia y las lucecitas de la ventana. Parecía una cena romántica y en cierto modo lo era. Marina era mi persona favorita y se merecía el trato más especial. Más teniendo en cuenta cómo la había tratado el día anterior.

A las 20:59h estaba todo listo. Me senté y me puse a mirar el móvil, pero me agobió ver 39 mensajes sin leer y lo lancé al otro lado del sofá. Para distraerme, encendí la televisión. Los periodistas seguían apostados delante de las viviendas de Ástrid y Natalia, a las que ya llamaban las víctimas de la Niebla, esperando que salieran sus familiares a hablar. Incluso habían creado un hashtag con ese nombre con la excusa de ayudar a la policía en la búsqueda del asesino. Recuperé el móvil y entré en Twitter. Entre los centenares de tweets que encontré, no localicé ninguno que me pudiera dar una pista. La mayoría eran mensajes de pésame, unos pocos prometían venganza y el resto eran vídeos de los programas. Las víctimas de la Niebla. Así, en mayúscula, como si quién las había matado se hubiera desvanecido para siempre una vez cometidos los atroces crímenes. Embobada ante la televisión, pensé en cómo le sentarían a Marcos esas noticias, esos reportajes, esa guardia interminable de los reporteros frente a la casa que hasta hacía poco compartían. Tenía que encontrar a la Niebla para ponerle su nombre real, que todos supieran quién era el autor de tal monstruosidad y de

paso terminar con mis pesadillas.

Cuando me prometía encontrarle y que la ciudad y todo Twitter pudieran ponerle cara, oí un grito a través de la ventana entreabierta.

— ¿No me piensas abrir, o qué? — dijo desde abajo cuando me asomé. Corrí a la puerta.

Marina llegó resoplando. Sin hablar, se metió en mi casa y fue directa a la nevera. Se bebió de un trago media botella de agua. Después se quejó de que no funcionara el ascensor. Primera noticia. Otra cosa que fallaba en ese piso. Había perdido la cuenta de las veces que había llamado a los caseros porque la nevera, la lavadora, el timbre, el interfono, la vitrocerámica, habían decidido dejar de funcionar de repente. Tomé nota para llamarlos al día siguiente. Nos sentamos cerca de la ventana para poder fumar sin llenar el piso de humo. Recordé que Martín detestaba el tabaco y precisamente por eso me llevé un cigarro a la boca. Fumamos y bebimos una botella de albariño Martín Codax, una de las bodegas con las que trabajaba mi empresa, mientras me contaba los pormenores de su boda. Me resigné a escuchar un discurso apasionado sobre las ventajas de casarse y conseguí mantener la boca cerrada. Me parecía anticuado. Un trámite ventajoso ante Hacienda, pero innecesario como celebración del amor. Y más, con lo rápido que se acababa. Pero no la desanimé con mis pensamientos. La incité a seguir hablando y le hice prometer que iba a ser su dama de honor. Se le encendieron los ojos. Me comprometí también a preparar su despedida, aunque me juré que no alquilaría una limusina ni contrataría a hombres desnudos. Qué horterada.

Después de una hora de hablar de preparativos de boda, devoramos la tortilla. Qué buena. Bromeamos sobre el único plato que me garantizaba no provocar un incendio en el piso.

— Soy un desastre como cocinera, pero habría sido una gran policía.

— Acabarías muerta, no tengo ninguna duda — se rio.

Aproveché el cariz que había tomado la conversación para explicarle lo que había descubierto ese día. Empecé por Marcos. Se sorprendió de que me hubiera pedido ayuda solo porque lo había mirado distinto a los demás y le había regalado un gesto cariñoso sin apenas conocernos. Ni yo misma lo entendía.

— No te fíes, ese hombre quiere algo — me advirtió.

— Claro que quiere algo, saber quién mató a su novia.

— No lo sé… es muy extraño, Abril.

— Me ha dado mucha información y creo que estoy más cerca de saber lo que pasó.

— ¿Y si te ha engañado? Si fuera tan sencillo, la policía ya habría encontrado a la Niebla.

— No me digas que tú también usas ese nombre — dije con cierta decepción— . El asesino es de carne y hueso y lo pienso encontrar.

— Me da miedo donde te estás metiendo, no quiero que te pase nada.

— ¡Qué me va a pasar! — la tranquilicé— . Cuando averigüe quién es, se lo diré a la policía y me apartaré. Te lo prometo.

Lo dije a sabiendas de que no iba a ser capaz de tomar distancia llegado el momento. Después le conté con todo detalle los acontecimientos sucedidos en el local de ensayo. Para situarla, saqué el tablón de debajo del sofá, donde lo escondía para que Martín no lo viera si pasaba por casa. Ya no iba a hacer falta, pero seguía tomando precauciones. Le señalé las preguntas que necesitaba responder para dar con el asesino.

¿Ástrid estaba distraída solo por la pérdida de su bebé?

¿Por qué no había querido casarse en dos años?

¿Tenía una aventura y por eso salía corriendo del bar al cerrar?

¿Su amante sería el mismo que le había jodido la vida a Natalia

según su familia?

¿Ese hombre estaba detrás de sus muertes? ¿Por eso las había matado del mismo modo?

¿En ese caso, qué motivo podía tener para matarlas?

¿Qué papel tenía Lucía en toda esa historia? ¿Estaba relacionada con su muerte?

La última hipótesis no me convencía. ¿Por qué iba Lucía a matar a dos de sus amigas? Contemplé la posibilidad de que las tres tuvieran una aventura con el mismo hombre y Lucía las hubiera asesinado al enterarse, pero la descarté de inmediato. No se hubiera arriesgado a matar a Natalia justo después de quedar con ella, con una tarjeta de la inauguración de la peluquería en el bolsillo y su nombre tatuado en el brazo. Tampoco a su compañera en la banda, con la que tenía una relación muy cercana a juzgar por sus redes sociales y los vídeos de los conciertos. Además, los crímenes no parecían obra de una mujer y su sufrimiento me había parecido sincero tanto aquella tarde como en la peluquería. No creía que fuera la asesina, pero sí un nexo entre ambas víctimas que había que investigar.

Marina rompió la cadena de hipótesis que me estaba volviendo a conducir hasta el hombre al que se refería la abuela de Natalia y que podía ser el mismo que mantenía una aventura con Ástrid.

— Vamos por partes. Eso sí que es raro — dijo sacándome de mi ensoñación. Señalaba el punto sobre la boda— . Pablo me lo pidió hace menos de una semana y ya hemos decidido la fecha…

— Por eso he pensado que quizá tenía un amante. Además, cuadra con que nada más cerrar el bar se marchara corriendo. Quizá él la esperaba en otra calle para pasar desapercibido.

— O simplemente se había cansado de la relación y andaba triste porque perdió a su bebé. ¿Podría ser que la hubiera matado Marcos y en realidad no haya relación entre una y la otra?

— Para nada, Ina. Conozco su dolor y es imposible de fingir.

Además, ambas murieron de la misma forma, tienen que estar relacionadas. Algo se nos escapa.

— ¿Crees que el supuesto amante de Ástrid también conocía a Natalia? — preguntó después de unos instantes de silencio.

— ¿Y si fuera el hombre del que me han hablado Lucía y su propia abuela? — respondí.

— Creo que hay que empezar por averiguar eso. Aunque hubiera estado con las dos, ¿qué motivo tendría para matarlas?

No supe qué responder. Miramos el tablón durante unos minutos sin prestarle verdadera atención. Casi podía oír trabajar los engranajes de nuestras cabezas.

— Según el primo de Marcos, Ástrid ya llevaba muchos meses rara. Marcos lo achaca todo a la pérdida del bebé, pero ¿y si todo empezó antes?

19

Jueves 16 de junio, cuatro días después del final

del Arde Lucus, 03:34h.

Pese al agotamiento que sentía, no había manera de conseguir dormir. Daba vueltas en la cama muy inquieta. Temía haberse equivocado huyendo de la clínica y le daba vergüenza lo que habría pensado la doctora. No podía volver allí, qué ridículo. Sentía calor en las mejillas solo de pensarlo. La cabeza le dolía, los ojos le pesaban. Notaba que querían cerrarse. Al hacerlo, en la oscuridad más íntima, revivía una y otra vez el día con una nitidez abrumadora y su malestar aumentaba. Por eso optó primero por la técnica que le había enseñado su madre cuando de niña el insomnio la atenazaba. Miraba el techo imaginando que las grietas eran líneas de dibujos por descubrir, construía historias en su cabeza con esos elementos. Pero esa noche el lienzo se burlaba de ella mostrándose impoluto. Por más que se esforzaba, no encontraba un solo dibujo. Pronto se cansó del juego. Angustiada y acalorada, se llevó una mano a la barriga instintivamente. La quitó de inmediato y se incorporó para abrir la ventana.

Corría el viento y el aire fresco la reconfortó. Se imaginó su vida en los siguientes años y se maldijo por haber sido cobarde. Se tendió de nuevo en la cama, se agobió por estar quieta y volvió a cambiar de postura, enredando la sábana que le cubría medio cuerpo. No sabía dormir sin nada que la tapara, pero incluso el tacto y el olor a flores de la ropa de cama que había cambiado ese mismo día la molestaban. Cuánto deseaba la calma que otorga dormir, el mejor disolvente para los problemas, pero no había manera. Siguió revolviéndose y batallando contra la angustia un buen rato. Cuando por fin se durmió, apaleada por sus propios pensamientos, eran más de las tres. No fue un sueño profundo, se trató más bien del duermevela de los que temen lo que se van a encontrar al despertar.

Tuvo pesadillas: soñó que su cuerpo se desfiguraba y de él salía su abuela, la persona que más había temido en su infancia. El sueño la sacudía, se despertaba para volver a dormirse poco después. En uno de esos lapsos entre el sueño y la realidad pudo oír el rechinar de la puerta de la entrada al abrirse. Ahogó un grito. Se incorporó rápidamente para encender la luz pensando que había alguien en la habitación. La casa permanecía en silencio. Miró a su alrededor sin comprender por qué se había asustado. Apagó la luz y se concentró en respirar para calmarse, pero poco después le pareció oír pasos por el comedor. Unos segundos más tarde, varios golpes de cajones al cerrarse la sobresaltaron definitivamente. El terror que sentía la paralizó y se encogió para hacerse un ovillo y controlar el temblor que le había invadido todo el cuerpo. De pequeña hubiera pedido auxilio a su madre, pero ahora estaba sola en casa. Intentó domesticar el miedo que ya le subía por la garganta. Se quedó quieta bajo las sábanas y se esforzó por convencerse de que se trataba del ruido habitual de las casas cuando duermen. Seguro que había sido una pesadilla, qué podía ser si no eso.

El piso quedó en silencio, ella volvió a dejar en la mesilla el móvil con el que pretendía defenderse. No llamó a nadie, era muy tarde para andar molestando a la gente con tonterías. Pasaron unos largos minutos en los que invirtió toda la energía que le quedaba en agudizar los cinco sentidos. Pero la casa seguía en silencio, la mente le había jugado una mala pasada. Para su desgracia, el sueño se había marchado junto con ese supuesto intruso, y la ansiedad de las horas previas volvía a dominarla.

Encendió la televisión y con su luz tenue volvió a mecerse entre el mundo real y el reino de los sueños. No pasó mucho tiempo antes de que volviera a despertarse. El cuello le raspaba, tenía mucha sed y ganas de ir al baño. Tuvo que levantarse. Fastidiada, puso los pies en el frío suelo de la habitación. Volvió a pensar en que necesitaba una alfombra para evitarse ese mal trago cada mañana. Aturdida, se levantó y anduvo por el dormitorio sin apenas abrir los ojos. Con los brazos estirados para no chocar contra los muebles y evitar tener que encender la luz consiguió llegar al baño. Desde allí le pareció ver entrar en la habitación una sombra alargada. Se frotó los ojos, convencida de que el cansancio estaba volviendo a hacer de las suyas. La sombra había desaparecido, pero aún oía pasos por el

cuarto. Tiró de la cadena decidida a ignorar los caprichos de su mente, pero lo cierto es que el miedo había vuelto a ovillarse en su interior.

La habitación se mantuvo en silencio durante unos minutos, lo que acabó de serenarla. Pensó en ir a la cocina a por agua, pero le dio tanta pereza el recorrido que prefirió inclinarse sobre el grifo del baño. Al levantar la cabeza, vio reflejada en el espejo una máscara negra que la observaba fijamente. Su portador la escrutaba sin perderla de vista, pero en un instante cambió de actitud y se precipitó hacia ella sin darle tiempo a reaccionar. Por un momento recordó a las dos chicas de las noticias y pensó que se sumaría a la lista. Ella era ahora el objetivo de la famosa Niebla, a la que empujó con fuerza para ganar unos segundos. Estrelló a su agresor contra la puerta de la ducha, que se rompió en mil pedazos a causa del impacto. Su atacante soltó un grito de dolor que la sorprendió. Aprovechó que continuaba en el suelo, entre cristales, para correr hacia la salida. No contaba con la cuerda a pocos centímetros del suelo que su asesino había instalado en el marco de la puerta mientras ella dormía. Le dio tiempo a poner las manos en el suelo para amortiguar la caída y sintió el crujido de su muñeca derecha. La adrenalina del terror actuó como un chute de morfina y le impidió sentir dolor. Se levantó con prisas. En ese lapso de tiempo su atacante también había podido reponerse. La interceptó en el pasillo que precedía al recibidor. Se abalanzó sobre ella y el choque de los dos cuerpos fue tan violento que les obligó a parar de forcejear. La tregua que se habían concedido duró poco. Consciente de que si no alcanzaba la puerta iba a morir, echó a correr pese al mareo que le impedía mantener el equilibrio. Tropezó uno a uno con los muebles que iba encontrando en su huida. Golpeó con la mano maltrecha uno de los cuadros que colgaban en el recibidor, que cayó con estruendo y se hizo añicos. Los cristales crujieron bajo sus pies antes de perforarlos, pero lo único que le preocupó fue llegar hasta la puerta. La alcanzó y cuando ya estaba tirando de ella para salir al rellano, un golpe la alejó de su objetivo. Se dio la vuelta. Gritó “por favor, ¡no!”. Un impacto en la cabeza la hizo enmudecer y perdió el sentido durante unos segundos. La calma de la inconsciencia solo duró unos instantes, por lo que percibió todos los movimientos de su agresor, actuaba con una tranquilidad sorprendente.

Sus manos enguantadas apretaron la cuerda que había usado para atarle los pies y que le impedía moverse. Cuando advirtió que había recuperado la consciencia, la figura de la máscara pareció asustarse por un momento, pero continuó con su tarea. Se aseguró de que no pudiera moverse, le ató también las manos. Al mirarla, movió la cabeza en un gesto de desaprobación y se llevó un dedo al orificio de la máscara que representaba la boca para pedir silencio. Ella le obedeció sin saber muy bien por qué. El miedo le había paralizado las cuerdas vocales. Le subió el camisón de un tirón, le bajó la ropa interior de un zarpazo. Cuando empezó a sollozar el atacante la abofeteó para que callara. Se levantó y se alejó unos pasos. Revolvió una bolsa hasta encontrar lo que buscaba. Volvió con un ovillo de lana y clavó la mirada en las lágrimas que resbalaban por las mejillas de su víctima. Le cruzó la cara de nuevo. Con violencia, le tapó los ojos con una venda y empezó el proceso. Introdujo la bola de lana en su vagina. El tejido se abrió paso con violencia dentro de ella, rasgando sus partes más íntimas. Se revolvió.

— Por favor, déjame vivir, estoy embarazada. Te daré lo que quieras — suplicó.

La única frase que el miedo la había dejado articular tuvo un efecto inesperado. Su agresor se echó a llorar.

20

MARTÍN

Jueves 16 de junio, cuatro días después del final

del Arde Lucus, 07:30h.

Repasaba continuamente los últimos días intentando adivinar lo que había provocado que ella lo apartara. ¿Qué había hecho mal? Sentado frente a la mesa de la cocina de su pequeño piso, se rascaba la cabeza intentando encontrar respuestas. Cerró los puños con fuerza. Ahora que había conseguido entrar en su vida, que incluso dormían juntos y empezaban a hacer vida de pareja, ella había decidido echarlo de golpe y porrazo. No había llamado para explicarle sus motivos, aunque no creía que tuviera ninguno. Al menos la certeza le hubiera ahorrado el mal rato que estaba pasando.

Terminó de desayunar y fregó con apatía el bol que hacía unos minutos rebosaba leche y cereales. La tensión de los últimos días había hecho resurgir un tic que había desarrollado de niño, cuando las cosas en casa no marchaban bien y se sentía culpable. Se presionó el ojo derecho en un intento de frenar ese gesto involuntario que le estaba volviendo loco. Esos días tenía la misma sensación que cuando era un crío. La desesperación fluía por sus venas y conquistaba cada poro de su piel. Se sentía culpable. A esa angustia se sumaba la preocupación por el silencio de Abril. Sentado de nuevo en la silla de la cocina, siguió rascándose la cabeza. Contempló con preocupación que empezaba a caérsele el pelo. Erguido frente a la mesa, repasó una vez más la lista de posibles agravios y los fue descartando uno por uno.

Minutos después cerró la puerta al salir de la cocina y se dirigió a su habitación. Puso toda su atención en hacer la cama. Nunca había conseguido que Abril durmiera en su piso. Hasta hacía menos de

veinticuatro horas incluso fantaseaba con la posibilidad de que ese acabara siendo el hogar de ambos. Abril le había cautivado desde que se vieron por primera vez. Le gustaba lo tozuda que era, que se valiera por ella misma y no se rindiera nunca. Recordó cómo había arreglado ella sola su coche, sin pasar por ningún taller, pese a no tener la más mínima idea de mecánica. No paró hasta conseguirlo y eso, a pesar de exasperarle en alguna ocasión, era lo que la hacía irresistible. Además, tenía un aire de tristeza que le recordaba a su propia desazón, y creyó que juntos podrían vencer sus tinieblas. Su obstinación y su fuerza le recordaban en cierto modo a su hermana, y que guardara parecido con la persona a la que más amaba en el mundo fue lo que le terminó de enganchar. Ahora ella lo había mandado todo al traste y no sabía por qué.

Se sorprendió de que le molestara tanto. Ni él mismo se había dado cuenta de que se estaba enamorando de esa mujer. Solo habían hecho falta una docena de encuentros, bastante sexo y algunas conversaciones profundas, pero siempre perimetradas fuera de lo personal. El ritmo sagrado de sus caderas marcaba ahora sus deseos más íntimos. No le había pasado nunca. Claro que había tenido sus historias, pero ninguna había sido como aquella. Abril lo alejaba, pero a la vez lo mantenía cerca con mensajes improvisados a los que él respondía con alegría. Ahora estaba enfadado, pero sabía que si le escribía correría hasta su casa sin pensarlo. No parecía que eso fuera a pasar. Llevaba horas enviándole mensajes. El policía que llevaba dentro sabía que su conducta tenía rasgos de acoso, pero no podía contenerse. Sus dedos corrían por la pantalla en una coreografía de exigencias, disculpas a medias y rabia contenida. Cuando un mensaje pasaba el límite fruto de su desesperación, lo borraba inmediatamente y escribía uno tierno. En cambio, cuando era bonito, le daba rabia ser tan blando. Entonces lo eliminaba y se esforzaba en que el siguiente fuera frío. Pero todos obtenían el mismo resultado: su silencio.

Se metió en la ducha con prisas, se le había hecho tarde. Se situó debajo de la alcachofa y abrió el grifo. No cayó ni una gota. Lo cerró y lo volvió a abrir, pero no salía agua. Golpeó la pared con un puñetazo que le destrozó los nudillos. La ira no arregló las cañerías, así que tuvo que salir de la ducha sin el alivio del agua fría que lo despejaba por las mañanas. Se puso desodorante y se vistió. «Vaya

día de mierda», se dijo. Para colmo, el ascensor tampoco funcionaba. Recordó que lo había leído en un cartel de la comunidad. Bajó los seis pisos corriendo, ya estaba claro que iba a llegar tarde. Al salir, resbaló y le faltó poco para caer. «Esto parece una broma de mal gusto», pensó con fastidio. Subió al coche y se saltó un par de semáforos, llevaba prisa.

Al entrar en la oficina, no consiguió centrarse. Le habían encargado analizar las llamadas y mensajes de las víctimas en los días previos a su muerte, pero en vez de hacerlo, los leía en diagonal y pensaba en Abril. Quería centrarse, había mucho en juego, pero aun así ponía en boca de ella los mensajes que leía mientras seguía buscando incesantemente el motivo de su destierro. Después de media hora releyendo mensajes sin procesarlos ni hacer lo que debía, decidió ir a por un café. Descartó la máquina de la comisaría. Le vendría bien un poco de aire fresco. Sacó el móvil nada más salir y entró de nuevo en WhatsApp, solo para encontrarse un chat vacío. Miró su última conexión. Hacía solo dos minutos. Se enfadó y volvió a escribirle.

«Esta tarde voy a verte a tu casa. Me debes como mínimo una explicación».

Los dos ticks azules aparecieron enseguida. Después contempló con esperanza un 'escribiendo…' que al final se extinguió sin una respuesta. Aun así, se quedó más tranquilo, no le había pedido que no fuera a verla. Pidió un café para llevar y se lo tomó en el camino de vuelta. Empezó por fin a pensar en el trabajo, más tranquilo porque esa tarde iba a poder decirle lo que sentía cara a cara y acabar con esa retahíla de mensajes que se estrellaban contra un muro. Le habían encomendado una tarea de responsabilidad que no podía cumplir, pero intentaba disimular. Habían tardado en poder acceder al móvil de Natalia, porque estaba destrozado cuando lo encontraron y tuvieron que recurrir a la operadora de telefonía, que mediante autorización judicial les envió una copia de las llamadas, los últimos lugares donde había estado y los mensajes SMS. Ahora que lo habían conseguido, el jefe les reclamaba correr para encontrar personas en común entre las víctimas o algún mensaje sospechoso que les guiara hacia el asesino. Con ellos también pretendían reconstruir el día de su muerte hora a hora. Le habían

pedido rapidez, pero no avanzaba. No podía hacerlo, aún no tenía claro el plan que tenía que seguir para que todo aquello acabara bien. Estaba tan nervioso que las manos le temblaban y no dejaba de mirar la pantalla del móvil esperando que se iluminara con un mensaje. Para su alivio, sus compañeros iban perdidos y aún tenía tiempo. Todos sentían la presión del jefe, que paseaba delante de sus mesas cada vez más agobiado. A cada minuto que transcurría, los decibelios de sus gritos subían un poco más. Era un ambiente asfixiante. Empezaba a sentir que el tic de su ojo se extendía a otros músculos de la cara.

— ¿¡Queréis espabilar!? Hay que encontrar algo ya o se nos van a echar encima — chilló el inspector regordete que paseaba pasillo arriba, pasillo abajo con la oreja pegada al móvil.

Repasaron las declaraciones de los familiares de las víctimas. La familia de Natalia había sido escueta y la pareja de Ástrid les tenía una hostilidad que no entendían demasiado bien. Lo habían descartado como sospechoso, pero no entendían su actitud. Colaboraba poco, aunque había respondido a todas sus preguntas y les había dado pistas que seguir. Por ejemplo, el asunto del bebé que habían perdido y el hecho de que Ástrid se hubiera pedido justo ese día libre. Los compañeros aportaban hipótesis que él descartaba con avidez, pero empezaba a sentir que la situación se le escapaba de las manos.

En un descanso, volvió a mirar el móvil desesperado. Sudaba y los engranajes de su cabeza no dejaban de dar vueltas para encontrar una salida airosa. Todo había llegado demasiado lejos. Cogía el móvil y lo volvía a dejar de forma compulsiva. Comprobaba si tenía cobertura. Necesitaba un mensaje suyo que le diera cierta paz para pensar, que le devolviera las pulsaciones al ritmo normal. Cuando se estaba levantando para ir al baño a refrescarse, el móvil vibró en la mesa. Una ola de alivió llevó una leve sonrisa hasta su cara.

— Por fin me coges el teléfono.

21

ABRIL

Jueves 16 de junio, cuatro días después del final

del Arde Lucus, 8:00h.

La luz que entraba por la ventana e iluminaba las motas de polvo que bailaban por la habitación me despertó un minuto antes de que sonara la alarma. Había programado el despertador la noche anterior porque no tenía tiempo que perder en esa carrera de fondo, pero lo que me apetecía era apagarlo, darme la vuelta en la cama y seguir durmiendo. Abrí un solo ojo y de un golpetazo silencié el pitido que me perforaba los tímpanos. Me tumbé boca arriba. Me dolía la cabeza, había dormido solo cuatro horas y media y con una botella de vino en el cuerpo. Pese a que antes de acostarme me había tomado un ibuprofeno y había bebido un litro de Aquarius, no había evitado la resaca. Por fin, la vista se me acostumbró a la claridad que entraba en la habitación a través de las cortinas. Hacía muy buen día y no había rastro de niebla pese a ser muy temprano, lo que hizo que mi humor mejorara. Me levanté de la cama dispuesta a continuar con el papel de investigadora que me había adjudicado yo misma y que había reforzado Marcos. Después de una ducha rápida, una tostada de aguacate y un café, ya estaba lista para volver al trabajo. La ausencia de la niebla me recargaba de energía, me sacudía la tristeza de un plumazo y sentía que podía comerme el mundo. Podía notar la adrenalina en la punta de los dedos. La noche anterior lo habíamos repasado todo y habíamos formulado algunas hipótesis que ahora teníamos que confirmar. Me disponía a ello cuando el móvil empezó a vibrar en el otro extremo de la mesa. No hacía falta mirar quién era, lo había silenciado precisamente para evitar que sus llamadas me importunaran. Lo dejé vibrar mientras fluía entre el sentimiento de culpa y el de alivio. Al minuto, la vibración volvió y decidí contestar para

terminar con esa cascada de llamadas y mensajes. Pero resultó no ser él. El nombre que reflejaba la pantalla me sorprendió muchísimo. Pensé que estaría llamando por error, pero descolgué por si tenía algo que ver con la tía, que estaba delicada de salud.

— ¡Cuánto tiempo, Luis! — dije intentando imprimir entusiasmo en mi voz— . ¿Cómo va todo?

— Pues mira, prima, te lo puedo contar en persona.

— ¿Cómo?

— Sí, sí, me he venido a pasar unos días. Ya sabes, para desconectar.

— ¿Has venido con Ruth?

— No… eh, bueno, eso mejor te lo cuento tomando un café. Acabo de llegar a la estación.

— Tengo mucho trabajo…

— Mujer, nunca nos vemos. ¿Me vas a negar un café?

— Bueno, pero no tengo mucho tiempo — concedí.

Quedamos en la puerta de su hotel, el Puerta de San Pedro, situado a escasos metros de la estación y uno de los más modernos de la ciudad. A pesar de que los precios se habían disparado por las fiestas y el inicio de la temporada alta, en esa época estaba plagado de turistas. Durante el Arde Lucus se había llenado y aún quedaban huéspedes que habían decidido alargar su estancia. Llegué a la Rúa Río Neira, donde estaba ubicado, cerca de las nueve. Él ya me esperaba en la entrada, ataviado con un chaquetón muy exagerado para esa época del año.

— Cómo se nota que no vienes mucho por aquí — lo saludé señalando el abrigo.

— No me invitas… — fingió quejarse.

Bajamos de nuevo la calle hasta llegar a San Roque. Nos sentamos

en la primera terraza que vimos abierta y pedí el segundo café de la mañana. Calculé pasar media hora con él y después volver a casa y llamar a Marcos. Luis mojó la pasta que nos habían traído con el café y comió con una ansia desmedida. Levantó los ojos para toparse con mi mirada de burla y aproveché la ocasión para mofarme.

— ¿No te dan de comer en Barcelona?

— Después de toda la noche en un autocar comprimido entre un barrigón y la ventana, bien me lo merezco.

— Come, come.

— Lo de las pastas gratis es una maravilla. ¡Qué paraíso! — dijo con la boca llena.

Durante el desayuno me puso al día de la salud de la tía y hablamos de los avances de la inteligencia artificial en la sanidad, el sector donde trabajaba desde hacía quince años. También me contó su último viaje a Japón para cerrar un trato con una de las mejores compañías del país. No se me pasó por alto que no habló de Ruth ni de los niños en todo el desayuno. Después de un rato de aguantar un chaparrón de cifras sobre el crecimiento de su sector, me atreví a preguntar.

— ¿Y qué te ha traído por aquí ahora que están a punto de empezar las vacaciones de los niños?

Bajó la mirada y le tembló el labio antes de responder.

— Necesitaba despejarme. Han sido unos meses muy duros.

— ¿Por el trabajo? — pregunté, aunque intuía que los tiros no iban en esa dirección.

— No. Nos estamos divorciando y los niños no lo llevan muy bien.

— ¿Y tú?

— Pues ya ves, he venido huyendo hasta aquí…

Ruth y Luis llevaban juntos más de veinte años. Se habían conocido en la universidad, donde ambos estudiaban una ingeniería. Al principio, según me contaron ellos mismos, no se soportaban. Pero estaban en el mismo grupo de amigos y tenían que tolerarse. Se sentaban en puntos opuestos de la mesa y evitaban cualquier tipo de contacto. Para ella, Luis miraba a los demás por encima del hombro. Para él, ella era una estirada que siempre quería llevar la razón. Pasaron enfrentados los dos primeros años de universidad, pero una noche lo cambió todo. Habían salido todos juntos a Studio 54. Primero se habían juntado a beber en casa de Meritxell, una de las amigas comunes, y después se habían animado a salir a bailar. Mientras andaban hacia la discoteca se cruzaron con el ex novio de Ruth, que empezó a increparla. La agarró del brazo y la obligó a pararse a hablar con él. El grupo se paró a esperarla unos pasos más adelante, pensando si debían intervenir. Ninguno sabía qué tipo de relación mantenían ahora que ya no eran pareja. En un momento dado, ella se quiso marchar, pero el tipo la sujetó contra la pared mientras le chillaba a escasos centímetros de la cara. Después buscó su boca, aunque ella le daba empujones para sacárselo de encima. Al verlo, Luis se acercó e hizo algo que la sorprendió. Le sacó al chico de encima, pero en vez de pegarle un puñetazo, lo que esperaba que hiciera, lo arrastró hasta la esquina tirando de su chaqueta. Cuando ya estaban lejos le dijo algo al oído. El chico agachó la cabeza, se marchó arrastrando los pies y nunca más supieron de él. Esa reacción tan atípica entre hombres jóvenes y borrachos fue lo que le llamó la atención. Esa noche empezaron a hablar y la cotidianidad hizo el resto. Nunca supo qué le había dicho para que desistiera. De esa relación nacieron quince años después, cuando ambos habían encontrado la felicidad en sus respectivos trabajos, Marc y Albert.

— ¿Pero qué ha pasado? Con lo bien que se os veía — alcancé a decir.

— Nada, lo de siempre.

— ¿Qué es lo de siempre?

— La he cagado, Abril, eso es todo — dijo antes de intentar cambiar de tema sin éxito— . Conocí a alguien más…

— ¿La has dejado por otra? — le reñí.

Pidió otro café para seguir contándome los motivos de esa visita inesperada. Su mujer le había descubierto cuando ya llevaba seis meses engañándola con una compañera de trabajo. Se lo montaban en la oficina, por la noche, cuando todo el mundo se había ido a casa. Le decía que estaba cenando con clientes, pero acabó descubriendo la verdad. Una noche, al volver a casa, se encontró las maletas en la puerta. No se marchó, pero Ruth se negó a hablar hasta unas semanas después. Los niños ya tenían doce y diez años, por lo que fueron conscientes de lo que iba a pasar incluso antes que él.

Su mujer lo había descubierto sin querer, aunque hacía tiempo que sospechaba que algo sucedía. Cada vez se arreglaba más para las cenas con los clientes, se afeitaba, se perfumaba y se vestía con la ropa más cara que encontraba en el armario. Además, había dejado de desearla, y cuando ella se ponía cariñosa, la apartaba con la excusa de que estaba cansado. Una tarde, Ruth encendió el ordenador que compartían y abrió el correo para mandar una factura. Luis no había cerrado bien su cuenta y el primer correo de la bandeja de entrada era la reserva de un hotel. Miró la fecha y esperó a oír la excusa de Luis para pasar el fin de semana fuera. Esperó pacientemente durante más de una semana. Cuando solo quedaban tres días para el fin de semana de la reserva, empezó a pensar que su marido quería darle una sorpresa. La noche siguiente, durante la cena, él le habló de un congreso que le obligaría a pasar cuatro días fuera. Ella no dijo nada. Incluso lo animó a ir, pero al volver se encontró todas sus pertenencias esperándole en la puerta. No hubo manera de hablar con ella. No le dio la posibilidad de arreglarlo, simplemente le dijo que lo quería fuera de casa más pronto que tarde. Él siguió viviendo en casa con la esperanza de obtener el perdón de su mujer, pero el ambiente se había vuelto tan irrespirable que había decidido refugiarse en Lugo durante unos días.

Cuando terminó su relato estaba hundido. Me daba lástima, aunque todas las desgracias que había tenido que vivir me habían endurecido y me costaba comprender su dolor. Hablamos de cómo llevaban la situación sus hijos y aún se hundió más. Incluso se le

escapó rodando alguna lágrima, que rápidamente hizo desaparecer bajo la palma de la mano. Nos quedamos en silencio, ninguno sabía qué decir. Rompió el silencio con un leve carraspeo.

— Me vendría bien despejarme, no me apetece estar solo en el hotel — comentó.

— Tengo mucho trabajo. De hecho, debería irme ya — dije mientras me levantaba para pagar.

— Por favor. Solo dame una mañana — dijo cogiéndome del brazo — . Hace mucho que no nos vemos y me vendrá bien.

— De verdad, no puedo.

— Una mañana. Necesito ir al pueblo, distraerme. A las dos te prometo que estaremos aquí y no me volverás a ver.

Dudé. No podía perder el tiempo, cada segundo me alejaba un poco más de resolver esa historia, atrapar al asesino y cerrar una etapa muy oscura de mi vida. Siguió suplicándome que lo acompañara a pasar la mañana en la casa del pueblo donde tan buenos momentos habíamos vivido. Hacía años que no iba por allí, desde la muerte de los abuelos, y no tenía ganas de enfrentarme a los sentimientos que me podía provocar esa visita. Temía que volviendo al pueblo la niebla que me perseguía se hiciera más densa.

— De verdad, Luis, no tengo tiempo que perder.

Su semblante se ensombreció y, derrotado, fue hacia la barra a pagar. Al volver echó un vistazo al móvil. Abrió el correo delante de mí y palideció de repente.

— Ruth ya tiene abogado. Quiere que nos veamos la semana que viene para hablar de los niños — me explicó antes de echarse a llorar.

Me incomodó mucho ver a un hombre hecho y derecho como Luis llorando desconsolado como un niño. Luis, que siempre era el fuerte, el que nos defendía ante todo. Jamás lo había visto llorar, y tenerlo delante sollozando y sacudiendo los hombros al ritmo de su pena me resultó insoportable. Cedí. Íbamos a pasar la mañana

escarbando entre los recuerdos en el pueblo de mi infancia.

22

ABRIL

Jueves 16 de junio, cuatro días después del final

del Arde Lucus, 11:30h.

Decidimos no parar en Becerreá para destinar el poco tiempo que teníamos a recorrer el pueblo. La carretera de curvas era más sinuosa de lo que recordaba y la conducción de Luis era violenta. Aceleraba y frenaba constantemente y se acercaba demasiado al quitamiedos. Llegué a temer que en una de las curvas que tomaba como si estuviéramos en un circuito de Fórmula 1 nos fuéramos abajo. Como consecuencia, bajé del coche mareada y con sudores fríos y a los dos pasos tuve que apartarme para vomitar. Acordamos que a la vuelta conduciría yo. Me acerqué a la fuente a enjuagarme la boca y beber algo de agua para reponerme. Aún sentía el sabor amargo del vómito en la garganta. Luis me ofreció un chicle que acepté pese al asco que me daba la menta. Después me senté en el muro del pozo y poco a poco me fui sintiendo mejor. Al instante apareció una perrita que se puso a brincar a nuestro alrededor, muy contenta de tener visita. Se metió en el pozo verde de aguas turbias que antiguamente había servido como lavadero y que ahora, a lo sumo, se usaba para el agua de las vacas. Desprendía un fuerte olor a agua estancada y el chapuzón de la perra no hizo más que incrementar el hedor. Al salir y sacudirse nos salpicó y continuó saltando deseosa de caricias. Me recordó mucho a Dorinda, una de las tantas perras que habían pasado por el pueblo, pero que nos había marcado como ninguna otra. Era un animal fiel y leal. Acompañaba al abuelo a cada lugar al que iba y, si se caía, esperaba pacientemente a que se agarrara a su lomo para levantarlo. A cambio, recibía caricias y manjares de la abuela. También solía sentarse a mis pies mientras leía y me daba golpecitos rítmicos con la cola, muestra de que disfrutaba con mi compañía. Su muerte por

infección después de un parto complicado fue un trauma. Nos quedamos huérfanos como si de un familiar se tratara. Ahora esa perrita me la traía de nuevo y por unos instantes recuperé la paz que siempre había sentido en el pueblo. Me arrepentí de haber extirpado esa parte de mí. Inspiré profundamente y prometí volver pronto.

Subimos al coche para continuar recorriendo la carretera hasta la casa de los abuelos. Giramos a la izquierda para coger la cuesta hacia el pueblo y tuvimos que frenar en seco. En un momento nos vimos rodeados de vacas. Cerré los ojos con fuerza. Seguía teniéndoles pánico, aunque el coche nos mantuviera a salvo. Después de rodear el vehículo, las vacas siguieron su camino y pudimos retomar la marcha. Saludamos al hombre que las guiaba y seguimos subiendo la cuesta.

— ¿Por qué no dejamos el coche aquí y subimos a pie? — propuse.

Tenía ganas de estirar las piernas y saborear cada paso que dábamos en la carretera que me había visto crecer. Luis coincidió en que nos vendría bien un paseo y los primeros metros los hicimos en silencio. Aún sin hablar, cogimos el desvío a la izquierda, que conducía a dos casas donde habíamos pasado muy buenos momentos cuando éramos niños. Las rodeamos fijándonos en el paisaje. Ese año había llovido poco y no había apenas verde, pero aun así la belleza del lugar era notable. Las higueras imponentes que se alzaban al lado de la casa más grande estaban cargadas de frutos, aunque en esa época aún eran verdes y pequeños. Al otro lado de la carretera que separaba unos campos dorados de otros, ya estaba puesta la huerta. El lugar aún estaba deshabitado, pero quedaba poco más de un mes para que la casa se llenara. Agosto era el mejor mes del año. El pueblo revivía después de unos meses dormitando. Al menos yo siempre lo había vivido así. Harta de la soledad de los fines de semana de todo el año, esperaba con ansia a los veraneantes que llegaban por esas fechas. También llegaban entonces los primos y todos los niños del pueblo nos juntábamos para jugar. A veces venían a nuestra casa; la mayoría, íbamos nosotros a las otras. Guardaba un cariño especial a la de Javiel. Aunque había poca gente de nuestra edad, era un lugar donde te podías sentir en casa. Precisamente hacia allí encaminamos nuestros

pasos. Volvimos a la carretera principal y subimos hasta encontrar el resto de las casas. A la derecha contemplamos la casa donde nació la abuela, olvidada desde que los bisabuelos habían muerto, y, a su lado, la única casa que parecía habitada. Se trataba de una casa de piedra marrón que se había reformado hacía poco y en la que destacaba una preciosa parra. Me recordó a mi abuelo. A Luis le sucedió lo mismo y continuamos el camino repasando anécdotas donde él era el protagonista. Fue un rato agradable y olvidé la prisa que tenía por volver a Lugo.

La siguiente casa del camino estaba cerrada a cal y canto, pero se conservaba bien. Me hubiera dolido encontrarme un pueblo olvidado como tantos otros de la denominada España vaciada. En el otro lado de la carretera sí que había una casa derruida, pero no le guardaba afecto alguno. Apenas le dediqué una mirada, deseosa de continuar el camino hasta llegar a casa. Subimos por el camino de Pillado, donde la hierba aún era alta y las moras, todavía verdes, comenzaban a conquistar las zarzas. Si los propietarios llegaban antes de que pasaran los trabajadores del Concello lo desbrozarían ellos mismos. Ya los imaginaba con la máquina y una máscara para que la maleza no les saltara a los ojos. Lo había visto muchas veces durante mi adolescencia y estaba convencida de que continuaba sucediendo así.

Pasada la casa, ya en el último tramo hasta la nuestra, vimos que el muro que separaba el camino de la finca estaba derrumbado. Pasamos sorteando las piedras y la tristeza que transmitían. ¿Desde cuándo estaban en el suelo? Seguramente desde el verano anterior, cuando septiembre había vuelto a poner en pausa la vida del pueblo. Por fin llegamos a la altura del aparcamiento del abuelo, para el que parecía que no había pasado el tiempo. Nos acercamos a tocar los ladrillos que lo componían, que eran ásperos pese al verdín que los salpicaba aquí y allá. La única diferencia con el de mis recuerdos era que no había ningún coche ocupándolo. Nos giramos para apreciar las vistas de la lameira, el pozo y el monte que rodeaba todo el pueblo y nos encontramos con la mirada de una vaca que nos observaba fijamente. Rumiaba sin quitarnos el ojo de encima, con curiosidad. Aparte de ella, había una decena más que pastaban tranquilamente donde años atrás jugábamos a perseguirnos y a trepar por los árboles. Lo único que se oía era el crepitar del pastor y la brisa del viento. Respiré profundamente y

los ojos se me llenaron de lágrimas por la emoción de volver. Aunque era un volver a medias, porque los dos corazones del pueblo, mis abuelos, ya no estaban allí.

— Les hubiera gustado vernos aquí — dijo Luis como si me leyera la mente. Me pasó un brazo por encima de los hombros y nos dirigimos a la casa.

Habíamos pasado por mi piso para coger las llaves de la entrada. Había heredado una copia de los abuelos, pero nunca la había usado. Sin ellos no creía que quedara nada allí para mí. Pero me equivocaba. Nada más poner un pie en el pueblo ya me había sentido mejor. Era una especie de ungüento para mis heridas, y lo que pensaba que me iba a doler acabó siendo el mejor remedio para mi alma. Me reconocía en cada rincón, todos contaban algo de mí. El corral, pese a las malas hierbas, seguía siendo idéntico al de la época de los abuelos. Incluso la parra se mantenía con vida, aunque era huesuda, apenas tenía hojas y su color verde ahora era amarillento. Abrimos la puerta con dificultad porque las bisagras se habían oxidado, pero Luis las hizo ceder de un golpetazo. Cada uno nadaba en sus pensamientos, apenas hablábamos para poder disfrutar de la liturgia del momento.

Al entrar nos recibió el olor a humedad. Aquello tampoco había cambiado, más bien se había acentuado después de años en los que la cocina de leña no se había encendido y nadie había habitado la casa. El polvo del ambiente flotaba a nuestro alrededor en la penumbra, rota por el hilo de luz que entraba por la puerta principal cuando subimos las escaleras hacia las habitaciones. Los escalones seguían gimiendo a cada paso. Casi esperábamos que, al abrir la puerta, la abuela nos riñera por el escándalo. Pero allí no había nadie y al contrario de lo que había imaginado, no sentí ganas de llorar, sino felicidad. Los buenos momentos mandaron a un rincón oscuro a los malos, que en esa casa habían sido pocos. Al menos, los que yo recordaba después de la muerte de mamá. Los abuelos se habían encargado de que tuviera una infancia normal y pese a que no habían conseguido que olvidara los golpes de mi padre al llegar la madrugada, había sido una niña feliz. Vi a la Abril de nueve años correr a esconderse detrás del sofá esperando que los primos no la encontraran. Vi a la de once haciendo deberes en la

vetusta mesa de madera que solía estar llena de los trastos de la abuela, que no tiraba nada. También a la de quince viendo la televisión con los abuelos después de comer, a la de dieciséis jugando una partida con el abuelo, la aprendiz ganando al maestro. Mi patria eran los recuerdos, pero esta vez no había nada doloroso en ellos.

Recorrimos la casa por separado. Cada uno acompañado con los sentimientos que le provocaba volver a casa tantos años después. Luis había vivido menos entre esas paredes, pero aun así el verano era una época tan intensa que dejaba huella. Mucho tiempo después, cuando ya habíamos honrado a nuestra manera a esa casa y a quienes la habían habitado, nos hicimos una promesa.

— Tenemos que volver a pasar algún verano juntos aquí.

— Traeré a los niños ahora que estaré solo — se comprometió.

— No esperaba sentirme así tantos años después — suspiré.

— Los abuelos nunca entendieron por qué dejaste de venir.

— Era muy duro volver después de la muerte de Carlos — confesé—. El último verano lo pasamos juntos aquí. Era incapaz de regresar, lo veía en todos lados. Cuando se fue, preferí que vinieran ellos a Lugo los fines de semana. Después, cuando murieron, ya no quedaba nada aquí para mí.

Se hizo un momento de silencio que rompí rápidamente para evitar que los malos recuerdos me arrastraran de nuevo.

— Seguro que se alegrarían de vernos a los dos aquí. Deberías traer a los niños.

Asintió.

— Siempre viajábamos lejos con los niños porque a Ruth no le gustaba el pueblo, pero ahora ya no hay excusa.

Deambulamos por la casa un rato más, los dos en silencio contemplando las pertenencias de los abuelos, repartidas por todas las estancias. Nadie las había vuelto a tocar desde su marcha.

Cubiertas de polvo y telarañas, atestiguaban los años más felices de mi vida.

— Si no fuera por ti creo que no hubiera vuelto nunca. Pensaba que ver la casa sin ellos me iba a destrozar — le confesé mientras contemplaba un retrato familiar. Posábamos frente a un coche cargado y teníamos un aspecto triste, por lo que supuse que la instantánea se había tomado justo antes de que los tíos se marcharan de vuelta a Barcelona.

Dejé la fotografía y le agradecí haberme arrastrado hasta el pueblo, algo que hacía meses hubiera sido imposible. Después, barrimos toda la casa, acordamos que en la próxima visita pintaríamos la cocina, que estaba llena de humedades, y sacamos un par de sillas al corral. Era la una y media, no iba a estar en Lugo a las dos como me había prometido, pero en ese momento no me importó. Saqué el paquete de tabaco y le ofrecí un cigarro a Luis. Aceptó y fumamos a gusto, como si esa escapada nos hubiera renovado las fuerzas. En esas estábamos, cuando oímos un silbido desde la casa de los vecinos. Era muy parecido al que usaba Mercedes para llamarnos y que subiéramos a merendar filloas. Pensé que me lo había imaginado y la recordé con un ligero vestido de flores, el delantal manchado de cocinar y una sonrisa afable. Se trataba de una mujer muy menuda que, sin embargo, era grandiosa. Su pérdida nos golpeó a todos, era el pulmón del pueblo. No había día que no llevara puesta su mejor sonrisa para que los demás nos sintiéramos siempre bien. Era como estar en casa, no había que fingir ni mantener la compostura. Cuando los abuelos nos reñían, nos dirigíamos a ella como una segunda abuela y nos escuchaba paciente, pese a que siempre les acababa dando la razón. Volvíamos a casa más tranquilos y con una disculpa para ellos en los labios. Mercedes se dedicaba en cuerpo y alma a los invitados que iban pasando por su terraza y conseguía que cada uno de ellos se sintiera especial. Cada tarde en su casa era una fiesta que parecía que no iba a acabar. Pero todo termina, y los abrazos que nos daba cuando llegaba el momento de irse a Barcelona, donde ella y su marido habían emigrado como tantos otros, eran memorables. En la despedida nos mantenía sujetos durante minutos, intentando contener la pena que le daba abandonar su lugar favorito en el mundo. La despedíamos con honores y ella, sacando la mano por la

ventanilla, nos prometía un nuevo verano eterno el año siguiente.

El segundo silbido diluyó su recuerdo por un momento. No lo había imaginado, alguien nos llamaba. Subimos la pequeña cuesta que separaba las dos casas y metí la mano a través de la reja para abrir. En lo alto de la escalera que daba acceso a la terraza nos esperaba Jaume. Ahora tenía el pelo blanco, aunque mantenía el largo de siempre. Me reconoció enseguida pese a la eternidad que hacía que no me veía. Con Luis le costó más, había dejado de venir al pueblo mucho antes que yo, y en la adolescencia había pasado menos tiempo con ellos.

— Eres lo último que esperaba encontrarme aquí — me dijo muy contento antes de darme un abrazo que me reconfortó. Olía a la colonia del abuelo y cerré los ojos al aspirar su aroma.

— A mí también me sorprende haber venido — dije riendo.

Jaume era el yerno de Mercedes y el que más tiempo pasaba en la casa desde que se había jubilado. Pese al calor que hacía, llevaba una sudadera con la frase ‘Malo será’ impresa entre dos franjas azul y blanca. Tomamos un par de cervezas con él en la maravillosa terraza con vistas que hacía de esa casa la más frecuentada del pueblo. Nos contó que en los siguientes días llegaría María, su mujer, que se había quedado en Barcelona para actuar en una obra de teatro que llevaba meses preparando. Tenía ganas de verla, le guardaba un gran cariño pese a que nos habíamos perdido la pista. Después, a finales de julio llegarían Sandra, Niti e Iria, su nieta. Yo recordaba a Sandra de los veranos en el pueblo. Habíamos jugado mucho juntas, pero hacía tanto que no nos veíamos que me costaba recordar su aspecto. A su marido no lo conocía, y mucho menos a su hija. Me dio pena no haber mantenido el contacto con los vecinos, pues eran algunas de las mejores personas que había conocido durante mi juventud, pero me consolé pensando que aún había tiempo de retomar esas relaciones. Durante el tiempo que estuvimos ahí, Jaume nos enseñó decenas de fotos de su nieta, muy orgulloso de la familia que había formado con María. Al despedirnos, nos hizo prometer que volveríamos pronto a visitarlos.

— Tú no tienes excusa, que vives a cuarenta minutos.

— A partir de ahora, vendré más a menudo — prometí.

— ¿Pasarás el verano aquí? — insistió— . A Sandra le gustará verte.

— No creo que tenga tiempo, estoy trabajando en una novela. Pero vendré a pasar algún fin de semana, eso seguro.

Lo dejamos trabajando en el huerto y nos marchamos en dirección al coche. En el trayecto hasta allí, Luis me interrogó sobre la novela. Había leído la que me había catapultado al éxito veinte años atrás y desde entonces cuando nos veíamos me reclamaba la siguiente. No sabía que había escrito una decena que no habían visto nunca la luz porque mis problemas, además de mi vida, habían marcado también la escritura. No le di demasiados detalles, ni siquiera yo sabía si conseguiría algo potable persiguiendo sombras como hacía. Me puse al volante y conduje con más velocidad de la que convenía en esas curvas. Al hacer referencia a la novela me había vuelto la prisa por seguir con el trabajo. Pero eran las tres de la tarde y las tripas me rugían mientras apretaba el acelerador. Cuando llegamos a Becerreá, sentía que me desmayaba de hambre. Luis también hacía mala cara.

— ¿Comemos algo rápido? — propuse— . Pero de verdad que tiene que ser rápido, ya he perdido demasiado tiempo.

— Buena idea, me muero de hambre. No me atrevía a decirlo.

Entramos en el bar Correos, que a aquella hora estaba a rebosar. La televisión estaba encendida y los clientes charlaban animados. Los camareros correteaban de aquí para allá y la actividad era frenética en comparación al lugar del que veníamos. Entre ese bullicio, en la barra, un par de hombres barrigudos devoraban sus platos de estofado en silencio. De la cocina, situada frente a ellos, escapaba un rico olor a carne a la plancha y un cocinero se afanaba en preparar las ensaladas del menú mientras procuraba que no se le quemaran las patatas fritas que acompañaban cada plato. Los clientes del bar eran principalmente hombres que daban buena cuenta de la comida y el vino antes de volver al trabajo. La mayoría trabajaban en el campo, como se podía notar en sus pantalones ligeramente manchados de tierra y los rostros morenos de pasar largas jornadas al sol. Muchos de ellos llevaban gorras antiguas,

algunas con logos de bancos, la mayoría descoloridas después de años de servicio. Nos sentamos junto a un par de lugareños que discutían sobre la gestión del alcalde, una cuestión que no nos interesó en absoluto. Nos concentramos pues en escoger los platos del menú, y en cuanto llegó el primero lo devoramos sin intercambiar ni una palabra. Un poco más calmados, retomamos la conversación. El estado de ánimo nos había mejorado a ambos y hablamos sobre los viajes más recientes que había hecho con los niños. Me enseñó fotos de Perú, Nueva York, Tokio… Habían conocido mucho mundo, muchas culturas, pero él se fustigaba porque no habían vivido en sus propias carnes los veranos perfectos de los que habíamos gozado nosotros.

Después de traernos los segundos, el camarero subió el volumen de la televisión. Emitían el informativo y en un momento dado dieron la última hora del caso de las víctimas de la Niebla, como ya todo el mundo las conocía. La reportera no aportó nada nuevo más allá de destacar que aún no había detenidos. Me dispuse a seguir comiendo, pero Luis se había quedado embobado mirando la televisión y sus gestos mutaron rápido de la pena a la rabia por esas chicas.

— Este pueblo parece que está maldito.

— ¿Por qué lo dices? — pregunté mientras masticaba un trozo de carne estofada.

— Primero la enfermera esa que tuvo ébola. Solo hay un caso en España y tiene que ser justo de aquí. Y tampoco es normal la cantidad de suicidios que hay en esta zona — pareció recordar entonces que mi pareja era un nombre más de esa lista y corrió a terminar la frase— . Y ya lo último, por si fuera poco, violan a una chica y años después se la cargan.

No me afectó que hablara de los suicidios porque la última frase de su discurso se me clavó en el cerebro como una lanza. Me acababa de confirmar sin pestañear que a Natalia la habían violado años antes y no me había hecho falta ni preguntárselo.

— ¿Cómo, cómo? ¿A Natalia la habían violado?

— Claro, pobre chica. Y la policía dice que no tiene nada que ver una cosa con la otra. Si hombre, seguro que la ha matado el mismo, si siempre pasa lo mismo — escupió.

— ¿Y tú como sabes eso?

— Por Rubén, que es colega de su hermana.

— ¿Pero seguro que es verdad?

— Parece que me estés interrogando — se quejó— . Claro que es verdad, si la pobre dejó de salir después de aquello y se quedó en casa encerrada durante meses. Ahora que la han matado, su hermana ha tenido que mudarse porque no puede soportar el acoso de la prensa.

Disimulé la importancia que había tenido para mí esa conversación. Histérica, comí el postre de un mordisco y me levanté con la excusa de ir al baño. Una vez dentro del cubículo, llamé a Marina. Como no lo cogió, decidí hacerle un audio. Escribir todo lo que le tenía que contar habría sido complicado. Susurrando, le detallé la conversación con Luis. Mi primo me había aclarado sin ningún esfuerzo que Natalia había sufrido una agresión sexual. Era eso lo que le había jodido la vida según Lucía, no se trataba simplemente de una ruptura sentimental complicada. Luis me había ahorrado con un par de frases tener que volver a ese pueblo a hacer preguntas indiscretas a su entorno. Su revelación cambiaba las cosas. Si un hombre la había violado, además de las heridas físicas y psicológicas de su agresión, podía haberla dejado también embarazada. Esa podía ser la clave del caso, puesto que uniría a las dos víctimas. Según me había contado su prometido, Ástrid también lo estuvo, pero lo perdió de repente. Empecé a pensar en nuevas posibilidades. ¿Y si los embarazos de Ástrid y Natalia eran del mismo hombre? Cuando murieron, ninguna de ellas estaba embarazada. ¿Las obligaría a abortar y luego las mató? Le formulé esas hipótesis a Marina, pero lo primero que debíamos confirmar era si realmente Natalia había quedado embarazada. Llevaba tres minutos de audio cuando alguien golpeó la puerta. Interrumpí la grabación y tiré de la cadena. Poco después salí del baño y me disculpé con una anciana que me miraba con cara de pocos amigos por haber tenido que esperar.

— No dejáis los teléfonos ni para ir al baño — me recriminó.

Si continuaba con el audio me arriesgaba a que alguien me oyera, por lo que opté por escribirle un mensaje.

«Ina, menos mal que eres enfermera. Solo tú puedes confirmar si de verdad Natalia estuvo embarazada. Mira en sus datos si tuvo alguna cita con ginecología, lo que sea… Sé que es ilegal, pero recuerda que están en juego las vidas de muchas mujeres y podemos salvarlas».

23

MARINA

Jueves 16, cuatro días después del Arde Lucus, 15:26h.

Cuando recibió el audio empezó a sudar. Eran casi cinco minutos de grabación, por lo que dedujo enseguida que Abril le hablaba de la investigación. Hacía hora y media que había entrado a trabajar en el turno de tarde y aún tenía muchas tareas por delante. En ese lapso de tiempo había hecho el cambio de turno con el equipo de mañana y una primera ronda con los pacientes más críticos. Un par de ellos tenían fiebre desde hacía horas y no había forma de bajársela; otros presentaban sangrado. Eran los enfermos más graves, a los que tendría que tener bien controlados hasta que llegara el siguiente turno. Guardó el móvil sin escuchar el mensaje de voz para poder atender bien a sus pacientes, pero andaba distraída pensando en qué locura se habría metido Abril. Por la mañana le había escrito y no había recibido respuesta, aunque para su tranquilidad gracias a la última hora de conexión descartó que le hubiera sucedido algo malo. Se centró en su trabajo.

Empezó por una ronda rápida para ver a los pacientes menos graves. Esa era más superficial, pero también más divertida. Les preguntó cómo se encontraban y la mayoría respondió con buen humor. Se los había ganado poco a poco con su dulzura. Con alguno incluso pasó unos minutos discutiendo sobre el estilo de juego del Barça, su equipo desde niña pese a que en Lugo los seguidores del Madrid eran mayoría. Miró el reloj y se llevó las manos a la cabeza. Salió rápido de la habitación prometiendo continuar hablando de futbol un poco más tarde. Lo primero era lo primero. Junto a sus compañeras, empezó a preparar la medicación que le tocaba tomar a cada paciente a las 16 horas. Después fue uno por uno a entregarles un vasito con las pastillas y otro un poco más grande con agua. Al terminar, se tomó un breve descanso sentada en la

tapa del váter mientras escuchaba el parloteo de Abril. Como de costumbre, hizo un audio mucho más largo de lo que hubiera sido necesario y razonable, pero no lo dejó a medias. Y menos mal, porque en la última parte del audio todo se aceleraba. De pronto se cortaba, como si le hubiera pasado algo. Se asustó por un instante, pero enseguida vio el mensaje de texto que acompañaba la nota de voz. «Esta está loca», pensó como primera reacción. Además de ser ilegal, lo que le pedía era imposible. No podía acceder de ninguna forma al historial, aunque podría hablar con alguna compañera que hubiera llevado su caso. Sería difícil convencerlas y no tenía claro querer hacerlo. Le parecía una gran falta de ética profesional, pero ¿por otro lado no era amoral no actuar pudiendo hacer algo para que las mujeres de la ciudad estuvieran a salvo? Salió del baño sin respuesta y estuvo rumiando al respecto a lo largo de toda la tarde.

Fue un turno muy ajetreado. El médico pasó visita a las cinco. Primero le pidió que pusiera una sonda a dos pacientes recién ingresados. Después perdió unos minutos de oro tranquilizando a los familiares, que sentían el terror habitual que provocan los hospitales. Más tarde tuvo que poner de nuevo la vía que una paciente se había arrancado por los nervios y pasar un buen rato con ella para que se calmara. Al salir de su habitación, ya era hora de tomar las constantes de todos los pacientes a su cargo y actualizar su ficha. Después tocó preparar la medicación de la cena y la de las nueve de la noche. Cuando se sentó en una silla a modificar en el programa la medicación que los médicos habían decidido cambiar a ciertos pacientes aún no tenía claro cómo actuar.

No le dio tiempo a reflexionar demasiado, le tocaba administrar a Concha, una de las ingresadas, un tratamiento intravenoso recetado para justo antes de irse a dormir. Después, en la habitación de al lado, volvió a tomarle las constantes a Mario, un anciano de noventa y dos años que hasta entonces había gozado de muy buena salud. Apenas paró un segundo hasta que hizo la última ronda y pudo pasar el turno a las compañeras de noche, que ya empezaban a preparar la medicación de las once, las dos de la madrugada y las cinco de la mañana.

Una vez en el vestidor, cayó en la cuenta de que si se marchaba ya

habría tomado una decisión. Se sentó en el banco de madera y se frotó las manos. Las tenía heladas, como siempre. Si no hacía nada y aparecía otra mujer muerta… Pero si lo hacía ponía en riesgo su empleo y el de sus compañeras. Incluso las podrían inhabilitar si lo descubrían y quien sabe si acabaría incluso en la cárcel. Quizá podría evitar que hubiera más muertes. Pero se perdería su propia boda. Estuvo atrapada en este tira y afloja durante unos minutos en los que se quedó sin uñas. Si se iba a casa y no hacía nada por esas chicas, Abril no la perdonaría jamás. Eso la hizo decidirse. Se levantó del banco renqueante y se volvió a poner la parte superior del uniforme. Metió de nuevo los pies en los crocs blancos con los que trabajaba. Cruzó el pasillo en dirección al ascensor. Pasó de largo las puertas que daban acceso a su planta y se dirigió a la segunda, la de ginecología. Carolina, la enfermera jefa de esa especialidad, la miró extrañada al llegar al punto de control.

— ¿Qué haces tú por aquí?

— Necesitaba ver a María. ¿Todavía anda por aquí?

— Está en la zona de partos — dijo su compañera— . Quería salir pronto, pero se le ha complicado la cosa.

— Gracias — respondió antes de ir al encuentro de María, la responsable del servicio de ginecología.

La encontró atendiendo a una parturienta que a juzgar por el sudor y la cara de cansancio debía llevar horas en trabajo de parto. Esperó a que terminara el tacto para abordarla. María se sorprendió al verla.

— ¿Cómo tú por aquí?

— Carolina me ha preguntado lo mismo. Necesitaba verte. ¿Tienes un momento?

— Claro, vamos a mi despacho.

Cruzaron la planta hasta llegar a la consulta de María. Se conocían muy bien. Habían coincidido en la universidad, donde se hicieron íntimas amigas. Ella estudiaba enfermería y su amiga medicina,

pero aunque sus caminos profesionales se separaron pronto, consiguieron mantener una relación de amistad muy intensa durante los primeros años en el hospital. Habían pedido trabajo en el mismo centro cuando todavía compartían piso y la suerte había querido que las aceptaran a ambas. Habían estado muy unidas, y pese a que ahora se veían menos, cuando estaban juntas parecía que el tiempo no había transcurrido. Ellas, que antes hablaban continuamente, ahora se llamaban una vez al mes. La vida de adulto había puesto su amistad del revés y apenas se veían fuera del hospital. Cuando se cruzaban dentro de los límites del centro hospitalario, en pocas ocasiones porque trabajaban en distintas plantas, no tenían mucho tiempo para charlar, el trabajo apremiaba. Ciertamente se habían distanciado con el paso de los años, pero se guardaban un cariño que sería clave para que María confiara en ella y accediera a tan cuestionable empresa.

— Verás, María. Necesito información sobre una paciente. Imagino que la trataste tú, estaba embarazada — no sabía si eso era verdad, pero decidió tirarse un farol para que su amiga no sospechara.

— Sabes que no podemos compartir datos de pacientes…

— Ya, pero en este caso es muy importante. Sabes que no te lo pediría si no fuera así — le suplicó cogiéndole la mano— . Te necesito.

— Marina, no puedo, podría perder mi licencia — dijo sin mirarla. Se había girado hacia la ventana que daba al aparcamiento.

— Incluso así valdría la pena, te lo prometo. Pero eso no va a pasar, sabes que puedes confiar en mí. ¿Me harás este favor?

— A ver, ¿de quién se trata? — preguntó María.

— De Natalia Fernández.

Resopló.

— ¿Para qué quieres saber eso? No quiero meterme en líos y tú tampoco deberías.

— Es una cuestión de vida o muerte. Más adelante te lo explicaré y

lo entenderás, pero no te preocupes, no me pasará nada. Y a ti tampoco — prometió— . ¿Entonces… fue paciente tuya?

Se lo pensó un largo minuto antes de contestar. Se miraron fijamente a los ojos y después de una pausa, suspiró y respondió:

— Sí. Dos veces, de hecho.

— ¿Qué quieres decir? — insistió Marina.

— No puedo contarte mucho, son datos privados. Pero si me haces la pregunta adecuada asentiré.

María no quería comprometerse ni hablar más de la cuenta, por lo que empezaron ese juego extraño en el que una hacía preguntas y la otra afirmaba o negaba con la cabeza. Así, Marina se limitó a cuatro preguntas muy claras. Pretendía confirmar la hipótesis de Abril sin comprometer demasiado a su amiga, que no estaba convencida de todo aquello.

— ¿Había sufrido una agresión sexual?

La doctora abrió unos ojos como platos, sorprendida de que su amiga preguntara justamente eso. No había salido en la prensa, no entendía cómo podía siquiera haberlo imaginado. Asintió lentamente con la cabeza.

— ¿Fue hace más o menos dos años?

Aquello la sorprendió aún más. De sus labios se escapó un escueto ‘sí’. No debía preguntarle cómo sabía todo aquello. No quería meterse en líos. Evitó entrar al trapo, mantuvo la boca cerrada y así evitó hundir más las piernas en lo que temía que iba a ser un barrizal.

— ¿Se quedó embarazada?

Movió la cabeza afirmativamente. Sabía cuál iba a ser la siguiente pregunta.

— ¿Lo tuvo?

No. Después de esa última respuesta, se sentó en su escritorio y empezó a estudiar los informes de sus últimas pacientes para dejar claro que no quería responder más. De pronto sonó el teléfono. Descolgó y escuchó atentamente a su interlocutor. Se levantó de inmediato.

— Tengo que irme, parece que vamos a traer a otro niño al mundo.

— Muchas gracias, María. Aunque no te lo parezca, has sido de mucha ayuda.

— No quiero hablar nunca más de lo que acaba de pasar — le pidió — . Y prométeme que nunca me vas a volver a pedir algo así.

— Te lo prometo — respondió muy seria.

Después se abrazaron escuetamente y María salió de su despacho, dejándola sola y con mucho en lo que pensar. Admiraba a Abril por haber sido capaz de encontrar lo que unía a las dos víctimas. Se frotó los ojos preocupada. Aunque habían podido confirmar que ambas víctimas habían estado embarazadas y eso podía ser lo que las unía, la identidad de su asesino permanecía oculta. Si la teoría de Abril era cierta y ambas se habían cruzado con el mismo hombre, que las obligó a abortar y después las mató, ¿por qué esperó dos años en el caso de Natalia? Algo no encajaba, aunque presentía que iban bien encaminadas. Aún le daba vueltas cuando apagó las luces y salió del despacho.

24

ABRIL

Jueves 16, cuatro días después del Arde Lucus, 16:19h.

Aparqué frente a la estación de autobuses y me despedí de Luis en la puerta de su hotel. Se había nublado, el cielo había sufrido el proceso inverso al de mi mente, que ahora estaba despejada. La falta de luz me abatió. Pese a los avances de los últimos días, aún quedaba mucho por entender y sobre todo quedaba descubrir quién se escondía tras la ya famosa Niebla. Creía firmemente que se trataba del amante de Ástrid, que de hecho se comportaba como la niebla, ya que parecía haber desaparecido de la faz de la tierra junto con ella. Marcos no sabía que su mujer mantenía una relación con otra persona, pero los testimonios de su primo y sus amigos lo confirmaban, pese a que no sabían describirlo ni conocían su identidad. También encajaba con el cambio de actitud de Ástrid y la apatía que describía Marcos en su relación hasta justo después de perder el bebé. Además, el aborto se había producido justo un día que ella se había cogido libre. Eso daba fuerza a la hipótesis de que no había sido una pérdida repentina, pero debía confirmarlo. Quedaban otras muchas preguntas por resolver. ¿Su amante la habría obligado a tomar esa decisión? ¿Si lo hizo, por qué la mató después? Tenía que investigar en esa dirección, descubrir qué movía al asesino y desentrañar el misterio de su vinculación con Natalia. Tenía claro que ambos casos estaban estrechamente relacionados, pero la conexión del asesino con Natalia no estaba nada clara y me planteaba mil dudas.

Al pasar por la estación me fijé en los autobuses Arriva que llegaban y en las personas que esperaban en las dársenas para subir a los que estaban estacionados. Siempre había gente cargada de maletas y bolsas entrando y saliendo de la estación. Era la vía más popular para salir de la ciudad sin coche. Cómo no iba a serlo, si Lugo está

aislada del resto de ciudades gallegas por lo que al tren respecta. La estación de autobuses era antigua, más propia de mediados del siglo anterior que del presente. El techo de las dársenas estaba agujereado y el agua caía sobre las cabezas de los que esperaban el autobús a cubierto, la estructura que lo sujetaba estaba corroída por la humedad y los carteles con indicaciones que se leían en las paredes no habían sido reemplazados en varias décadas. Precisamente por eso querían demoler la estación y trasladarla a la zona de la del tren, uniendo ambos transportes. Miré el edificio con lástima, le había dado mucho uso en mi juventud. Recordé mi época de universidad, cuando llegaba con una bolsa para pasar el fin de semana con los abuelos sabiendo que primero iba a encontrarme con Carlos en Becerreá, donde hacía parada. La bolsa era casi más grande que yo, pero la emoción me hacía cargarla sin notar apenas el peso. Volvió la punzada de ansiedad que se había ausentado durante toda la mañana y seguí andando intentando sofocar la pena que me provocaba saber que ningún autobús podría ya llevarme hasta él.

Andaba distraída, concentrada en aniquilar esa amargura que desde hacía veinte años campaba dentro de mí a sus anchas y por eso no me di cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Se me pasó por alto el coche de Martín, aparcado delante de casa y que habría reconocido fácilmente de haberle echado un vistazo. Se trataba de un coche de alta gama que la policía había incautado después de desarticular una banda que vendía droga y que los agentes usaban de paisano para investigar. Hasta que no fue tarde tampoco vi la incipiente calva de Martín, que me esperaba en el portal de brazos cruzados y con gesto serio. No me preguntó de dónde venía, hubiera sido definitivo para cerrarle la puerta en las narices. Tampoco yo le pregunté qué hacía en mi portal. Nos limitamos a saludarnos con un golpe de cabeza y entrar en el ascensor en silencio. Carraspeé y saqué el móvil para comprobar si Ina me había escrito con alguna novedad. Silencio absoluto en el móvil y en ese cubículo sofocante. Al llegar a mi planta lo invité a pasar sin demasiada ceremonia. Su presencia en ese momento significaba únicamente un incordio. Al entrar en el piso fui directamente al sofá, desde donde esperé a que empezara la tormenta. Como no se decidía, me impacienté.

— Tú dirás — rompí el hielo.

— Ya eres mayorcita para hacer estas cosas, ¿no crees?

— También lo eres tú para tomártelo con deportividad — espeté.

— ¿Con deportividad? — ironizó abriendo los brazos— . ¿Me puedes explicar qué ha pasado para que hayas desaparecido de esta manera?

— Nada, solo es que no quiero seguir viéndote.

— Tendrás que esforzarte un poco más, porque menuda explicación…

— No hay nada más que decir. Me ha gustado el tiempo que hemos pasado juntos, pero se tiene que acabar.

— ¿Por qué? — susurró sin aliento.

— ¿Por qué te importa tanto?

— Tú me importas — confesó frotándose los ojos.

— ¡Tú a mí no! — mentí con la mirada fija en el suelo.

Con parsimonia, fue hasta la cocina y se sirvió un vaso de agua del grifo que desparramó sin querer por el mármol. Le temblaba la mano sin control. Me acerqué para intentar calmarlo. Sí que me importaba y no quería que sufriera por mi culpa. Cuando mis dedos ya acariciaban el vaso, lo dejó caer. Furiosa, lo aparté de un empujón y me puse a recoger los cristales del suelo de la cocina.

— Mira, así me has dejado tú — dijo señalando el vaso hecho añicos. Me sonó a la frase que habría dicho el adolescente protagonista de una novela de amor.

— No seas ridículo — le respondí concentrada en recoger los cristales sin cortarme— . Ya tenemos una edad para montar estos numeritos.

— No vamos a hablar de quién es más ridículo, cuando has sido tú

la que me has hecho jostin.

— ¡Se dice ghosting! — le grité cada vez más enfadada — . No sé para qué te esfuerzas, ya te he dicho que hemos terminado.

— Porque las cosas no se hacen así, joder — gritó fuera de sí antes de estampar el puño contra la pared. La furia le desfiguró la cara y me asusté. Reconocí a mi padre en su rostro y reaccioné apartándome bruscamente.

— Vete de mi casa ahora mismo — le respondí indicándole el camino con el índice.

No se movió y volví a insistir. En vez de marcharse, se sentó en el sofá con las manos en la cabeza, llorando. Se disculpó durante un buen rato, se justificó, dijo que tenía mucha presión encima y que no podía comprenderlo.

— No es solo por el trabajo. Tengo mucha responsabilidad encima — sollozó.

Yo había puesto una barrera entre nosotros y sus palabras no hacían más que estrellarse contra ella. Ninguna consiguió atravesarla y llegar hasta mí. El golpe en la pared me confirmó que había tomado la decisión correcta. Vi que le sangraban los nudillos a través de heridas recientes que aún estaban en carne viva. Me pregunté con quién se habría pegado o qué mueble habría destrozado. Esperaba que no fuera por mi culpa. Ese hombre al que ahora no conseguía mirar sin notar aprensión, sin embargo, todavía me importaba. Pese a eso, no cedí. Hasta que se levantó del sofá y se acercó a mí.

— ¿Puedo darte un abrazo?

Me aparté ligeramente y no hizo falta más para que entendiera mi respuesta. La mano que había alargado hacia mí en un gesto íntimo que me solía reconfortar se quedó colgando en el aire hasta que la retiró. No apartamos la vista el uno del otro. Pese al enfado, entre nosotros crecía una tensión sexual extraña, que surgía incluso en los momentos donde lo único que deseaba era tenerlo lejos. Volvió a intentar un acercamiento, acariciándome la mano con suavidad. Un paso y le habría vuelto a acoger en mi cama pese que minutos antes

lo único que sentía por él era miedo. Sabía que no podía querer a un hombre así ni repetir los patrones familiares de los que tanto me habían advertido los abuelos. Además, era lo contrario a Carlos, era violento fuera del sitio donde me gustaba que lo fuera. Pese a todo no podía apartarlo. Había algo, un lazo entre los dos, que nos mantenía unidos. Notaba que estaba a punto de ceder. La muralla entre ambos solo había resistido unos minutos las acometidas de sus palabras y se estaba resquebrajando a gran velocidad. El sonido estridente de su móvil rompió la magia justo antes de que me decidiera a alargar la mano hacia su barba oscura y lo olvidara todo. Me pidió perdón y descolgó. Se distanció unos metros para hablar, por lo que imaginé que llamaban de comisaría. También me pusieron en la pista sus gestos nerviosos, la mano rascándose la nuca y el sudor que de repente perlaba su frente. Susurró algo que no alcancé a oír y colgó.

— Tengo que irme. Parece que tenemos algo.

— Lo entiendo.

— ¿Puedo volver después?

— Venga, ve, que te esperan — dije aliviada por haber salido indemne de ese momento de debilidad.

Se marchó de casa arrastrando los pies. Parecía que lo llevaran al patíbulo. Me asomé a la ventana hasta verlo salir, esperé un minuto, cogí las llaves y salí tras él.

25

ABRIL

Jueves 16, cuatro días después del Arde Lucus, 20:00h.

Esperé más de dos horas escondida entre dos edificios cercanos a la comisaría a que saliera alguien. Aún no tenía noticias de Marina. Empezaba a hacer frío. Para calentarme, me frotaba las manos con fuerza y para calmarme me mordía las uñas y encendía un cigarro tras otro. No perdía de vista la entrada de la comisaría, aunque solo entraban y salían policías que acababan su turno y personas que habían ido a interponer una denuncia. A cada minuto, me impacientaba más; llegué a pensar que no sacaría nada de esa guardia. De hecho, temí que del edificio saliera Martín y me descubriera escondida cerca de los contenedores. No hubiera sabido qué inventarme. Por suerte, pasaron los minutos y no hubo rastro alguno de él. En un momento dado, saqué la libreta de notas. Al menos podía trabajar en mis hipótesis con toda la nueva información que me había dado Luis. En eso estaba cuando una voz a mi espalda me sobresaltó.

— Abril, ¿estás bien? ¿Qué haces ahí?

La propietaria de esa voz era Marta, una mujer delgada, de facciones afiladas, que había conocido en lo que parecía otra vida. Hacía mucho que no la veía, pero conservaba el mismo aspecto elegante de siempre. Llevaba una gabardina de color beige, un bolso caro, unas botas infinitas y una bolsa de basura apestosa que se disponía a tirar cuando me vio. Se acercó a mí y me dio dos besos mientras insistía en saber qué hacía ahí parada escribiendo en un bloc de notas.

— Tomo apuntes para una nueva novela — le expliqué sin mucho detalle.

— ¿Puedo salir? Escribe sobre mí, no sabes la ilusión que me haría — suplicó poniendo morritos y sin interesarse por el contenido del libro ni por cómo me iba la vida.

— Encontraré la manera de que tengas un personaje — le prometí.

— Perfecto, cari — dijo acercándose para tirar la bolsa que se esforzaba por mantener apartada de su lujosa ropa— . Bueno, me ha gustado verte, pero te dejo porque va a venir Miguel a recogerme y mira qué pintas llevo. Ya hablamos, avísame cuando salga la novela.

Nos dimos dos besos y la vi alejarse con paso renqueante. Lo agradecí, ya no teníamos nada sincero que decirnos. De adolescentes, cuando estábamos en el equipo de rítmica, nos llevábamos muy bien. Era una chica divertida, atenta y nuestra relación fue muy estrecha durante unos años. Salíamos mucho juntas, quemábamos la línea telefónica cada noche de tanto usarla y los fines de semana quedábamos en el gimnasio para que me diera clases particulares. Sin duda, era la mejor del equipo. Sus piruetas aún se recuerdan en nuestro club, incluso hay una vitrina dedicada a los trofeos que ganó y álbumes enteros de fotos donde la protagonista siempre era ella. Los entrenadores se la rifaban, venían de toda Galicia a intentar ficharla, pero ella siempre declinaba las ofertas. Decía que le gustaba su vida tal y como era. Continuó en nuestro modesto club ganando cada competición, pulverizando todos los récords, practicando para poder dar el gran salto que le permitiera llegar a las olimpiadas. Era su sueño desde niña y tenía las cualidades para cumplirlo.

Lo que no tuvo fue suerte. Con diecisiete años, cuando por fin iba a fichar por un gran club que le daría el último empujón para conseguir su meta, un salto le arruinó la vida. Un sábado lluvioso de mayo nos encontramos en el vestuario y cuchicheamos sobre su nuevo novio, que ese día iba a estar sentado en la grada para ver el espectáculo. Verla era una verdadera delicia que nadie se quería perder. Todo el que la había visto repetía. Se movía como un ángel por el tapete y mientras saltaba parecía que tenía alas para sostenerse en el aire, siempre elegante. El entrenador se acercó a ella y le puso una mano sobre el hombro. Le recordó que ese era su gran día, para el que tanto se había estado preparando. Pero lo que

tenía que ser su momento más feliz se convirtió en una pesadilla. Cuando saltó al tapete para su solo, todo parecía normal. Los primeros movimientos fueron perfectos. El jurado asentía con la cabeza, el público la contemplaba maravillado. Yo la miraba desde mi asiento, completamente emocionada por la cadencia segura de sus pasos, que parecían detener el tiempo. Todo iba bien hasta que, en un salto, la cinta se le enredó entre las piernas y la desestabilizó. Al caer al suelo, su imagen angelical se rompió. El crujido resonó por el gimnasio, aún lo recuerdo. Le acompañó un grito y el golpe seco de su cuerpo al caer al suelo. Cuando nos acercamos tenía la pierna derecha doblada y de la carne sobresalían la tibia y el peroné. No hacía falta ser médico para dar un diagnóstico. Se había roto la pierna y el alma. No volvería a ser la misma.

La sacaron del gimnasio en camilla mientras chillaba. Después la llevaron al hospital en ambulancia y la operaron de urgencia. Cuando me avisaron de que podía entrar a verla, todo había cambiado. No me dirigió la palabra hasta un buen rato después, y lo hizo solo para atacarme. Me recriminó que siempre le hubiera tenido envidia, me preguntó si estaba contenta con lo que le había pasado. Aguanté sus embestidas durante un buen rato hasta que me cansé. Me despedí de ella y me marché con los ojos llenos de lágrimas, segura de que nunca iba a volver a ver a mi amiga. La había sustituido una mujer despiadada. La Marta que nació ese día era totalmente distinta. Se volvió insufrible. Adoptó una personalidad completamente contraria. Lo único que hacía era comprar ropa cara, presumir del coche que le habían comprado sus padres para consolarla y salir de fiesta con futbolistas que, en sus buenos tiempos, no hacía más que rechazar. Miraba a todo el mundo por encima del hombro y empezó a usar la palabra 'cariño' como un arma. "Cariño, ¿con esas pintas quién te crees que te va a querer?", "Cariño, ya aprenderás lo que es la vida", "Cariño, ya no puedo salir contigo, ¿no ves que somos muy distintas?". Cariño, cariño, cariño. Nos distanciamos. Cambiaba de acera o de calle cada vez que la veía acercarse con la cojera que la vida le había dejado como recuerdo de aquel fatídico día. Al cabo de unos años supe que se había casado con un rico empresario en una boda con más de mil invitados. Ahora era influencer y sacaba partido incluso de su cojera. Vendía pena en las redes sociales y toda la ciudad se la compraba encantada.

Pensaba en todo esto cuando vi salir a una chica de aspecto frágil

de la comisaría. Andaba muy rápido, como queriendo huir de ese lugar, y por el movimiento de los hombros supe que lloraba. Tenía una edad parecida a la de Natalia y Ástrid, era muy delgada pero tenía el vientre algo abultado y nada más salir del edificio se detuvo a vomitar. No me pasó desapercibido el gesto que hizo justo después: se llevó la mano a la barriga y la acarició. Deduje que aquella mujer había sido la razón de la marcha precipitada de Martín. Por eso decidí seguirla. Cada vez estaba más cerca de ella, pero no se percató de mi presencia hasta que conseguí interceptarla antes de que subiera a un coche rojo idéntico al mío. Cuando le toqué la espalda para llamarle la atención chilló y pegó un salto hacia atrás. Sudando y aterrorizada, me suplicó que no le hiciera nada. Tenía chorretones de rímel por la cara pálida y los ojos inyectados en sangre.

— ¿Estás bien? No te preocupes, solo quiero hablar contigo — le dije lentamente para que me entendiera bien.

— ¿Sobre qué?

— Las víctimas de la Niebla.

— ¿Pero quién eres? — respondió mientras me apartaba de un empujón para poder subir al coche— . Ya lo he contado todo, no tengo nada más que decir.

— Por favor, no te vayas. Es muy importante que hablemos. Si tienes información sobre las víctimas tienes que contármela — dije alargando el brazo hacia ella para tranquilizarla.

Se lo sacudió de encima con violencia y me miró fijamente. Me escrutó durante unos segundos. Después, preguntó:

— ¿Eres policía? No lo entiendo, lo acabo de explicar todo ahora mismo — tenía la voz rota y le temblaban las manos cuando abrió la puerta dispuesta a marcharse.

— No soy policía, pero también estoy investigando y me gustaría que me ayudaras. Soy amiga de la pareja de una de las víctimas, y solo quiero encontrar al responsable para que no le haga daño a nadie más. Si tienes algo que ver con el caso necesito que me

ayudes — rogué.

— No tengo nada que decirte, ya he hablado con la policía. He hecho todo lo que tenía que hacer — se dejó caer en el asiento— . No quiero saber nada más de todo esto, solo quiero olvidarlo — puso la llave en el contacto y respiró profundamente para calmar sus nervios.

— Si me ayudas podemos evitar que haya más víctimas. Te invito a un café, tengo un hombro sobre el que llorar — supliqué.

— Apártate, tengo que marcharme — exigió mientras arrancaba el coche.

Me mantuve unos segundos más cerca de ella, impidiéndole cerrar la puerta. Por su mirada supe que no iba a sacarle nada, por lo que arranqué una hoja de la libreta y anoté mis datos.

— Soy Abril. Si te apetece hablar conmigo, estaré esperando tu llamada y te escucharé de corazón. ¿Puedo al menos saber tu nombre?

Dudó.

— Antía. Ahora, ¿puedes apartarte para que pueda marcharme?

Asentí y le tendí el trozo de papel donde había anotado mi nombre y mi teléfono. Le volví a suplicar que me llamara, la presioné pese a la fragilidad que mostraba. Para mi alivio dejó la nota en el asiento del copiloto en vez de tirarla por la ventanilla.

— Es muy importante. La vida de más mujeres está en juego.

Cuando por fin me aparté, se marchó a toda velocidad por la avenida.

26

ANTÍA

Viernes 17, cinco días después del final del

Arde Lucus, 21:30h

El trayecto desde Lugo se le hizo largo. Parecía que habían estirado los kilómetros para que fueran más largos y se viera obligada a pensar. El dolor en la mano derecha no cesaba por más medicamentos que tomara para aliviarlo. Tenía la muñeca rota, pero no quería ir al médico. Sacó de la guantera un ibuprofeno y se lo tragó con un sorbo de agua caliente por el sol. Le inquietaba la mujer que la había abordado a la salida de la comisaría. ¿Por qué investigaba los asesinatos si no era policía? Miró de reojo la nota con su número de teléfono, una dirección donde encontrarla y su nombre completo. No sabía por qué lo había guardado, no iba a llamarla. ¿Para qué? Ya había hecho lo que debía. Había conducido hasta Lugo solo para hablar directamente con los responsables de la investigación, cuando le hubiera sido más sencillo acercarse a cualquier comisaría de su ciudad. Ahora tenía que intentar olvidarlo, sacudirse el miedo que aún llevaba a cuestas y empezar de nuevo su vida. Organizarla un poco, al menos, aunque pronto todo volviera a cambiar. De un manotazo, quitó la hoja de su vista.

Para distraerse tarareaba las canciones que sonaban en la radio, pero no prestaba atención a las letras. Seguía dándole vueltas a la escena con esa mujer. Abril, le había dicho que se llamaba, un nombre curioso. No comprendía por qué le había respondido con la verdad cuando le había preguntado por su nombre. «Le has dicho tu nombre a una loca», se reprochaba una y otra vez. Pero en el fondo no creía que lo estuviera. Tenía un sentido arácnido para eso. Calaba a las personas enseguida y esa mujer no le había parecido peligrosa. Aun así, no iba a llamarla, era la policía quién debía

encargarse de encontrar al culpable. Tenía que pasar página y olvidar esa historia horrible como fuera.

Llamó a su novio para distraerse y amenizar el viaje.

— Hola. ¿Cómo va todo?

— Muy liado, la verdad, pero malo será que no consiga terminar esta noche.

— Yo llegaré sobre las once, ¿quieres que vaya a dormir a tu casa? — le preguntó, rezando para que dijera que sí. Lo cierto es que le daba miedo dormir sola y no tenía donde ir.

— Cariño, es que aún estoy en el despacho y tengo que terminar varias cosas. Mejor nos vemos mañana, ¿vale? Comemos juntos.

No le explicó lo que había sucedido la noche anterior ni dio detalles sobre lo que había ido a hacer a Lugo. Le mintió, como había hecho esa mañana con su madre, cuando notándola alterada le había preguntado si le ocurría algo. La versión que iba a explicarle a todo el que le preguntara era que había ido a visitar a una amiga al hospital y estaba muy preocupada por su estado. Rezaba porque no se filtrara su nombre a la prensa y se viera obligada a dar explicaciones que no le apetecían. Lo único que quería era olvidarlo todo. Estaba empeñada en dejar atrás esa pesadilla y le frustraba no conseguirlo, sentir miedo en su propia casa. Como estaba aterrorizada y no había nadie en su piso, llamó a su mejor amigo para preguntarle si podía pasar la noche con él. Resultó que Anxo estaba en Estocolmo, pero no tenía problema en que pasara la noche en su casa. Al menos tendría la compañía de su gato. La excusa que le contó fue que había tenido una fuga de agua y el piso estaba inundado. Anxo se lo tragó sin problema y se dirigió hacia allí. Tenía las llaves de repuesto del piso de su mejor amigo en el bolso desde hacía años, pero hasta entonces nunca había tenido que usarlas.

Milagrosamente, encontró un hueco para aparcar justo delante del piso. Una vez dentro, encendió todas las luces, una a una. Se quedó un rato en la puerta temiendo que hubiera alguien también allí, pero el silencio le reveló que el piso estaba vacío. Se visualizó

entonces avanzando por el pasillo de su casa, tambaleándose con su asesino pisándole los talones. Se dio la vuelta hacia la puerta y se apoyó en ella. En su cabeza se repetían las escenas de la noche anterior. Pasó de largo por el pequeño y desordenado salón de Anxo y se tiró sobre su cama, donde dormitaba su mascota. Se puso a llorar hecha un ovillo y el gato se acercó a ella con curiosidad. Lo acarició mientras sollozaba. Se sentía desgraciada, sola, asustada por cada sombra, por cada ruido. Se adormiló un rato después, pero su sueño fue ligero, lleno de pesadillas. Tuvo tanto miedo que decidió no volver a dormir y montar guardia por si el atacante la había seguido hasta allí y quería terminar el trabajo. Pensó que tendría que cambiarse de piso para poder volver a sentirse segura. Después de un rato mirando el móvil para ahuyentar al sueño, el rugido de su estómago la obligó a levantarse y buscar algo para comer en la nevera de Anxo, que resultó estar vacía. No había probado bocado desde la noche anterior.

El día había sido largo y duro. Cuando el asaltante se fue, se quedó tendida en el suelo durante horas. No asimilaba lo que había ocurrido y estaba tan agarrotada por el miedo que no consiguió levantarse. Había faltado al trabajo y el móvil daba muestra de ello. Tenía mensajes de sus compañeras, de su jefa, decenas de correos electrónicos pendientes, llamadas perdidas de sus clientes… pero no pudo reunir fuerzas para contestar. Solo lo hizo cuando el móvil mostró el nombre de su madre. Quiso escuchar su voz para domar el miedo que aún sentía en el estómago. Después, se arrepintió. No se sentía lista para contarlo, no quería que la vieran como a una víctima. Se deshizo como pudo de su madre e intentó comer algo. Vomitó. No supo si era por el embarazo o por haber estado a las puertas de la muerte. Entonces recordó algo de la noche anterior y se precipitó al baño, donde el suelo aún estaba cubierto de cristales, para comprobarlo. Pero no, aquella bola de lana ya no estaba allí, se la había llevado la Niebla. Aun así, le dolían sus partes íntimas y ese ardor la hizo estallar de nuevo en llanto. ¿Por qué no la había matado? ¿Moriría otra mujer porque ella se había salvado?

Fueron precisamente estas preguntas las que la impulsaron a asearse como pudo en el fregadero de la cocina -el baño estaba intransitable y no tenía fuerzas para recogerlo-, vestirse y salir de casa precipitadamente. Condujo en piloto automático hasta Lugo. A

la entrada del edificio de la Policía Nacional se cruzó con un enjambre de periodistas que la avasallaron a preguntas. Los esquivó como pudo y en la recepción pidió hablar con los agentes que trabajaban en el caso de la Niebla. Veinte policías levantaron la cabeza al instante y se la quedaron mirando. Uno de ellos la invitó muy amablemente a seguirle hasta una pequeña sala al final de un pasillo. Enseguida llegó el investigador jefe del caso, que la invitó a hablar. Las cuatro horas siguientes les explicó todo lo sucedido en la peor noche de su vida. Le pidieron que los acompañara al hospital para tomarle unas muestras, quizá encontrarían ADN del atacante debajo de sus uñas o en sus heridas. Se negó, no quería que ningún extraño husmeara más en su cuerpo. Ya se sentía suficientemente violada. Además, les dijo, se había duchado esa mañana. Las caras de los agentes que escuchaban su declaración se tensaron en una mueca, pero consiguieron mantener el tono amable con el que se le habían dirigido en todo momento. Insistieron en que al menos debía verla un médico para corroborar que las heridas no eran graves y el bebé estaba bien. Les prometió que iría al hospital por su propio pie al salir de la comisaría y declinó el coche que le ofrecieron para llevarla y devolverla a la ciudad. Mentía. Al salir estaba tan cansada que corrió hacia su coche para salir de esa ciudad maldita y refugiarse en casa de Óscar. Acabó siendo la de Anxo, donde ahora contemplaba una nevera tan vacía como se sentía ella por dentro.

— Estaremos bien, pequeñín — dijo en voz alta como una especie de mantra.

No quiso bajar a comprar nada y mucho menos pedir comida a domicilio. No le abriría la puerta a nadie, eso lo tenía claro. Cogió un par de chicles de fresa de la mesita de noche de Anxo para engañar al estómago. No se encontraba demasiado bien. Se dio una ducha y, como no tenía ropa limpia, cogió alguna prestada de su amigo. El agua no diluyó sus nervios, pero no supo a quién llamar para calmarse. Se sintió sola pese a que eran tres en ese piso. Tumbada en la cama, limpia y calentita, el carrusel de imágenes que cruzaban su mente continuó danzando. Para evitar la angustia de revivir el terror de la noche anterior, en la que estuvo convencida de que iba a morir, reprodujo en su mente la imagen de la mujer extraña que la había seguido hasta el coche. Si era amiga de la pareja de una de las víctimas como le había dicho, era menos

extraño que estuviera empeñada en resolver los crímenes. Pero no se fiaba, quizás era periodista y la había engañado para obtener una exclusiva.

Aburrida, alargó el brazo hacia el móvil y leyó la prensa. No se hablaba de nada más que de las víctimas de la Niebla. En El Progreso encontró dos perfiles, uno para cada chica. Los leyó con lágrimas en los ojos. Se imaginó un tercero para ella, ¿qué contarían? Pensó que aún tenía muchas cosas que hacer en su vida y por primera vez se sintió agraciada por la clemencia de su agresor. Tenía que ser la misma persona, había actuado igual. La única diferencia era que con ella había ido más allá, se había atrevido a entrar en su casa y había esperado pacientemente a que se despertara para matarla. Las caras de esas chicas, que la miraban desde la pantalla de su viejo Iphone, le suplicaron que hiciera todo lo posible para que encontraran a su verdugo.

Habían dado las tres de la mañana cuando se decidió a llamarla. ¿Qué podía perder? Quizá sería más fácil desahogarse con una desconocida. Temió que no cogiera el teléfono a esas horas de la madrugada, pero al segundo tono descolgó. Durante unos segundos, Antía no dijo nada, intentaba controlar los latidos desbocados de su corazón.

— ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Antía?

— Sí, soy yo — consiguió decir.

— Me alegra mucho que me llames. ¿Va todo bien?

— Mañana tengo un rato para hablar. Sobre las diez en la playa de Riazor — dijo tragando saliva— . Ahora debo colgar.

— Allí estaré, muchas gracias por la oportunidad.

— He dudado mucho.

Colgó y se sintió aliviada. Cada vez que le contaba a alguien la historia, la mochila que llevaba a la espalda perdía peso. Se durmió deseando que hablar con esa mujer sirviera para evitar nuevas muertes. A las cinco de la mañana se despertó y anotó en una

libreta todos los detalles que recordaba. Esta vez no quería olvidarse de nada.

27

ABRIL

Madrugada del viernes 17, cinco días después

del Arde Lucus, 00:00h.

La preocupación no me dejaba dormir. ¿Me llamaría? Quizás le había parecido una loca o la había asustado. Tampoco me había llamado Martín. Estaba convencida de que volvería para intentar sellar la paz en la cama. Su silencio sí que me parecía extraño, aunque no me quitaba el sueño. A la una, cuando ya tenía los ojos cansados de repasar una y otra vez la información que llevaba días recabando, sonó el timbre. Me alivió comprobar que algún vecino había llamado para que lo arreglaran y el problema se había resuelto sin que tuviera que malgastar mi tiempo. Hice un esfuerzo por calmar las aguas y, pese a la pereza sobrehumana que me daba practicar sexo a esas horas, me levanté del sofá para abrirle la puerta. Me sorprendió oír la voz dulce de Marina al otro lado del interfono. Si venía a esas horas significaba que había descubierto algo importante. Nada más abrirle la puerta la abracé.

— No sabes lo contenta que estoy de verte.

— ¿Por interés te quiero Andrés, eh? — me reprochó con cariño.

— Ya sabes que no es verdad. Anda, pasa y me cuentas.

Nos instalamos en la mesa del comedor. Saqué el paquete de tabaco y encendí un cigarrillo que fumé con ansia. Marina rechazó el que le ofrecí con un gesto distraído. Tenía la vista clavada en el suelo de la cocina.

— ¿Por qué hay cristales por toda la cocina?

— ¿Dónde? He pasado la escoba antes, pero igual me he dejado algún trozo.

Me los señaló y le resumí la conversación que había mantenido con Martín. Omití que me había faltado poco para caer después del episodio del vaso. También le expliqué lo que había hecho después, seguirle sin que me viera y abordar en la calle a la pobre chica que acababa de declarar. Su cara fue mutando del asombro a la incredulidad, después a la preocupación, finalmente a la risa por cómo me había escondido junto a la basura para espiar sin ser vista.

— Hiciste bien en dejarlo. Menudo cabrón — saltó cuando le expliqué la escena del vaso roto— . Además, es tan tonto que no hace más que darte hilos de los que tirar y no se da ni cuenta.

— Por eso lo quiero tener cerca — mentí con la boca pequeña— . El caso es que no sé si Antía me va a llamar, creo que le he parecido una loca.

— Tendremos que esperar a ver. Aunque creo que llevabas razón y lo que las une son los embarazos. Si llama, estaremos un paso más cerca de resolverlo.

Me invadió la emoción y volví a abrazarla. Aquello iba tomando forma poco a poco, aunque aún estábamos muy lejos de descubrir a la Niebla. Pese a tener claro que el embarazo era lo que unía a las tres víctimas, no teníamos ni la más remota idea de quién era el asesino. Mi hipótesis sobre el amante de Ástrid perdía fuerza, era difícil pensar que el mismo hombre mantenía una relación con las tres. Esperé ansiosa a que Marina hablara. Antes de hacerlo bebió un sorbo de cerveza, se encendió un pitillo que fumó con calma y fue al baño. Me tuvo esperando un buen rato. Al volver, sonrió consciente de que ya no me quedaban uñas de tanta espera. Casi me abalancé sobre ella para que me contara de una vez qué había descubierto en el hospital.

— Es un poco largo.

— Más lo será si no empiezas a hablar ya. Venga, canta — le urgí.

— Fue un día de mucho trabajo. En realidad todos son así, ya sabes,

por la falta de personal y de recursos. Me pasé casi todo el turno dando vueltas, preparando la medicación, atendiendo a los pacientes…

— Ina, al grano — me impacienté ante su parloteo.

— Oye, es mi historia y la cuento como quiero. Pues eso, que estaba muy cansada, tanto que cuando acabó el turno me fui. No me acordé de mirar nada.

— ¡Cómo puedes ser tan despistada! — la reprendí.

— Déjame acabar. Al llegar al vestidor me acordé. Dudé mucho, pero acabé pensando en la culpabilidad que sentiría si aparecía muerta otra chica más. Volví y me las arreglé para convencer a María, mi excompañera de piso y jefa de ginecología, para que me hablara de Natalia.

— ¡Pero tenía que ser un secreto! — me quejé. Pero la curiosidad pudo más y la animé a seguir hablando— ¿Y qué te contó?

— Me confirmó que llevabas razón.

— ¿Natalia estuvo embarazada?

— Parece que el hombre del que te hablaron Lucía y Luis sí que la violó. Estuvo en urgencias por una agresión sexual, la atendió María. No tengo más información sobre eso, ha sido complicado hacerla hablar, pero más tarde volvió a la consulta de ginecología, ya embarazada.

— Nadie tenía que saber que estamos investigando los casos. ¿Y si nos delata?

— Era la única manera de obtener la información. Solo el personal sanitario que atiende al paciente tiene acceso a su historial. Era María o nada — se defendió.

— Está bien. ¿Y te pudo confirmar el aborto?

— Ha dicho que no llevó el embarazo a término. No tuvo al bebé, así que supongo que sí.

— Tanto eso como la agresión explican que pasara por una muy mala época. Tuvo que ser duro tomar la decisión de abortar.

— También explica por qué su abuela cree que se lo ha buscado — añadió.

— Te violan, abortas, y encima tienes tu la culpa de que un chiflado te mate. ¡Es de locos!

— Creo que eso es lo que une a las víctimas. Ástrid también tuvo un aborto, te lo dijo su propio prometido. No sabemos si fue natural o decidió que no quería un hijo, pero sea como sea, ese es el nexo — apuntó Marina— . Igual deberíamos decírselo a la policía.

— Ni hablar, se lo diremos cuando encontremos al asesino.

Se hizo un momento de silencio. Marina me miraba como si me hubiera vuelto loca, yo interiorizaba todo lo que me acababa de contar. Necesitábamos que Antía llamara, era la única que había visto al asesino y había salido con vida.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? — preguntó nerviosa.

— Tú nada, ya te has expuesto bastante. Hay que ir con cuidado, esperemos que María no diga nada. De momento, esperaré a ver si Antía me llama. Si no lo hace no tengo muy claro cómo podré seguir avanzando, pero ya se nos ocurrirá algo.

— Abril, creo que deberíamos hablar con la policía y apartarnos.

— ¿Y cómo ibas a explicar que tu amiga ha cantado como un pajarito? La meterías en problemas. Además, he llegado hasta aquí y no voy a parar ahora. Voy a encontrar al asesino y a escribir una novela.

Justo en ese momento, ya cerca de las tres de la madrugada, mi móvil vibró sobre la mesa, donde lo había dejado apartado mientras me centraba en las pesquisas de Marina. Había conseguido más información con una simple conversación en el hospital de la que yo había reunido en cinco días de investigación. No tenía registrado el número y era muy extraño que alguien llamara a esas horas. Lo cogí sin dudar. Al otro lado de la línea solo se oía una respiración

entrecortada. Supe que era ella.

— ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Antía? — pregunté pese a estar prácticamente segura.

— Sí, soy yo.

— Me alegra mucho que me llames. ¿Va todo bien?

— Mañana tengo un rato para hablar. Sobre las diez en la playa de Riazor. Ahora debo colgar.

— Allí estaré, muchas gracias por la oportunidad.

— He dudado mucho.

Al terminar la llamada no pude disimular la alegría. Marina se ofreció a acompañarme a A Coruña, pero la convencí de que Antía estaba frágil y no convenía asustarla más. Acabó aceptando y preparamos minuciosamente las preguntas que necesitaba hacerle. Nos dieron las cinco de la mañana. Cuando me acosté mirando el techo de mi habitación, sonreí. Estábamos cerca. Sentía la adrenalina inundando cada parte de mi cuerpo que había estado aletargada durante los últimos veinte años. El despertador sonó solo una hora después. Me desplacé al sofá y encendí el ordenador. Tecleé con furia, mi escritura volvía a ser trepidante, rebosaba vida. La búsqueda de la Niebla estaba siendo también una lucha contra mis propios traumas, y por primera vez sentía que algo de luz llegaba hasta mí. Feliz como en el tiempo en el que escribía la novela que me había dado éxito, cuando levanté la cabeza eran más de las siete. Habíamos quedado a las diez en Coruña, aún tenía tiempo. Me arreglé para salir y bajé a la calle.

Me dirigí al bar de Ástrid con la esperanza de encontrar allí a Marcos, pero me topé con Martín. Él no me vio. Charlaba con una mujer de pelo oscuro mientras tomaban un café. Ella me daba la espalda. Su baja estatura y su delgadez no impedían que su cuerpo fuera fuerte. Se le marcaban los músculos bajo la camiseta estrecha, especialmente cuando se movía. Al dejar la taza de café, cogió la mano de Martín y se la estrechó con fuerza. Fue un gesto íntimo, fugaz, familiar. Él le sonrió cómplice. No quise ver más, tenía cosas

más importantes que hacer antes que contemplar cómo Martín ligaba con otras mujeres. Cambié de acera y corrí unos metros hasta salir de su ángulo de visión.

Al llegar al bar, Marcos no estaba allí, pero su primo, el camarero, me dijo que podía encontrarlo en casa. Hacía días que no salía de su piso, obsesionado con repasar una y otra vez el último día de Ástrid. Me despedí para ir a su encuentro dejando una generosa propina. Mi cuenta aún temblaba, pero estaba convencida de que en pocos meses el petardazo de mi novela lo iba a cambiar todo. Se me antojaba imposible que un libro sobre el caso del que todo el mundo hablaba no se convirtiera en un éxito de ventas. Al salir llamé a Marcos para avisarle de mi llegada.

— Tengo novedades muy importantes — le dije nada más escucharlo al otro lado de la línea.

— Yo también he encontrado algo.

— Dime.

— Prefiero que vengas a casa. Es urgente.

— Precisamente te llamaba porque estoy de camino.

Recorrí las calles de Lugo a toda prisa hasta llegar a su portal. A esa hora, la humedad y la niebla que cubrían los antiguos edificios de una ciudad que aún no acababa de abrirse al mundo habían espantado a los periodistas. Los imaginaba esperando a que escampara para poder continuar con su guardia sin congelarse los pies. Al llegar frente al edificio, la niebla era tan densa que apenas veía a cinco metros de distancia. La calle estaba impregnada del olor a tierra mojada, mi fragancia favorita y la que más me recordaba a los abuelos y el pueblo. Pulsé el timbre y al oír el zumbido de la puerta la empujé con todo el cuerpo, dejando mi figura estampada sobre la humedad que empañaba el cristal. Subí hasta el ático, donde ya me esperaba Marcos. Me recibió con el gato en brazos.

— Gracias a Hércules he descubierto quién era de verdad Ástrid.

— ¿Cómo? — pregunté extrañada. El hombre enamorado de hacía solo unos días ya no existía. No había marcas de llanto en su piel. Ya no tenía los ojos enrojecidos ni olía a alcohol. Ahora solo tenía el rostro crispado por la rabia y escupía insultos hacia la que habría sido su mujer.

— Me ha engañado todo este tiempo.

— Vamos, Marcos, no creo que eso sea verdad — dije sabiendo que era más que cierto.

Dejó caer al gato, que se marchó a toda velocidad, asustado por la transformación de su dueño. El semihombre de los días anteriores había recuperado las fuerzas y se presentaba ante mí preparado para una guerra contra un fantasma. Me hizo pasar al salón con un gesto severo. Empecé a hablar.

— He descubierto algo importante. Creo que sé por qué la mataron, aunque aún falta saber quién fue.

— Ya no me interesa. Toda nuestra historia ha sido una mentira.

— Marcos, tú la querías, ¡cómo no vas a querer saber lo que ha pasado!

— No quiero. Ahora sé que ella no me quería, me engañó durante años.

— ¿Pero qué ha pasado? ¿Cómo lo has descubierto? — pregunté.

Durante la siguiente media hora me explicó el terrible descubrimiento que había hecho el gato Hércules. Había sucedido la noche anterior. Mientras yo descubría que el aborto era la pieza clave del puzzle, él se había dado cuenta del engaño de su pareja. Estaba en el despacho, trabajando sobre la pizarra que le quitaba el sueño. Intentaba esclarecer cada uno de los pasos que había dado Ástrid ese fatídico sábado. Pensaba que así encontraría el motivo o incluso algún sospechoso. De repente, oyó un estruendo en la habitación contigua, la que compartían. Salió corriendo hacia allí. Había sido Hércules, que en uno de sus cada vez más complicados saltos, había tirado el joyero de la cómoda al suelo. Ante él

encontró anillos, collares, pulseras, relojes de Ástrid que le trajeron una nueva ola de recuerdos. En especial el anillo que resplandecía sobre la alfombra blanca a pocos centímetros de sus pies. Con esa sortija le había pedido que se casaran. Ástrid no lo llevaba encima porque decía que le molestaba en el trabajo, aunque durante un tiempo pensó que en realidad no quería que nada le recordara a la boda. Ella le convencía de lo contrario cuando, en la cama, le transmitía su inseguridad. Una lágrima volvió a rodar por su mejilla, pero frenó su recorrido de un manotazo. Estaba harto de la parálisis que le provocaba el llanto y del dolor de cabeza que traía consigo. Se agachó para volver a colocar las sortijas en el joyero. Al situar el primer collar se dio cuenta de que un papel sobresalía por la esquina derecha. Tiró de él y el doble fondo del joyero se abrió. Ahí, escondidas, descubrió una decena de cartas. Reconoció la letra de Ástrid en el dorso de cada uno de los sobres. Pensó que formaban parte de un diario personal, pero no se pudo resistir a leerlas. Lo hizo según el orden cronológico de las fechas marcadas en los sobres. Esperaba que hablaran de él. En cambio, lo que se encontró fue una carta escrita con letra masculina que al principio le pareció ilegible. Después lo entendió todo.

Mi vida,

Te hago llegar esta carta y este regalo para agradecerte que hayas aparecido en mi vida. Sé que la situación no es fácil para ti, pero el amor que tenemos se encuentra pocas veces en la vida. Mucha gente nunca conoce el amor de verdad, pero nosotros lo hemos encontrado. No habrá impedimento para que estemos juntos. Este fin de semana ha sido perfecto, espero que podamos compartir muchos más. Pronto podremos marcharnos juntos. Sé que le quieres, pero confío en que lo nuestro es mucho más fuerte y pronto serás libre para vivir nuestro amor.

Te estaré esperando toda la vida,

Adrián.

Temblando, le dio la vuelta a la carta para buscar la fecha. Sabía cuál era, pero quería confirmarla. Ahí estaba: 1 de abril de 2022. Ástrid se había ido de fin de semana con su mejor amiga, Raquel. Habían estado en Florencia. Lo recordaba porque era un destino al que siempre había querido viajar con ella, pero Raquel se le adelantó. O debería decir Adrián. Ástrid tenía un amante. Por eso actuaba de esa forma tan extraña. Había accedido a casarse, pero después lo retrasaba, se había quedado embarazada pero no podía quitarse la cara de susto desde que se enteró. Ahora entendía por qué. No iba a haber boda ni hijos, al menos no con él. Se sintió traicionado no solo por el hecho de que su novia, la que había pensado que era la mujer de su vida, estuviera con otro. Le dolía que, en las noches en las que le preguntaba si todo iba bien, no hubiera sido capaz de ser sincera. Ahora su recuerdo estaría siempre manchado por una traición que su muerte había hecho indeleble.

Sintió rabia por haber estado tan ciego. Ahí había cartas, fotografías, promesas. Ástrid vivía una doble vida que, además, le era muy cómoda. Apenas se veían, con esos turnos infernales de trabajo. Cuando él estaba fuera, ¿estaría ella acostándose con otro en su propia casa? Nunca iba a tener respuesta para ello y no poder cerrar la herida no hacía más que aumentar su rabia.

— Resulta que nuestra relación era un fraude — resumió.

— Lo siento mucho, Marcos, no sé ni qué decir.

— ¿Cómo voy a poder olvidarlo si no puedo recriminarle nada porque ya no está? — preguntó desesperado.

— Tendrás que trabajar para recordarla solo por lo bueno — dije apoyando la mano sobre su hombro.

— Eso es muy fácil de decir.

— Lo sé — dije mirando el reloj— . Tengo que irme, Marcos. Te

llamaré para contarte lo que descubra.

— No hace falta. Toma, esta es la última carta que le escribió. Dice que no sabe de quién era el bebé. — dijo tendiéndome un sobre.

No supe que responder, por lo que dije en voz alta lo que estaba pensando mientras acariciaba el sobre rosado que Marcos me acababa de entregar.

— Es extraño que usaran este medio para estar en contacto… ¿Quién escribe cartas hoy en día?

— Parece que Ástrid se lo pidió. Le parecía muy romántico y, además, era más seguro. Si no fuera por Hércules, nunca las hubiera encontrado.

Se hizo un silencio que rompí con un abrazo.

— Me voy. Gracias por tu ayuda — dije separándome de él.

— Gracias a ti por escucharme — respondió acompañándome hacia la salida.

Salí del piso a toda prisa. Llamé a Marina desde la calle, camino del coche. Eran las nueve y tenía que darme prisa si quería llegar a tiempo a mi cita con Antía. Lo cogió al séptimo tono, cuando estaba a punto de colgar.

— Oye, es demasiado pronto. Nos fuimos a dormir a las cinco — se quejó con voz ronca— . Más vale que sea importante.

— Ástrid tenía un amante, me lo acaba de confirmar Marcos. Un tal Adrián. Además, en una de las cartas que se escribían, ella le dice que no sabe si el bebé es suyo o de Marcos.

— ¡No me jodas! — gritó mientras se incorporaba en la cama y Pablo, que dormía a su lado, protestaba con un quejido— . Si estábamos en lo cierto con el amante, tal vez el asesino sea él y estamos cerca de resolverlo.

Antía tenía la pieza definitiva para encajar el puzle.

28

ABRIL

Viernes 17, cinco días después del Arde Lucus, 09:08h.

Conduje hasta la salida de Lugo a setenta kilómetros por hora. En la autopista me puse a ciento cuarenta. No había tiempo que perder. Iba a llegar tarde a la cita con Antía. La llamé para suplicarle que me esperara, pero no lo cogió. En ese mismo momento estaba saliendo de casa para coger un autobús que la dejara en la playa. Después supe que estuvo a punto de quedarse en casa. No estaba del todo convencida de que hablar conmigo fuese una buena idea. Por suerte, se presentó y me esperó más de diez minutos en la playa, a la que llegué a las diez y doce minutos.

A Coruña me agobiaba. Era una ciudad muy distinta, el tráfico era intenso, había atascos por todos lados y no dejaba de llover. No es que Lugo fuera una ciudad muy soleada, pero es que en Coruña el sirimiri era constante. Era una lluvia fina que parecía que no calaba hasta que te encontrabas pingando, con el bajo de los pantalones empapado y los huesos helados por la humedad. Ese 17 de junio, pese a estar a las puertas del verano, el día era frío. Un mar de nubes cubría el cielo y caían pequeñas gotas que se adherían al pelo sin descomponerse, como si fueran perlas. Nos encontramos en un banco cercano a la playa. Sin decir nada nos pusimos a andar hacia el mar.

— El olor del mar y el sonido de las olas siempre me tranquilizan —dijo mirando al horizonte— . Incluso en días grises como hoy.

— Es una ciudad preciosa — respondí sin saber qué decir.

Asintió. Seguimos paseando a la orilla del mar hasta que una ola rompió el hielo que había vuelto a formarse entre nosotras. Una de las embestidas del océano resultó ser más fuerte que las demás y

nos sorprendió muy cerca de la orilla. El resultado fue cómico, nos empapamos hasta la cintura. No nos importó demasiado, nos reímos un buen rato. Entre nosotras fue creciendo una sensación de bienestar que acabó de romper la barrera de silencio.

— Hoy no he podido pegar ojo — me confesó— . Estoy un poco asustada.

— Tranquila, todo irá bien — la tranquilicé— ¿Por qué has decidido hablar conmigo?

— A veces es más fácil sincerarse con desconocidos que con la gente que te rodea… — confesó— . Pero necesito saber quién eres y por qué estás investigando.

Me encogí de hombros.

— Me llamo Abril. Antes era escritora, ahora solo soy comercial a media jornada. Este caso me interesó desde el primer día y desde entonces estoy intentando unir pistas. Se ha convertido en algo personal. Quiero encontrar al que mató a esas chicas y para eso necesito hablar contigo — me sinceré— . Después escribiré un libro para que su historia no se olvide nunca.

Mi respuesta pareció bastarle. No hizo más preguntas, pero decidió confiar en mí. Asintió con la cabeza para sí misma y dijo:

— Hace algo de frío. ¿Te apetece que tomemos algo caliente mientras te cuento lo que quieras saber?

— Me encantaría — respondí sin dudar.

Nos dirigimos a una cafetería cercana, donde Antía pidió dos tazas de chocolate con churros sin siquiera preguntar. Mientras esperábamos a que nos sirvieran, su móvil no dejaba de emitir sonidos y la pantalla se iluminaba como mínimo un par de veces por minuto.

— Perdona, en el trabajo están preocupados — silenció el teléfono.

— Me lo puedo imaginar. Lo que me sorprende es que aún no haya llegado a la prensa.

— Bueno, es que no se lo he contado a nadie. Ni a mi pareja. Eres la segunda persona con la que hablo después de la policía. Como te he dicho, me resulta más sencillo hablar con desconocidos que con mi propia familia. No quiero que me vean como a una víctima.

Me sorprendió la fortaleza de esa mujer que aparentaba ser todo lo contrario. Vestía toda de negro, estaba tan delgada que parecía que se fuera a romper a cada paso, tenía el pelo oscuro como el carbón y pese a todo se había pintado los labios de rojo pasión. Se agarraba las manos con fuerza para evitar el temblor y se mordía el labio inferior sin que le importara que sus dientes se mancharan de carmín.

— Tú dirás. ¿Qué quieres saber?

— ¿Te atacó la misma persona que a las chicas de Lugo?

— Eso creo. Al menos, actuó tal y como lo describe la prensa.

— ¿Y cómo pudiste salvarte?

— Ni yo misma lo sé — sonrió en una mueca triste— . Me lo llevo preguntando desde entonces.

— ¿Cuándo pasó?

— En la madrugada del miércoles al jueves. Estaba en casa durmiendo cuando oí que alguien entraba.

— Espera, espera. ¿Te atacó en tu casa? Con Natalia y Ástrid fue en la calle.

— Sí, a mí también me sorprende. Quizá ya no tiene miedo. No lo sé.

— Dices que estabas durmiendo cuando te atacó.

— Más o menos. Había tenido un día muy complicado. Volví a casa y no conseguía dormir. Pensaba en un montón de cosas, en cómo iba a cambiar mi vida. Estaba ansiosa y no hacía más que dar vueltas en la cama. En un momento dado conseguí dormirme viendo un programa absurdo en la televisión de mi habitación. Pero

el ruido de la puerta me sobresaltó. Me convencí de que me lo había imaginado. No volví a oír nada más.

Paró su relato para dar un sorbo al chocolate y justo después se mordisqueó las uñas. Le costaba rememorar el peor día de su vida, pero después de unos segundos reemprendió su relato.

— Volví a adormilarme, estaba muy cansada, pero me desperté porque de repente tenía mucha sed. Me dio pereza ir hasta la cocina y bebí en el baño. Primero hice pis, después me incliné para beber agua y, cuando levanté la cabeza, detrás de mí había alguien con una máscara terrorífica.

Cerró los ojos con fuerza y la mano que sujetaba la taza en el aire tembló sin control. Cuando recuperó la calma, continuó.

— Al principio no reaccioné. Después forcejeamos y conseguí tirarlo contra la mampara, que se rompió. Creo que se le clavaron cristales. Aproveché para huir, pero me había puesto una trampa y me caí.

Gruesas lágrimas empezaron a caer sobre la taza de chocolate. Yo también tenía los ojos humedecidos, su relato era aterrador. Sentí pena por esa chica y lo que había tenido que vivir. Envolví sus manos con las mías en un gesto que pretendía infundirle ánimos, pero lanzó un aullido de dolor.

— Perdón, no te quería hacer daño — me disculpé retirando las manos de inmediato.

— No es culpa tuya, creo que con la caída me rompí la muñeca. Cuando salí de la habitación había una cuerda a ras de suelo. No la vi y tropecé. Todo mi peso cayó sobre la muñeca derecha, la primera en tocar el suelo.

— Tiene que verte un médico — exclamé preocupada.

— Eso ahora no es lo importante. Déjame seguir. Como te decía, me caí mientras intentaba huir, pero pude levantarme y correr hacia el pasillo. Llegué incluso a la puerta pese a lo aturdida que estaba. No podía creer que aquello fuera real, pero sabía que tenía que correr si quería salvarme. Estaba aterrorizada. Conseguí llegar a la puerta

y abrir, pero no pude salir. Llegó y la cerró de un portazo. No pude escapar. Me desmoroné y perdí la conciencia cuando me golpeó la cabeza.

— A Natalia y Ástrid también las golpeó — constaté.

— Sí, actuó exactamente igual. Solo cambió el final.

— Continua, por favor.

— Cuando me desperté estaba atada y no podía moverme. Me miró y pareció asustarse de que estuviera consciente, pero siguió con lo que hacía. Tuve mucho miedo, lloré. Eso le enfadó mucho y me pegó. — Se tocó la cara para señalar el punto exacto de la bofetada, que aún estaba morado— . Después me pidió silencio y continuó.

— ¿Te habló? Quizás podrías identificarlo por la voz.

— En ese momento no. Fue cuando me bajó los pantalones y… ya sabes.

— ¿Te hizo lo mismo que a ellas?

Asintió. Sus lágrimas continuaban cayendo sobre el tazón de chocolate como una cascada. No conseguía calmarse. Rememorar esos momentos por segunda vez los había hecho más reales. El dolor tardaría en apaciguarse. El miedo quizá no se fuera del todo nunca. Me levanté para reconfortarla con un abrazo. Nos acabábamos de conocer, pero esa chica consiguió con su relato cortocircuitar todas mis barreras. Odiaba el contacto físico, cualquier tipo de proximidad si no era con Marina o Martín. Pero esa mañana no dudé en abrazarla. Los clientes de la cafetería nos miraban, pero no nos importó. Sollozó en mi hombro hasta que unos minutos después consiguió calmarse. Ya desde el otro lado de la mesa, le tendí un paquete de pañuelos. Me lo agradeció con una mirada. Era una mujer muy bella pese a la nariz enrojecida, el borrón de maquillaje bajo los ojos y la comisura de los labios teñida de rojo. Reunió la fuerza suficiente para continuar hablando.

— Aún no entiendo por qué no me mató. Cuando terminó con la lana estaba convencida de que había llegado el final, pero no fue

así.

— ¿Qué le dijiste para que parara?

— Que estaba embarazada. Lo dije por desesperación, pero creía que me iba a matar igualmente. De repente frenó en seco y sacudió la cabeza. Susurró “no puede ser”, se echó a llorar y me sacó la lana de dentro. Después cortó las cuerdas que me ataban y se marchó. Me quedé en el suelo durante horas, no tenía fuerzas para moverme. Me preguntaba si iba a matar a otra persona porque no me había podido matar a mí.

No pude escuchar más. En mi cabeza se repetían tres palabras: “No puede ser”. Era la frase que lo explicaba todo. Bueno, casi todo. El asesino mataba a las mujeres que habían tenido abortos. Lo que Marina y yo creíamos saber se confirmó definitivamente. Al confesarle que aún estaba embarazada, el asesino se desmoronó. No podía matarla si llevaba un hijo en el vientre. No tenía sentido. Por eso soltó esa frase y se fue como si no hubiera pasado nada. La razón de los asesinatos estaba clara. Ahora faltaba saber quién estaba detrás y qué le llevaba a cometer esas atrocidades.

— ¿Se lo contaste a la policía?

— Casi todo.

— ¿Qué quieres decir?

— Les conté lo mismo que a ti, pero me costaba expresarme. Justo cuando iba a continuar hablando, uno de los agentes me interrumpió y me pidió que fuera al hospital. No quise ir, les convencí de que estaba bien y quise seguir hablando, pero el policía insistió en que lo más urgente era ir al médico. Al final me volví para Coruña. Me arrepiento de no haberlo contado todo, por eso al salir de aquí volveré a ir a la comisaría. Hay algo que no dije y que podría dar un vuelco al caso por completo.

— Dime — le imploré.

— Es una mujer.

29

ABRIL

Viernes 17, cinco días después del Arde Lucus, 11:30h.

— ¿Una mujer? — dije sin poder reprimir un grito— . ¿Cómo que una mujer? Antía, eso lo cambia todo.

— *Lo sé. Debería habérselo dicho a la policía, ¿verdad? En ese momento estaba en shock y cuando el policía insistió en que primero tenía que verme un médico, vi la oportunidad de marcharme. Solo quería volver a casa y olvidarlo todo.*

Continuamos hablando durante más de una hora. Antía me dio más detalles sobre la voz de su atacante, intercambiamos impresiones sobre la explicación que podía tener todo aquello. Le expliqué en qué punto estaba mi investigación antes de esa conversación y le agradecí haber confiado en mí, haberme llamado. Confesó que lo había hecho para aliviar su conciencia. Se sentía culpable por no haber dado aquella información indispensable a la policía y por eso mismo después de nuestra cita iba a volver a la comisaría de Lugo.

En una de las pausas que nos impusimos para descargar un poco el ambiente, devoramos los churros. Me contó que no había comido desde la noche del ataque.

— Tienes que cuidarte. Por ti y por el bebé — dije señalando su barriga con la cabeza.

— Lo sé. No tengo fuerzas ni para eso, no sé cómo voy a salir adelante.

— ¿Estás sola? Puedes contar conmigo si lo necesitas — me ofrecí.

— No, no. Tengo una pareja fantástica, pero creo que es mejor que

no le hable nunca de esto.

— No estoy de acuerdo, Antía, guardar un secreto así te consumirá. Eso, si no lo acaba sabiendo por la prensa — le advertí.

— Quizá tienes razón…

Antía mordisqueaba un churro con la mirada perdida. Yo le daba vueltas a nuestra conversación. Había algo que no terminaba de encajar, pero no sabía exactamente qué era. De repente, se me encendió la bombilla.

— ¿Por qué creía la asesina que ya no estabas embarazada?

Enrojeció y bajó la mirada con vergüenza. Puso la mano sana sobre la barriga. Le di unos instantes de margen y después insistí.

— ¿Me lo has contado todo?

— Yo… es que tenía dudas. No es el momento para esto — dijo señalando su vientre— . No tengo dinero para mantener a un hijo. ¡Ni siquiera vivimos juntos, joder! Pero después, una vez en la clínica, me arrepentí. No lo hice y ahora estoy acojonada. ¿Cómo voy a cuidar a un bebé si no sé protegerme ni a mí misma? — estalló.

— Seguro que vas a ser una buena madre. ¿Tu pareja sabía que ibas a abortar?

— Por supuesto, por quién me tomas — se indignó— . Aceptó mi decisión, él lo quería, pero entendía mis dudas y me respetaba. Aunque le alivió saber que al final no lo hice.

— ¿Cómo fue el proceso desde que te enteraste del embarazo hasta que llegaste a la clínica? Cuéntamelo paso a paso.

Antía me contó entonces cómo había descubierto que estaba embarazada. Habían ido a pasar el fin de semana a casa de sus padres, en Sarria. El sábado por la mañana dieron un largo paseo, a ella le dolía la cabeza y lo achacó a estar metida en casa. Pero hacía días que se sentía diferente. Se mareaba de vez en cuando, tenía jaquecas, le dolían los pechos como nunca. No pensó que pudiera

estar embarazada porque tomaba anticonceptivos. No se veía preparada para formar una familia, ni tan siquiera vivían juntos. Quería dedicarse a su carrera. Más adelante, quizá, formalizar las cosas con una boda austera y años después plantearse su maternidad. El domingo, él la convenció de hacerse una prueba. Había estado vomitando toda la mañana. Con la cabeza metida en la taza del váter, aceptó hacerse un test. Óscar fue corriendo a comprarlo, con la esperanza de que fuera positivo. Ella lo acabaría queriendo, estaba seguro. Antía estaba tranquila, convencida de que simplemente se trataba de una gastroenteritis o que había comido demasiado botelo. Le obligó a esperar fuera mientras hacía pis en la tira. Después esperaron el resultado juntos. Esperaba decir "te lo dije", pero resultó que el que se lo echó en cara fue él. Al ver las dos rayas palideció. Se echó a llorar diciendo "no, no, no, no puede ser" y él intentó calmarla en vano.

Tuvieron que pasar varios días para que la situación volviera a la normalidad. Durante un mes, ella pensó cada día en lo que debía hacer. Al final, con mucha pena, pero también con alivio, decidió que no quería tener ese bebé. Fue un día a la consulta de ginecología del hospital más cercano a su piso. Era lunes. La citaron para el día siguiente, puesto que el doctor estaba ese día pasando consulta en Lugo. La administrativa que la atendió anotó su nombre en una tarjeta: Ángel Blanco Casas. El martes la recibió amablemente y le preguntó los motivos de su decisión.

— Debería reconsiderarlo — le dijo el doctor después de explicarle la evolución que tendrían esas células hasta convertirse en un embrión, luego un feto y finalmente un bebé sano— . Háblelo con su pareja y tomen la decisión correcta.

— Ya lo hemos hablado y está todo decidido — respondió ella secamente.

— Aún tienen tiempo para reflexionar, para replantearse la decisión — insistió él mientras tecleaba en el ordenador.

Después de un rato más de tira y afloja con el doctor, este se dio por vencido.

— En esta consulta tanto mis compañeros como yo somos objetores

de conciencia. No podremos ayudarla, pero si realmente quiere acabar con su bebé puede ir a esta clínica concertada — le dijo tendiéndole un papel con una dirección.

Antía recordaba bien esas palabras. Pese a resultar demoledoras, no la hicieron titubear. Sintió rabia por las trabas que le ponía el sistema cuando la situación, de por sí, ya era muy dura. Se preguntó por qué los políticos no le ponían remedio. Entendía que hubiera quién, por sus creencias, se declarara objetor de conciencia. Lo que no comprendía era por qué no se garantizaba que por lo menos uno de los profesionales del hospital pudiera llevar a cabo esos procedimientos.

Al llegar a casa, se lo comentó a su pareja. Óscar la tranquilizó, le prometió que la acompañaría hasta donde hiciera falta. Se sintió reconfortada y al día siguiente llamó a la clínica para concertar una primera cita. El proceso fue rápido. Enseguida la atendió una simpática doctora que hizo que se sintiera comprendida. Le preguntó los motivos de esa decisión, pero el tono era totalmente distinto. Después le explicó los pasos que iban a seguir. Como estaba en las primeras semanas, no hacía falta una intervención quirúrgica. Bastaba con unas pastillas. Podía tener algunos efectos secundarios, pero era algo dentro de lo habitual, nada que temer. Le preguntó hasta tres veces si aquello era lo que deseaba. En todas dijo que sí. Él le apretaba la mano para mostrarle su apoyo. Fijaron el siguiente miércoles como el día en que se iba a llevar a cabo. Iba a ser rápido y físicamente indoloro, le prometió la doctora. Los despidió muy amablemente y en el camino hacia casa ella se echó a llorar. Estaba convencida de que no estaba lista para tenerlo, pero se sentía mal porque su pareja deseaba ese bebé. Quizá más adelante lo estaría y las cosas serían distintas, le dijo muy apenada. Él asintió y la abrazó contra su pecho. Esperaría lo que hiciera falta.

El martes por la noche, horas antes de la intervención, le dijo que quería ir sola. Él no lo entendió. Insistió mucho, pero al final, de mala gana, acabó aceptando. Por la mañana, muy agitada, fue a la clínica. Salió hora y media después, corriendo por la acera empapada, huyendo de no sabía qué. Cuando me lo contó, aún no podía decirme qué la había impulsado a cambiar drásticamente de opinión. Lo cierto es que gracias a eso había salido viva del ataque

posterior. Quizá el error de cálculo haría frenar a la asesina y no habría más muertes.

— Ángel Blanco Casas — repetí pensativa cuando terminó de contarme la historia— . No sabía que iba en el sueldo de los médicos presionar a sus pacientes.

Estaba muy enfadada. Su cometido era simplemente atender a las mujeres que iban a su consulta, escucharlas y respetar sus decisiones. Si no era capaz de hacerlo, debería dejar de ejercer. Ese médico al que ni tan siquiera conocía me irritó. Admiré la paciencia de Antía, yo probablemente hubiera salido de la consulta escoltada por los guardias de seguridad.

Salimos de la cafetería para despejarnos con un último paseo por la playa. Durante esa conversación le agradecí que se hubiera abierto a mí. Sentía que me había dado todas las claves y ahora era yo la que tenía que reconstruir la historia para encontrar a la Niebla. Casi todas las piezas estaban sobre el tablón. Tenía claro mi próximo paso, por lo que le pedí a Antía los datos del hospital donde se había visitado con el doctor Ángel Blanco Casas y los de la clínica. No me había pasado por alto que ese hombre que se hacía llamar médico visitaba una vez por semana en Lugo, concretamente los lunes. Quizá allí había conocido a Ástrid y Natalia, aunque según la versión de Antía no podía ser el asesino. Si era culpable, debía tener una cómplice que ejecutaba sus crímenes. Para salir de dudas decidí hacerle una visita.

Después de una breve llamada al hospital en la que aproveché mis dotes de actriz, conseguí una cita urgente para esa misma tarde. Era viernes 17 de junio, se iba a cumplir una semana de la muerte de Natalia y notaba cómo el reloj se iba quedando sin cuerda. Me despedí de Antía y le prometí borrar su número. Creía que era mejor no volvernos a encontrar para que el tiempo y el olvido pudieran sanar sus heridas. Respeté su voluntad. Le deseé mucha suerte y nos abrazamos. La vi alejarse entre la lluvia, que borraba sus huellas a cada paso. Pronto se perdió entre la gente que corría por la calle para refugiarse de la tormenta.

Esperé a que escampara y cuando la tormenta pasó, compré un bocadillo para comerlo mientras caminaba por la ciudad. Las

piernas iban solas, al ritmo de mi cabeza, que trabajaba sin descanso. Llamé a Marina para ponerla al día. No conocía a ese doctor, pero una búsqueda rápida en Google le permitió incluso ponerle cara.

— Me juego lo que quieras a que es un hombre bajito — dijo Ina.

Me reí. Esa mujer era increíble. ¿De dónde sacaba ahora que su estatura era pequeña? Con mucha curiosidad, se lo pregunté.

— Porque los hombres bajitos son los que tienen más mala leche — respondió muy seria.

Tomé nota mental para comprobarlo esa misma tarde. Después de un rato de cháchara que nada tenía que ver con la investigación, pero que me vino muy bien para aliviar la tensión que me contracturaba las cervicales, colgamos. Volví al coche y conduje por ese laberinto que era A Coruña hasta un aparcamiento cercano al hospital donde ese doctor, bajito o no, me esperaba en su consulta. Había preparado un guion para sacar el máximo provecho de esa visita. Según el papel que debía interpretar, era madre de una adolescente rebelde de dieciséis años que se había quedado embarazada recientemente. Yo siendo madre, me reí. Menuda ridiculez. Lo cierto es que en la veintena, antes de que la vida se me torciera sin remedio, quería tener tres hijos. Pero la vida pasó como un camión y no hubo niños, ni casa, ni un marido del estilo de Brad Pitt. Después de mil maniobras, aparqué en ese carísimo parking que me iba a costar un riñón. Pero qué importaba si la novela que surgiera de la investigación iba a tapar todos los agujeros de mi cuenta corriente.

Subí en un amplio ascensor que solo ocupaba yo. En la primera planta, se paró y para mi desgracia se llenó de gente. Subieron dos hombres empujando una silla de ruedas y una mujer que debía estar a punto de parir. Parecía un balón. Tenía unos tobillos como patas de elefante, una papada inmensa que la mascarilla no conseguía disimular y las manos hinchadas. Un dedo, en concreto el que llevaba una alianza, parecía a punto de estallar. Fuimos parando en cada planta hasta que al llegar a la cuarta la mujer embarazada y yo abandonamos el ascensor. La seguí a poca distancia. La barriga le impedía andar con normalidad y basculaba su peso ahora en la

pierna derecha, ahora en la izquierda. Era un andar cómico y me costó aguantar la risa. Me imaginaba a mí misma cargando con el peso de ese barrigón y cada vez me era más complicado no soltar una carcajada. Tenía ganas de reírme después de tantos años de llanto silencioso. La seguí hasta que llegamos a una sala de espera donde encontramos a dos administrativas pegadas al teléfono y visiblemente fastidiadas. Con un gesto, una de ellas me pidió mi tarjeta sanitaria.

Me la devolvió junto con un tiquet que llevaba impreso un número. Tenía que esperar a que me llamaran. Sentada en esas incómodas sillas, me entró sueño. Demasiadas noches de poco descanso junto con un exceso de adrenalina que ahora empezaba a disolverse y me provocaba bostezos incontrolables. No pude evitar cerrar los ojos. De pronto, la voz de un hombre me llamó a consulta. Lista para interpretar mi papel, entré en la habitación. Me recibió un hombre de metro sesenta y cinco que después de un apretón débil de manos me indicó dónde podía sentarme.

— ¿Qué puedo hacer por usted? — preguntó.

Mucho, doctor. No sabe usted cuánto.

30

ABRIL

Viernes 17, cinco días después del Arde Lucus, 16:30h.

— Verá, doctor. En realidad no vengo por mí, sino por mi hija. Estoy muy preocupada.

— ¿Y no la ha traído con usted?

— Déjeme explicarle, es complicado — dije apesadumbrada— . Solo quiero su consejo, me lo han recomendado mucho, es usted una eminencia.

Cuando Antía me contó su conversación con él, tuve la sensación de que a ese hombre podría ganármelo con buenas palabras y alabanzas. De esa manera evitaría que hiciera demasiadas preguntas y descubriera que no tenía ninguna hija a la que proteger.

— No es para tanto — respondió muy contento, incluso ruborizado — . Pero por supuesto, cuénteme. ¿Qué es lo que le preocupa de su hija?

— El año pasado me enteré de que ya había empezado a mantener relaciones sexuales. ¡Con solo quince años! ¿Se lo puede usted creer? — fingí indignación.

— Ciertamente, es un poco pronto.

— Pues resulta que me acaba de confesar que está embarazada. No puede tener un hijo con dieciséis años, ya se lo he dicho. Ni su padre ni yo podemos hacernos cargo. ¿Lo entiende, doctor?

— Piense usted que un crío siempre es una bendición. He traído a muchos al mundo.

— No dudo de que haya usted ayudado a muchas familias, tiene muy buena fama, doctor. Pero para una chica de dieciséis años un niño es más bien una pesadilla. No la he traído conmigo porque primero queremos valorar sus opciones.

— Como ya sabe, hay varias. Pero solo una que yo le pueda recomendar: continuar adelante. Seguro que no se arrepentirán, un nieto es un gran regalo.

— No lo dudo, pero no ahora. Tiene que seguir estudiando, madurar. Es solo una niña. — Me metí tanto en mi papel que casi se me olvidó que no había ninguna adolescente que me llamara mamá.

— Esto la hará madurar. No sufra, los acompañaré en cada paso del camino.

— Doctor, ¿qué otras opciones puede ofrecernos? Hace apenas seis semanas que está embarazada.

— En este hospital no hay más opciones. Tendrá que buscarlas fuera. Aquí nos gusta traer niños al mundo — dijo el doctor Blanco Casas sin perder la sonrisa— . Si recapacita, podemos llevar el embarazo de su hija y todo saldrá bien, se lo garantizo.

Recapacitar. ¿Pero qué se creía ese hombrecillo? Sin quererlo, cambié de tono y la conversación se hizo más tensa.

— ¿A cuántas mujeres ha mandado usted a recapacitar?

— ¿Cómo dice? — respondió enfadado— . Pues a todas las que se presentan con esas intenciones. Intento hacerles ver que ese no es el camino.

— ¡El camino es el que elijan!

Se hizo un silencio incómodo. Me daba la sensación de estar hablando con un capellán y no con un profesional de la medicina. El doctor carraspeó y se puso a teclear en la pantalla. Esperaba que saliera de su despacho al sentirme ignorada, pero me mantuve sentada pacientemente frente a él. Aún no había conseguido lo que necesitaba de esa visita.

— Doctor, si usted no puede ayudarnos, al menos recomiéndenos algún lugar al que ir — le dije adoptando de nuevo un tono débil, casi suplicante— . Usted tiene mucha experiencia, seguro que sabe dónde nos pueden atender bien.

Levantó la mirada del teclado y la fijó en un punto inexacto de mi cara. Después cogió un bolígrafo y un bloc de notas.

— Si van a esta clínica no les pasará nada en lo que al físico concierne. Pero sepan que las heridas en el alma que le provocarán a su hija nunca sanarán — advirtió.

El papel contenía el nombre de una clínica de la ciudad y su dirección. El médico se dejaba llevar por su ideología para tratar de disuadir a las mujeres que iban a su consulta de decidir libremente qué hacer con su cuerpo, pero por lo menos las derivaba a un lugar donde no iban a correr peligro.

— Disculpe, doctor. Se me ha olvidado mencionar que vivimos en Lugo. He venido a verle hasta aquí porque, como le digo, tiene usted una fama impecable, pero ¿me podría usted recomendar una clínica más cercana?

— Esta es la mejor. Si quiere una más cercana, tendrá que hablar con otra persona.

Me sorprendió la insistencia en esa clínica en concreto. Me pregunté si el modélico doctor estaría cobrando alguna comisión por derivar a sus pacientes a ese lugar pese a sus consideraciones sobre el aborto.

— No, gracias. Le haremos caso. Muchas gracias por atenderme — me obligué a tenderle la mano y salí precipitadamente de la consulta.

Poco después, mientras recogía mi tarjeta sanitaria, el doctor asomó la cabeza por el marco de la puerta y llamó a su siguiente paciente. Era la mujer embarazada con la que había compartido ascensor. Se abrazaron tiernamente frente a la consulta. El doctor tenía dos maneras de atender a sus pacientes, con ellas o contra ellas. Me dirigía de nuevo hacia el ascensor cuando una mujer impactó contra

mí al pasar a mi lado. Pese a su delgadez, tenía mucha fuerza. Por poco me hizo caer.

— Disculpa — murmuró distraídamente. Llevaba mucha prisa— ¡Ángel!

Cuando me giré a protestar, ella ya estaba casi en la puerta de la consulta. Llevaba el pelo largo y negro recogido en una coleta que danzaba de un lado a otro con cada paso apresurado que daba hacia el doctor. Él la miraba atónito. Cuando llegó a su altura, le plantó un beso en los labios y desapareció tras la puerta de la consulta. El doctor se disculpó con la paciente que estaba a punto de entrar y cerró la puerta tras él. Se oyeron gritos. Las administrativas no se inmutaron, las pacientes clavaron sus miradas en el suelo, avergonzadas. Yo me reí ante lo surrealista de la escena y me dirigí hacia el ascensor.

Una vez en el coche, ya de vuelta a casa, me llamó Luis. Aún estaba en la ciudad y quería verme. Mientras me contaba cómo evolucionaba la situación con Ruth y su abogado, yo pensaba en la conversación con el doctor. Era el nexo de unión entre las tres víctimas de la Niebla, pero había algo que no encajaba en todo aquello. Si como me había contado Marina, Natalia había sido paciente de su hospital, donde le constaba que realizaban abortos, ¿dónde había conocido al doctor? El rompecabezas había vuelto a deshacerse cuando creía que ya estaba cerca de resolverlo.

— ¿Abril, me escuchas?

— Sí, sí, claro. Siento mucho lo de Ruth. Ven a cenar a casa si te apetece — no quería que se sintiera solo en una ciudad ajena pese a lo mucho que tenía que trabajar— . Tomamos algo y nos ponemos al día.

— Me parece bien, pero ya no te estaba hablando de Ruth.

— Lo siento, tengo mil cosas en la cabeza. ¿Qué me decías?

— Que han matado a otra mujer. Acaba de salir en televisión.

Di un volantazo de la impresión. Había llegado tarde pese a todos

mis esfuerzos. Me disculpé con Luis, prometí volver a llamarle y sintonicé la radio.

«Maribel, de 57 años, ha sido hallada muerta en su casa de O Corgo esta misma tarde. La policía busca al autor del crimen, que habría huido después de matarla. Un vecino ha descubierto su cadáver, que yacía en el salón boca abajo, después de ver sangre en el rellano. La víctima presentaba decenas de puñaladas y ha sido estrangulada con un cinturón».

A medida que la locutora daba detalles del crimen, iba descartando que se tratara de una nueva víctima de la Niebla, pero eso no evitó que me echara a llorar desconsoladamente. Otra mujer asesinada por su pareja. Pronto se cumplirían cuarenta años del caso de mi madre, a la que no recordaba más que por las fotos que me habían enseñado los abuelos, pero habían pasado en balde. Las mujeres seguían muriendo y nadie hacía nada para remediarlo. Los abuelos apenas me habían hablado de mis padres para protegerme. Mi padre asesinó a mi madre un 19 de noviembre, cuando yo contaba cuatro años. No sabía nada más porque nunca había preguntado. Mi infancia fue feliz gracias a los abuelos, que se encargaron de que olvidara ese trauma y actuaron como padres. La corta edad que tenía cuando sucedió todo había jugado a nuestro favor, aunque si me esforzaba recordaba los golpes y gritos que llegaban de la habitación de mis padres cada madrugada.

Paré en un área de servicio para evitar un accidente. Me picaban los ojos y no era buena idea conducir en ese estado. No bajé del coche, me limité a hacer ejercicios de respiración para recuperar la calma. Al volver a ponerme en marcha, se activó de nuevo la radio. Contaban que fuentes de la policía habían salido a tranquilizar a la población. Confirmaban que el asesinato no estaba vinculado a los crímenes de la Niebla y aseguraban que no había nada que temer. Era un “simple caso” de violencia de género. La plaga de asesinatos machistas tenía una característica diferencial: parecía que solo afectaba a los demás. Pero cuando te tocaba cerca certificabas que, en efecto, una mujer sí tiene siempre algo que temer.

Apagué la radio cuando pasaron a hablar de la actualidad deportiva y volví a llamar a Luis.

— ¿Todo bien, prima?

— Sí, tenía que hacer unas gestiones. Estoy volviendo a Lugo, ¿quieres pasarte por casa?

El recuerdo de mi madre, muy difuso, acabó de empujarme a invitarlo a cenar para no estar sola, pese a que tenía mucho que reflexionar si quería evitar nuevas muertes de las que sí preocupaban a la policía.

31

ABRIL

Viernes 17, cinco días después del Arde Lucus, 20:00h.

Luis ya me estaba esperando en el portal cuando llegué. Antes de alcanzarlo recibí un mensaje de Martín. Se disculpaba por no haberme vuelto a llamar y lamentaba todo el trabajo que tenía. Hacían malabares con los dos casos: mientras investigaban las muertes de Natalia y Ástrid tenían que buscar al asesino de Maribel, que continuaba fugado. Sospechaban de su pareja, con la que llevaba cinco de años de tormentosa relación. Sobre él pesaba una orden de alejamiento que no sirvió para salvarla. Guardé el teléfono sin responderle.

— ¡Cuánto tiempo! — bromeó Luis al acercarme— . Aunque parece como si te hubiera visto ayer mismo.

— Ja, ja. Ya me sales pesado, Luis.

— ¿Yo, pesado? Eso sí que no me lo han dicho nunca.

Echamos a andar en dirección al supermercado más cercano. No tenía ni una triste lechuga en la nevera. La cocina no era lo mío, así que obligué a Luis a elegir el menú y cocinarlo al llegar a casa. Optó por preparar doradas a la sal con patatas panaderas y un buen maridaje de albariño.

— ¿Qué celebramos?

— Habernos reencontrado. Y sentirme un poco menos desgraciado, eso también.

En la caja nos peleamos por pagar. Para mi alivio, ganó él. Quería invitarlo, pero no tenía claro que mi tarjeta tuviera suficientes

fondos. Mi cuenta temblaba más o menos como Luis al salir del supermercado.

— Venga ya. ¿Cómo puedes tener frío?

— Llevo solo un jersey y estamos a diez grados.

— Quince.

— Es lo mismo.

— Anda que ibas a llevar bien vivir aquí — me reí.

— Pues no lo descarto.

— Pero si tienes toda tu vida en Barcelona, ¿qué vas a hacer aquí tú solo?

— Ya poco me queda de lo que era mi vida. Los niños ya son mayores, podrían venir en las vacaciones del colegio y algunos fines de semana. Ruth no me echaría de menos y el trabajo no es ningún problema. Puedo hacerlo a distancia. Además, últimamente las cosas no marchan muy bien en la oficina.

— Me encantaría tenerte por aquí, pero tienes que pensarlo bien.

— Lo haré — prometió antes de apretarme el hombro con la mano que tenía libre.

Llegamos a casa y lo dispuse todo para que pudiera empezar a cocinar. Se movía con asombrosa agilidad por la cocina. Yo, por el contrario, me dediqué a descorchar una botella de vino blanco y ya con la copa llena, me dirigí a mi habitación para hablar con Marina. Comunicaba, así que le dejé un mensaje de audio donde reproducía la conversación con el doctor y las dudas que sentía respecto al asesinato de Natalia. Estaba convencida de que ese hombre estaba metido hasta el cuello en los crímenes. Que hubiera dejado vivir a Antía al oír que estaba embarazada cuadraba perfectamente con sus ideas, pero lo que no encajaba era su sexo. Los crímenes, al menos los detalles que habían trascendido a la prensa, no parecían obra de una mujer. Ellas matan de una forma menos violenta. Sin embargo, podían producirse excepciones, y al contrario que la policía, yo no

contaba con las conclusiones de las autopsias, por lo que no podía estar segura al cien por cien de la causa de su muerte. Lo que estaba claro era que, según el testimonio de Antía, el doctor no podía haber sido el autor material de los crímenes, tan solo el intelectual. Y no tenía ni idea de cómo iba a descubrir a la mujer que actuaba de brazo ejecutor. Tampoco estaba convencida de la relación del doctor con Natalia, ya que algo me decía que ella no había ido a verle.

Luis me sacó de mi ensoñación llamándome desde la cocina.

— Al menos hazme compañía mientras te cocino este delicioso manjar, ¿no?

— Faltaría más. ¿Te hago de pinche?

— Mejor hablamos. ¿Cómo te ha sentado la noticia de esta tarde?

— ¿Qué quieres decir?

— Imagino que debe ser duro oír estas cosas cuando se han vivido de cerca.

— Prefiero no hablar de eso. Estoy bien — dije— . Mejor hablamos de qué vamos a hacer para distraer a tus hijos este verano. ¿Cuándo te tocan?

— Ruth los tendrá todo el mes de julio y a mí me toca agosto. El año que viene, al revés.

— Agosto, el mejor mes del año para venir a Galicia.

— Y que lo digas. Tengo grandes recuerdos.

Hablamos largo y tendido sobre los abuelos. Los echábamos de menos. Nos reímos rememorando mi escondite en la fuente y planeamos los sitios donde podríamos llevar a mis sobrinos. Por primera vez tenía ganas de pasar tiempo con la familia, empezaba a acostumbrarme a la compañía de Luis y tenía pensado instalarme en el pueblo a mediados de julio para escribir mi novela. Era un sitio tranquilo que me permitiría avanzar. Intuía que el desenlace de la investigación estaba al caer. Cuando encontrara a la asesina podría

empezar lo que más me apasionaba. Hicimos una lista de actividades con las que distraer a mis sobrinos y lo primero que anotamos fue la piscina de Becerreá, que había sustituido a la de San Román, la más popular en nuestra época. Estaba como nueva, era gratuita y muchos niños de su edad pasaban las tardes de verano ahí, por lo que no se aburrirían. Planeábamos un verano inolvidable para que la siguiente generación apreciara el pueblo como lo hacíamos nosotros.

— También podemos ir al río — sugirió Luis.

Habíamos disfrutado de jornadas larguísimas de sol y agua con los abuelos y los tíos, tanto en Navia como en San Martín. Cuando contaba diez años, un día muy caluroso de agosto, Luis y yo fuimos solos al río con los abuelos. Los otros primos dormían una siesta apacible con los tíos, pero nosotros queríamos actividad. Amenazamos al abuelo con irnos solos, andando por la carretera de curvas hasta Navia. El abuelo se desternilló. Nos miramos sorprendidos, esperábamos otra reacción.

— Ay, rapaziña, ¿esto ha sido idea tuya? — me dijo todavía riéndose— . No llegaríais ni al cruce con la carretera.

Pese a que nuestra artimaña no había funcionado, el abuelo no tuvo inconveniente en llevarnos al río. Convenció a la abuela para que también viniera, aunque la mujer se habría quedado tranquilamente en casa viendo Saber y ganar. Al final, les dejamos una nota a los tíos para que no se alarmaran cuando se despertaran y nos marchamos bien equipados. Llevábamos toallas, bocadillos, bebida, bañadores y zapatos de río. A los diez minutos llegamos a San Martín. El abuelo aparcó debajo de un castaño y bajamos las bolsas que habíamos apilado en el maletero del coche. Después empezamos a descender la cuesta que llevaba a la zona del río donde había espacio suficiente para plantar las toallas. La bajada fue caótica. Luis se pinchó el pie derecho con el erizo de una castaña y chilló de dolor. Se puso a llorar desconsolado y le reñí.

— Es solo un pincho minúsculo, Luis. Vamos, corre, que no hay nadie y tenemos el río solo para nosotros.

Avergonzado y cojeando, me siguió camino abajo. Llegamos mucho antes que los abuelos, que disfrutaron del trayecto hacia el río. Era

un paraje natural precioso. El sol se colaba entre las ramas de los árboles, que bailaban al ritmo de una suave brisa que barría el calor de ese día de agosto. Los reflejos del sol salpicaban el agua mientras las libélulas la sobrevolaban dejando destellos de verde y azul. Ahí, en un tronco medio podrido por el contacto constante del agua, nos sentamos a esperar. Llegaron poco después, discutiendo sobre si era seguro dejar que nos bañáramos en una zona con tanta corriente.

— Vamos, Teresa, si no hay más que un palmo de agua. ¿Aunque se despisten, cómo va a arrastrarlos hasta Navia si no hay apenas corriente?

— Te digo que hay que tener cuidado, Dios me libre de algo así.

— Chicos, podéis meteros, pero que os veamos — concedió el abuelo.

Se instalaron todavía refunfuñando, pero cuando el abuelo se alzó victorioso definitivamente pudimos ir a bañarnos. Nos cambiamos rápido, sin vergüenza de la desnudez propia ni ajena, y corrimos al agua. Luis se paró como si le hubieran disparado por la espalda. Chilló de lo helada que estaba. Yo, que ya me había metido en agua más fría, me zambullí sin esperarlo. Estirada haciendo el muerto, me reí de que fuera incapaz de meter más que la punta de los dedos. Pero si algo tenía Luis era mucho orgullo. Llegó a mi altura y se sumergió hasta la cintura solo para que parara de reírme. Pasados unos minutos, me fui nadando hasta una zona más profunda del río. La abuela roncaba a pierna suelta y el abuelo leía el periódico al sol. Me alejé y animé a Luis a seguirme.

— Ven, aquí podremos bucear.

Nadamos contra corriente un buen rato. Por más que braceábamos, cuando le habíamos ganado un metro al agua, el cansancio nos hacía bajar el ritmo y la corriente nos devolvía al punto de partida. Después de mucho esfuerzo conseguimos llegar a la zona más profunda, donde se podía bucear. Todo se torció muy rápido. De repente, algo me tocó el pie. Lancé un grito y tragué agua. Tosí hasta que me dieron ganas de vomitar. Luis, que aún era muy pequeño, se asustó. Pensó que me estaba ahogando. Se puso a llorar y por poco no lo arrastró la corriente. Lo que me había tocado el pie

resultó ser una trucha, que después de pegar un salto frente a nosotros un par de metros más adelante, se marchó nadando en dirección a Navia. Aún histéricos y agotados, decidimos dejarnos llevar por el agua hasta la zona cercana a los abuelos. Pero cuando procedimos a estirarnos para que el agua nos arrastrara, un brazo peludo nos asió. Era el abuelo, que pese a no ser muy buen nadador había venido a buscarnos al oír nuestros gritos. Braceamos con él hasta que pudimos tocar las piedras que cubrían el fondo del río con los pies. De pie en medio del río esperamos la bronca del abuelo. No usó palabras, una de sus miradas más severas bastó.

— ¿Te acuerdas de cómo nos miró el abuelo? — pregunté mientras mordisqueaba un trozo de queso.

— Si hubiera sido solo una mirada…

— Yo no recuerdo nada más.

— Claro que no, para ti no tuvo consecuencias, como siempre. Eras su ojito derecho, su niña, admítelo.

Me sonrojé.

— Lo que yo recuerdo es que no nos habló en toda la tarde, pero no le contó nada a la abuela. Después comimos los bocadillos, nos dimos un último chapuzón y volvimos a casa.

— Fue tal que así.

— ¿Entonces?

— Cuando llegamos y te marchaste a buscar a Sandra a casa de Javiel se lo contó, muy enfadado, a mis padres.

— ¿De verdad? — Se me escapó una sonrisa socarrona— . Desde luego que era su favorita.

— No veas la reprimenda de mis padres. Quedaban dos días para que volviéramos a Barcelona y no me dejaron moverme de su lado hasta que nos marchamos.

— ¡Es verdad! Te costó muchísimo que te dejaran venir a Navia los

veranos siguientes.

— Sangre, sudor y lágrimas.

Nos reímos y brindamos por el recuerdo del abuelo. Durante un rato me olvidé de todo.

32

Viernes 17, cinco días después del Arde Lucus, 22:00h.

Mientras de pie en la cocina, Luis y yo rememorábamos batallitas de nuestra niñez, en otro edificio de la misma ciudad un hombre con una gabardina acababa de llegar a casa. Se trataba del doctor Ángel Blanco Casas, a quien le había costado encontrar un sitio donde aparcar al llegar de A Coruña, donde pasaba consulta cuatro veces por semana. Llegó cansado y después de darle un beso a su mujer, se metió directamente en la ducha. Después se sentó a cenar dorada a la plancha con patatas fritas. Ella se interesó por cómo le había ido el día, pese a que se habían visto apenas unas horas antes cuando ella pasó por su consulta.

— Todo bien, salvo esta tarde. Justo antes de que aparecieras tú, una mujer muy extraña vino para hablarme de su hija. Una chiquilla de dieciséis años a quién se la ha ido de las manos el sexo y se ha quedado embarazada. Pretendía que yo la hiciera abortar, ja. Lo lleva claro.

Continuó masticando las patatas con parsimonia.

— No veas cómo llovía en Coruña. Y al llegar, una niebla… No veía nada por la carretera — dijo con la boca llena.

Ella no estaba interesada en la niebla. Quería saber más de esa mujer.

— Y luego, ¿has podido convencerla y frenar esa barbaridad?

— No ha habido manera. Un poco más y me escupe. No sabes la cara que ha puesto cuando le he dicho que debería recapacitar. — Hizo una mueca— . Pobre niña, su madre la va a destrozar. Pero bueno, no he tenido más remedio que derivarla a la clínica.

— Madre mía, Ángel. Eres un desastre. No sirves para nada. ¡Deberías haberlo impedido!

— ¿Y qué querías que hiciera, eh? Mira, estoy cansado, me voy a la cama — pasó por su lado y la dejó sola en la cocina.

Ella le siguió a la habitación, desesperada por obtener más información. No consiguió arrancarle ni una palabra más. Le suplicó que le hablara mientras él se lavaba los dientes. Silencio. También mientras preparaba la ropa para salir en bici a primera hora de la mañana. Silencio. Incluso mientras se metía en la cama y apagaba la luz. No salió ni una sola palabra de su boca. El doctor estaba cansado de su vida. Sentía que no hacía más que trabajar y que, al llegar a casa, ella aún tenía algo que recriminarle. Cada día algo nuevo. Se había casado con una pobre infeliz que llenaba sus días molestándolo a él. Qué distinta era cuando se enamoraron.

Se dio la vuelta en la cama, dándole la espalda a la sombra que esperaba de pie junto a él para terminar la conversación. Se distrajo pensando en la excursión en bici que iba a hacer al día siguiente con dos colegas. Ochenta kilómetros y un desayuno para campeones. Eso sí que le hacía feliz. Esperaba el fin de semana capeando las turbulencias que provocaba su mujer cada noche para poder salir con la bici y olvidarse de ella. Era infeliz todos los días de la semana excepto el sábado, cuando se sentía libre con su bici. Recuperaba su virilidad gracias a los esfuerzos que hacía en esa Orbea, pero durante la semana se iba quedando sin reservas por las reprimendas constantes de su mujer, que lo acusaba de ser poco hombre para satisfacerla. Estaba harto y por eso había mandado preparar los papeles del divorcio, pero aún no había reunido el valor para sacarlos de su despacho, donde acumulaban polvo escondidos entre los informes de sus pacientes. Por fin, su mujer se marchó de la habitación pegando un portazo. Solo en la oscuridad, se alivió como cada noche. Después, en el baño, lloró por su desgracia. Si hubieran sido capaces…

Mientras el doctor le daba vueltas a su caótica vida marital y planeaba ponerle fin, ella se lavaba las manos con ahínco. Después se preparó un té en la cocina. Necesitaba calentarse. Andaba descalza y tiritaba, pero no se preocupó de ponerse calcetines o zapatillas. Prefería notar el frío del suelo antes que no notar nada.

Al terminarse el té, fue a darse una ducha, la cuarta de ese día. Nunca se sentía limpia del todo. Arrastraba esa sensación desde niña. Sacudió la cabeza, no quería rememorar su infancia. Se enjabonó todo el cuerpo y se frotó compulsivamente hasta que su piel enrojeció y los cortes de sus muslos amenazaron con empezar a sangrar. Contempló sus piernas, salpicadas de cicatrices. Algunas tenían más de cuarenta años, otras, en cambio, eran recientes. Al salir de la ducha sintió ganas de orinar y cuando terminó volvió a abrir el grifo para limpiarse de nuevo. Después invirtió un largo tiempo en untarse de crema, ponerse desodorante y rociarse con agua de rosas. Solo así aplacó la rabia que se acumulaba en su pecho.

Hacía días que sentía la necesidad de volver a las andadas y ningún corte había conseguido mitigar esa sensación. Al principio, frenó las ganas a base de largas sesiones de boxeo en el gimnasio. Todas las mañanas, antes de salir de casa, hacía cuarenta abdominales. Después se dirigía al gimnasio, donde su entrenador personal la machacaba con distintos ejercicios. Hacía todo eso en ayunas, tenía siempre el estómago cerrado. Cuando salía del edificio donde entrenaba, se sentía mucho mejor, pero al volver a casa el piso se le caía encima. Se encerraba entonces en la habitación y continuaba haciendo deporte. Cuanto más músculo ganaba, más tranquila se sentía. Ya no dependía de ningún hombre. Al fin y al cabo, cuando lo había necesitado nadie la había ayudado.

Cuando salió del baño escuchó los ronquidos de su marido desde el pasillo. Le volvió a la mente esa madre que, como la suya, iba a obligar a su hija a tomar la peor decisión de su vida. Se dio lástima a sí misma. El trauma que había vivido de pequeña había ido forjando en su interior una ira que era cada vez más grande. Ya no podía controlarla ni contenerla, solo había un modo de calmarse y era que otras pagaran por lo que ella había sufrido. Malgastaban su fertilidad cuando ella solo tenía un deseo y era poder ser madre para proteger a su criatura como nadie había hecho con ella. Cegada por la rabia que esos pensamientos habían reavivado, registró el maletín de su marido. Abrió la agenda con prisas y buscó el 17 de junio. El muy imbécil solo anotaba cosas personales. Ir a la farmacia, engrasar la bici, comprar el pan. Distinguió una especie de cuenta atrás. Cada día estaba señalado con un número

descendiente. Le pudo la curiosidad y buscó en Google qué pasaría el viernes 19 de agosto. La tiró bruscamente al suelo al darse cuenta de que tan solo indicaba el inicio de La Vuelta a España y lo odió todavía un poco más. En vez de apuntar las cosas importantes, pasaba todo el día pensando en el ciclismo. La sacaba de quicio.

Después de volver a lavarse las manos, se encerró en el despacho de su marido, lleno de papeles, pañuelos usados y diplomas. Al sentarse en la butaca frente al ordenador, contempló el marco con la foto de su boda. Cómo habían cambiado las cosas. No se reconocía. Esa joven que sonreía en la foto no se parecía en nada a ella. La vida le había pasado factura y ahora su rostro estaba marcado por las arrugas y no se acordaba de cómo se movía la boca para sonreír. No entendía cómo esa chica de la foto había conseguido ser feliz, al menos durante un tiempo, después de todo lo que le había sucedido durante la infancia. Si hubiera sido lista, se hubiera quitado de en medio. Volvió a fijar la vista en la fotografía. Esa pareja de enamorados la miraba fijamente y se reía de ella.

Habían tenido una boda perfecta, un matrimonio perfecto durante los diez primeros años. Ella había conseguido escapar de su casa gracias a esa unión y le estaba muy agradecida, pero el paso del tiempo le demostró que aquello había sido solo un parche. Ángel era muy poco hombre. No había conseguido satisfacerla, ni en la cama ni dándole lo que ella más quería, un hijo que le permitiera olvidarse de su pasado y del bebé que no le habían dejado tener. Cuántas veces había pensado que debería haberse casado con Antonio, el fontanero del pueblo, como quería su madre. Con él habría tenido la vida que deseaba y no esa basura a la que la había condenado su marido. En cambio, eligió a Ángel por su bonita sonrisa, su espalda ancha, el modo en el que susurraba su nombre cuando estaban solos. Ahora, de aquel amor de juventud, de la locura de las primeras veces, ya no quedaba nada. De un golpe hizo caer el marco, obligando a esos dos extraños a dejar de mirarla desde la felicidad que nunca más volvería a experimentar.

Se frotó las manos con gel hidroalcohólico. Había obligado a su marido a tener una botella siempre a mano y lavarse las manos antes de acercarse a ella. El olor a alcohol la ayudó a centrarse. La ira hacia esa madre en la que veía reflejada a la suya volvió a

imponerse a la tristeza y le invadió la determinación para cumplir con lo que había ido a hacer al despacho. Se llevó las palmas de las manos a la nariz y aspiró ese aroma antiséptico que la ayudaba a concentrarse. Después apagó la luz de la habitación. Le bastaba con la de la pantalla, y a su marido le sería más difícil encontrarla si se levantaba. Quería entrar en su ordenador, como tantas otras veces, para poder cumplir con su cometido. Pulsó cuatro teclas que le dieron acceso al escritorio de su marido. La combinación era la fecha en la que se habían conocido. Ni siquiera eso la enternecía. Entró en el programa donde su marido anotaba los nombres de las pacientes que había visitado cada día. Rellenó la pestaña que le reclamaba un usuario y una contraseña para acceder a los datos. Había conseguido sonsacárselo a su marido a base de unas cuantas noches de acción en las que él había disfrutado mientras ella disimulaba su aburrimiento. Es increíble lo que se puede conseguir de un hombre dándole placer después de años de sequía. En uno de esos arrebatos de pasión de su marido, consiguió ingeniárselas para que le confesara la contraseña que servía tanto para iniciar el ordenador como para acceder a aplicaciones, programas, correo electrónico y demás.

— Te he echado de menos — le dijo acariciándole los hombros desnudos.

— Pues no me lo demuestras. No eres nada romántico — respondió ella con la vista clavada en la pared.

— ¿Cómo que no? Si incluso tengo nuestra fecha como contraseña en todos lados…

Ella había esperado a que se durmiera para levantarse y correr al despacho. Comprobó que le había dicho la verdad y se metió en la ducha antes de volver de puntillas a la cama. Ya encontraría la ocasión para usar esa información, por el momento él no debía sospechar nada. Al día siguiente, volvió a darle lo que él más deseaba, pero esta vez no obtuvo ninguna recompensa. Fue la última vez que se acostaron. El misionero duró un minuto, hasta que se derrumbó exhausto sobre ella. No le importó en absoluto. Ya no lo necesitaba y el deseo hacía tiempo que no significaba nada para ella.

Aquella noche, la tercera vez que suplantaba a su marido para consultar su agenda, no fue distinta y pudo acceder sin problemas a los datos del gran doctor Ángel Blanco. Gran doctor, poco hombre, volvió a pensar. Repasó meticulosamente los nombres de las pacientes. Había empezado a las nueve, atendiendo a Noelia Gómez. Pasó de largo, él había comentado que la mujer se fue poco antes de que ella llegara y eso había sucedido por la tarde. Tampoco le interesaron Nieves Tomás, Alicia Martínez, Mari Luz Domínguez ni Lara Gallego. Todas ellas habían acudido a la consulta de su marido por la mañana. En la franja de la tarde había solo tres nombres: Lucía Montes, Abril Castillo y Teresa López. A priori era imposible saber cuál era la que quería matar a su nieto y marcar para siempre la vida de su hija. Se sintió frustrada y, de nuevo, echó mano del gel hidroalcohólico para calmarse. Presionó su frente con fuerza mientras aspiraba ese aroma reconfortante. Le dolía la cabeza, la rabia hacía que se le agolpara la sangre en la sien y estaba agotada. Se frotó los ojos y la tensión que le nublaba la vista fue diluyéndose poco a poco. Sintió la tentación de abandonar su búsqueda y meterse en la cama, pero era demasiado concienzuda, nunca dejaba nada a medias y el rigor caracterizaba cada uno de sus actos. Por eso resopló y volvió a leer con atención esos tres nombres. El segundo le sonaba, pero no conseguía recordar por qué.

Decidió leer la historia clínica de la primera, pero no le sirvió para descartarla. Era una mujer de 39 años que bien podía ser la madre de la que le había hablado su marido durante la cena. Se arrepintió de haberle hablado mal. Quizá si hubiera controlado sus impulsos él le habría dado más detalles. A veces Ángel tenía ganas de charlar y le contaba los problemas de las mujeres a las que atendía, que ella escuchaba con deleite. Como esa vez que llegó a la consulta una mujer con síndrome de ovario poliquístico. Se habían reído un buen rato de la barba que tenía esa pobre desdichada, de sus michelines y el pelo que le salía por todo el cuerpo. Ahora ya era tarde, su marido pasaría días en silencio.

Murmuró de nuevo el nombre de la segunda mujer. Abril Castillo. Abril Castillo. Abril Castillo. ¿De qué le sonaba? Odiaba la sensación de tener algo en la punta de la lengua y, sin embargo, no caer. Pensó que si tanto le sonaba debía ser una actriz o una cantante, quizá alguien de la televisión. Eso la impulsó a buscarla

en Google. Fue en la segunda página del buscador donde encontró la respuesta. Las primeras entradas mostraban perfiles de Instagram de chicas mucho más jóvenes que la mujer que buscaba y artistas que tampoco encajaban. Más abajo hizo click en un artículo sobre un best seller que recordaba haber leído hacía muchos años. Amplió la imagen para comprobar que la autora del libro era, en efecto, Abril Castillo. Presa de una corazonada, entonces sí se calzó y salió de casa a toda prisa. Bajó al parking y después de pelearse con la cerradura consiguió abrir la puerta del trastero. El fuerte olor a humedad de la estancia impactó contra sus fosas nasales nada más entrar. Al fondo vio apiladas unas cajas cubiertas con un plástico negro para evitar su deterioro, más que probable en un lugar con tanta humedad. Pasó horas rebuscando en ellas, hasta que cerca de las dos de la madrugada, justo cuando las tuberías del edificio rugieron porque un vecino había tirado de la cadena, apareció el ejemplar que buscaba. Abrió las solapas del libro y leyó la descripción de la autora. Calculó la edad que debía tener y resultó encajar en el perfil de la mujer que había visitado su marido. Con el libro en la mano, subió y después de lavarse las manos volvió a sentarse frente al ordenador. Descartó enseguida el tercer nombre. Era el de una mujer en la semana 38 de embarazo. Ella no había escogido el mal camino, no había sido egoísta como las demás.

Se levantó de la silla para estirar la espalda. Se notaba las cervicales muy cargadas, los músculos agarrotados por la tensión que desde niña nunca la había abandonado y que ahora incluso se había exacerbado. Se llevó la mano a la zona de las lumbares. Su propia caricia le recordó al tacto de las manos de su padre y apartó la mano con aprensión. Antes de volver a sentarse, alcanzó el móvil y escribió un mensaje, como hacía cada vez que su fantasma se presentaba ante ella.

Eufórica por encontrar a su siguiente víctima, contempló los dos nombres que le quedaban. Tenía que descartar uno. Se inclinaba por la segunda mujer, Abril, pero no podía volver a fallar. La urgencia de encontrarla pronto la impulsó a continuar. Quizá incluso podría salvar la vida del bebé si la hallaba antes de que llevara a su hija a la clínica que Ángel le había recomendado. Para estar segura de su elección, entró en el historial de la primera. Le habían recetado Omifin y tenía una cita programada para dos

semanas después. Ese fármaco se administra para estimular los ovarios y aumentar los estrógenos en mujeres infértiles. Desgraciadamente, ella lo conocía bien. Dudó de que una mujer con una hija adolescente embarazada quisiera traer otra vida al mundo y pasara por un proceso tan duro precisamente en ese momento, pero no tenía manera de confirmarlo. El histórico de Abril no daba mucha información. La cita de ese día con su marido había durado menos de veinte minutos. Eso encajaba con la discusión que él había descrito, pero no tenía manera de estar segura al cien por cien. Cansada, decidió dejarse llevar por su intuición. Borró a Lucía Montes de la lista y la sustituyó por Abril Castillo. A pesar de que ya había diez mujeres entre sus objetivos, la situó a la cabeza. Se lo había ganado a pulso.

Comenzó entonces una investigación exhaustiva en internet. Le costó encontrar información de esa escritora. Parecía que había publicado un único libro, un best seller, y había desaparecido por completo. Su nombre aparecía en la página web de un portal de vinos, pero descartó que fuera la misma persona. ¿Por qué iba una escritora a dejar su carrera, que acababa de arrancar de una forma brillante, para dedicarse a vender vino? Siguió buscando. Solo encontró dos entrevistas, que se remontaban a veinte años atrás. Se preguntó si había dejado de escribir para criar a esa niña a la que ahora iba a castigar. Su búsqueda, en ese momento infructuosa, la llevó a las redes sociales. Encontró varias mujeres con ese nombre en Facebook. Agradeció que no tuviera un nombre común, pues hubiera sido imposible localizarla entre tanta gente. Finalmente, en el noveno perfil que consultó, la encontró. No le sirvió de mucho, la última publicación databa de hacía diez años. Supuso que era ella porque tenía los mismos ojos tristes que la chica que la miraba desde el libro abierto encima del escritorio. Saltó a Instagram. Le pidió a Dios que no tuviera un perfil privado y cuando encontró la misma foto y pulsó sobre su nombre, le agradeció haber respondido a sus plegarias. Comprobó que después de años de inactividad había subido una foto ese mismo día. Era un selfi con un hombre de aspecto afable. Reconoció la calle de la foto. Los protagonistas de la instantánea se reían sin saber que con esa imagen le habían dado una información fatal. Debajo, Abril había escrito: "Cena de reencuentro y planificación del próximo verano". Sonrió, por fin satisfecha. Apagó el ordenador pensando: «Ay, queridiña, no lo

prepares mucho porque no vas a llegar».

33

ABRIL

Sábado 18, seis días después del Arde Lucus, 6:00h.

A las cinco descorchamos la última botella de vino que tenía en casa. Después de cenar aquella maravillosa dorada, habíamos encadenado una historia con otra hasta acabar borrachos de recuerdos y de vino. Al río le siguieron historias de las ferias de Becerreá donde habíamos devorado kilos de pulpo cada tres y diecinueve de mes. El abuelo siempre pagaba la cuenta, por más que los tíos protestaran. Después, mientras los mayores hacían la siesta en el piso que los abuelos habían comprado en Becerreá, los primos jugábamos a las cartas y bebíamos mosto a escondidas encerrados en una habitación. Cuando yo ganaba todo iba bien, pero si perdía y mis primos se burlaban, el juego acababa pronto e íbamos corriendo a despertar a los abuelos para que nos llevaran de vuelta a la aldea. Ahí había mucho más que hacer. Trepábamos por las higueras de la parte posterior de la casa, nos metíamos en el pozo a bucear, atrapábamos lagartijas y ranas para después dejarlas libres cuando los tíos nos prohibían adoptarlas como mascotas, jugábamos con los demás niños del pueblo. En definitiva, sin saberlo estábamos paladeando día a día pequeños sorbos de felicidad. Luis estaba arrepentido por haber privado a sus niños de esos recuerdos, pero le insistí en que habían visto mucho mundo y eso también era bueno para ellos. Recordarían esos momentos con sus padres. Yo no había tenido la oportunidad.

Cuando la conversación adoptaba tintes dramáticos, cambiaba de un volantazo el tema sobre el que estábamos hablando. Conducía la conversación evitando los baches de mi propia vida. En un momento dado, surgió la pregunta más típica de las comidas familiares, para la que no hay escapatoria.

— ¿Y ahora, tienes pareja?

— Es largo de contar — dije esperando que captara que se trataba de un tema que no quería tocar.

— Son las tres, aún hay tiempo antes de que salga el sol.

— Es algo complicado. No lo tengo claro ni yo.

Por primera vez me sinceré completamente con alguien. Le expliqué la culpabilidad que sentía cada vez que un hombre tenía un gesto amable hacia mí. Le confesé que le recordaba cada vez que me tocaban. Pero también admití que la necesidad de cariño que había ido amontonando en los últimos años me había empujado hacia Martín casi sin darme cuenta. Se lo conté todo: cómo había empezado solo como algo esporádico, la manera como habíamos ido ganando intimidad, el terror que sentía por ello. Le expliqué que no quería que se me fuera de las manos y por eso lo había apartado de malas maneras, pero que enseguida había vuelto a caer porque creía que ese hombre me gustaba de verdad. Me escuchó atentamente mientras daba pequeños sorbos a su copa. Me pareció incluso que se emocionaba.

— Ha llegado el momento, Abril.

— ¿De qué?

— De pasar página. Él lo entendería.

— Aún lo echo de menos.

— Y lo echarás de menos siempre, pero no puedes encerrarte en los recuerdos. Hay muchas cosas para ti ahí fuera.

— Algo ha cambiado en mí estos días — reconocí.

— Ese es el poder que tengo — dijo guiñándome un ojo.

Las existencias de vino se acabaron a las cinco y media. Me levanté para ir al baño con paso tambaleante. Al volver al salón vi que Luis se había quedado dormido en el sofá sin ni siquiera estirarse. Le puse una manta por encima y un cojín bajo el cuello para que el

despertar fuera más agradable. Bebí agua del grifo del fregadero y aproveché para tomarme un ibuprofeno. Quería prevenir una resaca que a juzgar por la ingesta de vino de aquella noche se preveía antológica. Me senté al otro lado del sofá donde Luis roncaba a mirar el móvil. Marina me había escrito alucinada con mis últimos descubrimientos. Quería quedar por la mañana, pronto, para poner sobre papel todo lo que le había contado y decidir los siguientes pasos. Me pareció buena idea y así se lo escribí. Respondió pocos minutos después, cuando acababan de tocar las seis de la mañana.

— ¿Estás bien? — le escribí.

— No puedo dormir. No me puedo creer lo del médico. ¡Será cabrón! Y tú, ¿qué haces despierta tan pronto?

— Tampoco he dormido. Cené con Luis y la cosa se alargó. Ahora voy a escribir un rato. ¿A qué hora quieres quedar?

— Empiezo a trabajar a las nueve, así que tengo que estar en el hospital a las 8:30h.

— Necesitaremos un buen rato. ¿A las siete?

— Vale. En Manso, ¿no?

— Si no te importa, quedamos en la cafetería de Ramon Ferreiro, ya sabes, la que está cerca de las dos torres. Después quiero ir a ver a Marcos y me queda más cerca. Así no doy tanta vuelta — tecleé.

— ¿La que está un poco más allá de la Urbana?

— Exacto.

— Sin problema. ¿Para qué vas a casa de Marcos?

— Quiero explicarle lo que hemos descubierto. Quizá él también conoce al médico y podría saber quién es su cómplice.

— Puede ser. Pues quedamos así.

— Hasta luego — escribí antes de cerrar la aplicación y ponerme a trabajar.

Desde mi casa, llevaba cinco minutos llegar a la cafetería, por lo que aún tenía media hora para avanzar en la novela. Escribir me quitó el mal humor de la falta de sueño. Apunté en las notas del ordenador todos los acontecimientos que tenía que narrar en el libro. Iba a ser una novela tan real como esos crímenes. Trabajar en el índice me llevó más tiempo de lo que esperaba y cuando miré el reloj habían pasado cuarenta y cinco minutos. Marina me iba a matar, era imposible llegar puntual. Dos minutos me bastaron para vestirme, ni siquiera me lavé la cara. Encendí la cafetera mientras corría al baño a ponerme por lo menos un poco de colorete. La piel lánguida y blanca de mi cara contrastaba con dos bolsas negras bajo los ojos que daban buena muestra de esa noche de confidencias y vino, mucho vino. Al volver al salón, Luis se había estirado a lo largo del sofá, con el portátil y mis notas debajo. No debía verlas. Con un brazo alcé sus piernas mientras la mano libre recogía las hojas esparcidas por el sofá. Dijo algo en sueños y sin darse cuenta de mi maniobra, se dio la vuelta en el sofá. Incrustó la cara entre dos cojines y siguió durmiendo, ajeno al despertar de la ciudad y a mis paseos por casa. Guardé las hojas en el cajón de la mesilla de noche y me tomé el cortado de un trago. Ya eran las 6:55h, si no salía, no iba a llegar a tiempo. Aún me entretuve un poco más escribiéndole una nota a Luis para que no se preocupara si se levantaba y no me encontraba en casa. Contaba con estar de vuelta al mediodía y dudaba que Luis hubiera recuperado la conciencia antes, pero aun así me quedé más tranquila dejando un post-it en la nevera. A las 6:58h bajé brincando las escaleras de la portería. Fuera hacía frío. Me arrebujé en mi abrigo negro, el primero que había alcanzado del perchero al salir de casa con tanta prisa.

Una niebla muy densa había vuelto a tomar las calles. Serpenteaba entre los edificios y adoptaba formas fantasmagóricas que se rompían cada vez que alguien la atravesaba. Los faros de los coches apenas podían romperla y conducir se convertía en un acto de fe. La oscuridad que la acompañaba teñía las calles y deprimía a los peatones, que aceleraban sus pasos para llegar cuanto antes a su destino. Se afanaban en refugiarse de la niebla que les perseguía, lenta pero constante, cada mañana cuando se dirigían al trabajo. Para los turistas ese fenómeno meteorológico le confería un halo de misterio a la ciudad que los locales no apreciaban. No le daban importancia a la niebla, tan solo era una molestia con la que tenían

que convivir. Para ellos se trataba de la misma compañera de todos los días, ya fuese invierno o verano. A mí, en cambio, me apagaba. Me sucedía desde pequeña. Pese a que en la aldea donde me había criado había incluso más niebla que en la ciudad y le llevaba horas levantarse, nunca me había acostumbrado a ella. Incluso había conseguido colarse en mis pesadillas, cuando Carlos surgía entre la niebla para pedirme que le salvara. Miré al cielo. Calculé que ese día se marcharía hacia las once. Era algo que los gallegos habíamos aprendido a precisar, una especie de superpoder. Avancé entre la humedad y el frío hasta dejar la calle de mi casa. A la derecha quedaba la Praza de la Constitución, a la izquierda uno de mis lugares favoritos de la ciudad, el Vello Cárcere.

Contemplé sus paredes de un blanco ya desgastado por el paso del tiempo y la humedad. Recordé haberla visitado el mes anterior, cuando yo misma percibía mi vida como una cárcel. El edificio, diseñado por el arquitecto Nemesio Cobreros dos siglos antes, era amplio. En el centro, un espacio circular permitía a los guardias vigilar a los presos en sus celdas. Eran hombres y mujeres que llevaban toda una vida encerrados, en muchos casos víctimas de la guerra civil y la represión. Años después, el Vello Cárcere se convirtió en la segunda cárcel modelo del Estado español y, como la primera, también apostó por la individualización del preso mientras en las demás primaba el sistema de aglomeración.

Poco quedaba ya de la vieja cárcel, el concello se había encargado de reconvertirla en un atractivo turístico y cultural para la ciudad. El antiguo patio de los hombres, de hecho, acogía ahora una exposición de la guerra civil y la posguerra destinada a conservar la memoria histórica. En la zona de las mujeres y en la primera y segunda planta de la de los hombres, se podían visitar exposiciones temporales que atraían a una gran cantidad de público. Gracias a la transformación llevada a cabo por el Ayuntamiento, los lucenses podían visitar el interior de un lugar hasta entonces escondido y descubrir los secretos a los que antes solo accedían aquellos que habían perdido su libertad. Seguí andando a toda prisa hasta dejar atrás ese imponente edificio.

Tomé la Avenida Anxo López hasta vislumbrar el Seminario a la izquierda. Era un complejo muy grande, formado por el Colegio

Diocesano San Lorenzo, los Seminarios Mayor y Menor, en el que ahora estaban las oficinas municipales del Ayuntamiento de Lugo, el Instituto Teolóxio Lucense y la Casa Sacerdotal San Froilán. Nunca había visto esos edificios por dentro, me bastaba con apreciar su belleza desde fuera. Lo que le pasó a Carlos me había quitado todo rastro de fe en Dios y aún creía menos en una institución como la Iglesia. Ese complejo monumental no me atraía en absoluto, aunque por supuesto apreciaba la belleza de su arquitectura.

Cuando giré la esquina para tomar por fin la Avenida Ramon Ferreiro el móvil me vibró en el bolsillo. Me frené para comprobar quién me escribía. Se trataba de Marina. Eran las 7:05h, me había entretenido contemplando los edificios a mi paso.

«¿Dónde estás? No me habrás vuelto a dejar plantada…», había escrito Marina con una decena de emoticonos enfadados al final de la frase.

«Pesada, ya llego. Mira, estoy aquí».

Le pasé mi ubicación en directo para que no hubiera dudas de que no me había olvidado de nuestra cita. Solo llegaba un pelín tarde, la puntualidad no era mi fuerte. Recorrí los metros que me faltaban hasta llegar a la cafetería, que resultó estar cerrada.

— Por eso te escribía. No abren hasta las ocho.

Miré el reloj. Quedaban más de cincuenta minutos. Optamos por dar una vuelta. Elegimos el parque de Rosalía, un lugar que no había vuelto a pisar desde la muerte de Carlos más que para ir al circo durante el Arde Lucus. Me costó, pero conseguí dirigir mis pasos hasta ese jardín que tanto había disfrutado en mi adolescencia, cuando iba a leer debajo de los árboles acariciada por el viento y acompañada por el canto de los pájaros. Al entrar me di cuenta del tiempo que había pasado y la cantidad de estragos que había causado en el parque. Los bancos estaban o bien garabateados con grafitis o estropeados por la humedad extrema de ese lugar cercano al río, que discurría debajo de la pendiente coronada por el parque. En el suelo había botellas de la noche anterior y en los matorrales centenares de colillas, algunos preservativos y

envoltorios de bollería industrial. Una oda a la vida sana. A esas horas, el parque aún estaba sumido en la oscuridad, pese a que la luz empezaba a colarse entre los árboles. Aspiré el olor a tierra mojada que se mezclaba con el perfume afrutado de Marina. Mientras disfrutaba de la paz del parque, de sus olores y del tacto del viento que acariciaba mi cara, ella rebuscaba en su bolso entre exabruptos. De él sacó un par de bolsas de plástico, plegadas en un triángulo diminuto para que no ocuparan espacio.

— Ay madre, ahora sí que pareces mi abuela — señalé mientras desplegaba la que me había tendido.

Lo cierto es que nos vinieron bien para sentarnos en uno de los bancos sin mojarnos los pantalones. Nos encontrábamos solas en el parque, o al menos eso parecía. Luego sabría que una figura nos vigilaba escondida. Acordamos que esa tarde iríamos juntas a hablar otra vez con la familia de Natalia. Queríamos aclarar su relación con el doctor y descubrir cómo había podido conocerlo si, como sospechábamos, no había ido a verlo a su consulta. Sabíamos que Ástrid sí lo había hecho, puesto que Marcos me había confirmado en una breve llamada la tarde anterior que había aprovechado su día libre para visitar a una amiga en A Coruña.

— Tú puedes hablar con la madre. Yo lo haré con la abuela, la última vez parecía que tenía ganas de charlar, pero salieron a buscarla y se interrumpió la conversación — propuse.

Quedamos a las seis en mi casa, antes iba a ir a ver a Marcos, y a mediodía me acercaría a la comisaría para comer algo rápido con Martín. Quería saber quién era la mujer con la que lo había visto la mañana anterior. A Marina no le pareció demasiado bien, pero las dos sabíamos que iba a hacerlo de todos modos. Nos despedimos allí mismo. Ella había aparcado cerca del parque aprovechando que la zona azul hacía años que no funcionaba y era un lugar donde siempre había sitios libres. Me quedé unos minutos más sentada en el banco, presa de nuevo de los recuerdos que despertaba en mí. Me vinieron a la mente las palabras de Luis, no podía vivir anclada a ellos, así que saqué el móvil del bolsillo del abrigo y le escribí a Martín.

«Podríamos comer juntos. ¿Te voy a buscar al trabajo y picamos

algo rápido? Llegaré sobre las dos».

Di por hecho que aceptaría. Por más trabajo que tuviera, tenía que comer de todas formas. Le echaba de menos pese a haberlo visto con otra mujer en una actitud muy cariñosa que no me había gustado nada. Aunque quería explicaciones, también me apetecía mucho verlo. Guardé el móvil, esta vez en el bolso bandolera que me había regalado Marina en las Navidades del año anterior, y me levanté del banco. Tiré la bolsa sucia a una papelera cercana y empecé a subir hacia Ramon Ferreiro por la Rúa Doutor García Portela. No había un alma en la ciudad, ni siquiera la pulpería O Xugo había abierto las puertas. La ciudad aún no se había despertado. El suelo de piedra se aliaba con la niebla para ahogar el eco de mis pasos. Respiré el aire puro de esa zona mientras caminaba distraída pensando en la abuela de Natalia. Presentía que ella podía tenía la clave de la historia.

Antes de llegar a la rotonda para abandonar definitivamente el parque, oí un ruido a mi espalda. Al girarme, la Niebla me embistió con un mazo de madera. Tuve tiempo a moverme lo justo para evitar el golpe en la cabeza, pero volvió al ataque, esta vez con un impacto certero en el estómago. Me doblé y caí de rodillas. En esa posición, casi como si le suplicara clemencia, no dudó. Cogió impulso y estrelló el mazo contra el temporal izquierdo de mi cabeza.

Nadie la vio arrastrar mi cuerpo inerte hasta un coche situado a pocos metros. Atada con el cinturón, me situó de manera que apoyara la cabeza en la ventanilla. En esa posición parecía que dormía plácidamente. Sus manos enguantadas se ayudaron de un pañuelo para limpiar la sangre que emanaba de la herida de la cabeza y me ajustó la capucha para disimularla. Se permitió incluso el lujo de sacar una foto una vez completó la escena. Arrancó con tranquilidad en dirección al centro. Circuló por las calles peatonales por donde solo pueden moverse los coches de los vecinos. Se cruzó con una patrulla y bajó la ventanilla.

— Chao, chicos. ¡Pasad un buen día! — los saludó sin un ápice de preocupación.

Los agentes le devolvieron el saludo y pasaron de largo. No se

fijaron en la mujer que dormía en el asiento de atrás. Metió el coche en un garaje minúsculo que conectaba con un edificio en ruinas con vistas a la muralla. Me subió arrastrándome por las escaleras. Mis huesos chocaban contra los escalones. Al llegar al primer piso, me ató con una cadena. Yo seguía inconsciente. La ciudad continuaba dormida. Empezaba una jornada que se esperaba soleada, pero nadie tenía prisa por salir a la calle. Era sábado por la mañana, pero la Niebla no sigue ningún calendario.

34

ABRIL

Sábado 18, seis días después del Arde Lucus, 13:00h.

Cuando desperté, un rayo de luz iluminaba una estancia llena de polvo y suciedad. Estaba desnuda sobre un colchón también sucio, de un color oscuro y con cercos negros. Al incorporarme, un intenso dolor de cabeza me obligó a volver a tumbarme sobre ese lecho asqueroso. Los muelles se clavaban en mi cuerpo maltrecho. Aunque la herida de la cabeza había dejado de sangrar hacía horas, el colchón había pasado de ser gris a teñirse de un rojo oscuro. Alcé la mano hasta tocar la herida con la punta de los dedos. Me mareé solo de palparla. Al tacto parecía una brecha muy grande. Volví a intentar levantarme muy lentamente. Esa vez lo conseguí, aunque el dolor de cabeza se volvió más intenso. Busqué por la habitación algún trozo de tela que me permitiera cubrir la herida. La pérdida de sangre ya me había debilitado y si quería tener alguna opción de salir viva era importante conservar las fuerzas hasta el momento preciso. Iba a volver, de eso estaba segura.

Me apoyé en la pared mientras recorría mi cuerpo con las manos para comprobar si había más heridas o golpes. La superficie de la pared ennegrecida estaba helada. Su tacto me recordó al musgo del bosque, pero sabía que estábamos en el centro de la ciudad. Me lo confirmó la imponente muralla que se vislumbraba a lo lejos a través de un pequeño ventanuco lleno de telarañas y plásticos también mohosos. Cuando mis manos llegaron a la cintura toparon con una cadena que no había percibido hasta entonces. Se hizo evidente el frío del metal clavándose en mi piel y ya no pude dejar de sentirlo. Me di cuenta de que el roce incluso me había hecho una llaga de la que supuraba un líquido transparente. Cada movimiento suponía un suplicio, por lo que decidí quedarme quieta y observar el lugar. Abrazada a mí misma, con las rodillas a la altura de los

pechos desnudos y los tobillos pegados por la fuerza de una cuerda que me impedía el movimiento, me limité a esperar. El tiempo fue pasando muy lento y en un momento dado me volví a quedar dormida. Entreví entonces las caras de los abuelos, el gesto severo de ella y su dedo acusador apuntándome como cuando hacía travesuras. La sonrisa de pillo del abuelo. Al intentar alcanzarlos se evaporaron y en su lugar apareció Carlos. Me miraba muy serio y por más que se lo pedí, él tampoco me habló. Después se marchó con los abuelos y me quedé sola en la habitación.

Desperté sobresaltada en la misma posición. Bajé la mirada. Un par de ratas se perseguían la una a la otra en una carrera sin ganador por encima de mis pies. Horrorizada, me levanté de un salto. Recularon asustadas hacia un agujero en la pared que les servía de madriguera. Tuve que agacharme enseguida para recuperar el aliento y apaciguar el dolor en el costado que me provocaba la cadena. Inhalé y exhalé varias veces para calmarme. De nuevo sentada contra la pared, me prometí no volver a dormirme, aunque sobre los ojos ya notaba el cansancio provocado por la pérdida de sangre.

Pasé en duermevela las siguientes dos horas, hasta que las ganas de orinar fueron más fuertes. Avancé unos pasos dando saltos y rezando para no clavarme ninguno de los fragmentos de cristal que poblaban el suelo. Tiré de la cadena hasta su límite para alejarme lo máximo posible del colchón y oriné en la esquina opuesta del cuartucho donde me tenían presa. El líquido caliente bajó por el tobogán de mis muslos hasta llegar a mis pies, pero no hice ningún esfuerzo por limpiarme. Al contacto con el líquido, las heridas de los pies escocían, pero el dolor provocado por la cadena me impedía prestarles atención. Durante unos minutos no hice más que contemplar la única puerta de la estancia esperando que el doctor Ángel Blanco Casas y su cómplice aparecieran por fin.

No ocurrió. La luz se fue extinguiendo poco a poco hasta dejarme a oscuras con la única compañía de las farolas que iluminaban algunas zonas de la habitación. Luché contra las ratas, la sed y el sueño el resto de la noche.

35

MARINA

Sábado 18, seis días después del Arde Lucus, 20:00h.

— Le digo que mi amiga ha desaparecido — le chillaba Marina al policía novato que la atendía desde el otro lado del mostrador.

— Señora, no hay ningún indicio y su amiga es mayor de edad, puede ir donde le plazca.

— ¿Señora? ¡¿Cómo que señora?! — dijo indignada. Cada vez gritaba más— . Escúcheme bien, a mi amiga le ha pasado algo grave. Si no van a hacer nada, lo haré yo.

En ese momento, cuando ya se daba la vuelta para salir del edificio con paso firme, se le acercó Martín. Lo reconoció de la noche en la que había aparecido el primer cadáver y Abril empezó esa aventura estúpida.

— Ya la atiendo yo, Roberto — le dijo a su compañero, que se retiró no sin antes advertir a su colega que no había nada que investigar.

— ¿Eres Martín, verdad? — le preguntó Marina sin prestar más atención al policía veinteañero que se alejaba enfadado.

Él asintió despacio.

— ¿Nos conocemos?

— Bueno, no personalmente. Vengo por Abril. Creo que le ha pasado algo grave.

Martín torció el gesto y le indicó que le siguiera hasta un pequeño despacho lleno de papeles y fotografías en las paredes.

— Yo también estoy preocupado — le confesó— . Habíamos quedado para comer juntos, pero no se ha presentado. Pensaba que me había vuelto a dar plantón y a desaparecer. Pero quizá sí que le ha ocurrido algo.

— No contesta a mis mensajes ni a mis llamadas y su primo Luis tampoco tiene noticias de ella desde esta mañana. Habíamos quedado para tomar algo hace dos horas y no ha aparecido.

— ¿Cuándo la habéis visto por última vez?

— Esta mañana. Quedamos en el parque de Rosalía para… para dar una vuelta. Después me marché para ir a trabajar y no he vuelto a saber nada de ella.

— Han pasado solo doce horas, es pronto para dar la voz de alarma. Pero a mí también me resulta extraño, me haré cargo.

— Hay algo más — confesó Marina resoplando. No estaba segura de contárselo, pero la preocupación se impuso— . Ella no quería que lo supieras, pero llegado a este punto… Abril ha estado investigando los crímenes. Temo que la Niebla la haya encontrado.

Martín palideció. Tragó saliva varias veces antes de disculparse con Marina y salir precipitadamente de la habitación. Tardó varios minutos en regresar. Cuando se sentó en una silla frente a ella sudaba a mares y se tocaba el pelo con insistencia. Ante el silencio de Martín, Marina optó por continuar sus explicaciones.

— Esta mañana hemos quedado para decidir cómo continuábamos investigando. La estoy ayudando porque no quería dejarla sola. Antes de vernos en el parque, me mandó su ubicación en directo. Lo hacemos a veces cuando quedamos y una de las dos llega tarde. Pasaban cinco minutos cuando le he preguntado donde estaba y me la ha enviado como respuesta. Como no me ha contestado en toda la mañana y estaba preocupada, la he mirado a eso de las dos. Aún funcionaba en directo.

— ¿Y dónde la situaba?

— A eso voy, me ha parecido muy raro. Se movía por las calles

cercanas a la Fonte dos Ranchos, pero iba a una velocidad que solo se puede alcanzar en coche.

— ¿Por qué es extraño? Consiguió arreglarlo hace poco — le recordó.

— Abril nunca coge el coche para ir por la ciudad, le gusta mucho andar. Y además, lleva aparcado frente a su casa desde esta mañana. Luis tiene las llaves.

— ¿Aún está activa? — ante el gesto confuso de Marina, añadió— . La ubicación, digo.

Marina negó con la cabeza.

— Duraba ocho horas. La última vez que la he mirado, a eso de las cuatro, se movía en círculos por las calles cercanas al parque de la Milagrosa. Daba la sensación de que buscaba un sitio para aparcar. No puede ser Abril.

Martín se disculpó y salió de la habitación precipitadamente, teléfono en mano. Al volver, con incluso peor aspecto y un tic inquietante en el ojo derecho, se sentó frente a ella y anotó los lugares por donde se había movido el teléfono durante el rato que Marina estuvo pendiente de la ubicación. Después se levantó y le tendió la mano para despedirse, pero ella se negó.

— Ah, no. Me quedaré aquí hasta que la encontréis. — Lo miró desde la silla sin hacer ningún ademán de levantarse.

— Hoy no sacaremos nada en claro. Hay que esperar hasta mañana, ver si vuelve a casa esta noche antes de poder actuar — dijo con la intención de sacársela de encima.

— Entonces me quedaré aquí hasta mañana — le desafió Marina.

— Por ahora no podemos hacer nada. Te llamaré con cualquier noticia, te lo prometo — insistió Martín, deseoso de que Marina se marchara.

Se aguantaron las miradas unos segundos, pero finalmente ella cedió.

— Bueno, me iré, pero mañana te acompañaré a buscarla. Si no, lo haré yo misma. Andaba buscando a la Niebla y temo que la haya encontrado.

Nada más ver salir a Marina de la comisaría, Martín corrió a cambiarse. Ya de paisano y sin despedirse de sus compañeros, que lo miraban extrañados, subió al coche y arrancó en dirección a La Milagrosa. Pasó la noche buscándola.

36

ABRIL

Domingo 18, una semana después del Arde Lucus, 11:00h.

La esperanza de terminar con mi encierro se fue diluyendo con el paso de las horas. El dolor de cabeza se transformó en un pitido constante en el oído que no me dejaba pensar. Solo deseaba que parara. Había pasado la mañana intentando romper la cuerda que me ataba los pies con uno de los cristales del suelo, pero era robusta y yo apenas tenía fuerza para sostenerme. Tampoco me habría servido de mucho conseguir desatarme los pies, tan solo habría supuesto un alivio para mis magullados tobillos. Salir de allí era misión imposible. Nada de lo que había en la habitación podía romper la cadena que me ataba a la pared. El ambiente del cuarto estaba cada vez más cargado por el sudor, el hedor de la sangre y las notas de orina que el aire traía hasta mí a oleadas. Por más que me había alejado para hacer mis necesidades, la inmundicia se había abierto paso hasta el colchón donde yacía tumbada.

La ansiedad se apoderó de mí cuando me di cuenta de que quizá me habían reservado la peor de las muertes. ¿Y si no aparecía nadie? ¿Y si lo que querían era que sufriera hasta el extremo y muriera sola y sin respuestas en ese cuarto olvidado? Me tranquilizó pensar que Marina se daría cuenta de mi ausencia y me buscaría. ¿Pero cuánto tardaría? Cuando andaba metida en algo sabía darme mi espacio y tardaba días en llamarme o escribirme.

Yo nunca me rendía, no lo había hecho ni en los peores momentos de mi vida, pero estaba agotada. Me abandoné en ese colchón. Pese a notar las ratas escalando por mis piernas hasta los glúteos, la cadera, la pelvis, no me moví ni un centímetro. Tarde o temprano iban a devorarme. Hundí la cabeza en la mancha húmeda que habían dejado mis lágrimas sobre el colchón.

Horas después, cuando desperté de un largo sueño en el que volví a ver a Carlos, esta vez en un campo soleado muy alejado de las tinieblas que poblaban mis pesadillas, cambié de opinión. Aún tenía una oportunidad de salir de allí con vida. Solo tenía que esperar. Recostada en ese colchón mugriento, tracé un plan.

37

MARINA

Domingo 19, una semana después del Arde Lucus, 12:00h.

Martín no había ido ese día a la comisaría. Marina lo había estado esperando durante un par de horas, pero finalmente se resignó. Llamó a Luis, que desde el día anterior había estado vagando por la ciudad con la esperanza de encontrarla. Ya lo sabía todo, al levantarse había descubierto el tablón escondido bajo el sofá y Marina no había tenido más remedio que confesárselo todo. Ante la desaparición de Martín, decidieron continuar ellos mismos con la investigación de Abril. Si encontraban al asesino, podrían llegar hasta ella. Rebuscaron entre sus notas hasta encontrar la dirección de Marcos, y se presentaron en su casa sin avisar. Cuando le contaron que Abril estaba en peligro, se puso a su entera disposición. En su salón, ante un par de tazas humeantes, la pareja de Ástrid negó conocer al doctor. Jamás habían ido juntos a su consulta y ni tan siquiera le constaba que el ginecólogo de Ástrid estuviera en A Coruña. Marina le pidió las cartas que había encontrado y él se las entregó. No encontraron nada, por lo que le pidieron que les dejara registrar la habitación. Durante un instante dudó, pero finalmente les permitió inspeccionar el cuarto. Estaba convencido de que no encontrarían nada. Marina y Luis escuadriñaron cada palmo de esa habitación y, en efecto, se marcharon con las manos vacías.

Al salir del edificio discutieron qué debían hacer a continuación. No tenían ningún hilo del que tirar y no tenían tiempo para perder en ir a Becerreá, el que hubiera sido el siguiente paso que habría dado Abril. Marina sugirió que lo mejor sería intentar encontrar a Martín. Sabía más o menos donde vivía gracias a lo que le había contado Abril. Se dirigieron abatidos a esa zona de la ciudad. Se sentían inútiles. La preocupación por la desaparición de Abril no les

permitía pararse a razonar, no tenían tiempo que perder. Sin embargo, estaban haciendo exactamente eso. Desesperados, llegaron a la calle donde vivía Martín. Preguntaron por él, incluso enseñaron su foto, pero nadie lo había visto esa mañana. El camarero de uno de los bares de la calle les indicó que se había marchado de madrugada.

— Yo estaba cerrando cuando salió de su portal, ese de ahí, hablando por teléfono — señaló— . Parecía que estaba muy nervioso, incluso golpeó el coche de delante al marcharse.

— ¿Oíste con quién hablaba?

Negó con la cabeza.

— Colgó enseguida. Llevaba mucha prisa. Reventó el espejo del coche al salir, pero no se paró.

Le agradecieron su ayuda y sin saber cómo continuar se dirigieron de nuevo a la comisaría. Para su sorpresa, lo encontraron ahí.

— Habíamos quedado en que la buscaríamos juntos — le dijo ella.

— No podía poneros en peligro — murmuró él mientras los hacía entrar en una pequeña sala— . He pasado la noche buscándola, pero no he encontrado nada. Mis compañeros también están investigando. La encontraremos.

— ¿Qué podemos hacer nosotros?

— Nada. Solo queda esperar. Todo irá bien — intentó imprimir convencimiento en sus palabras, pero no lo consiguió. El tic de su ojo aparecía cada vez con más frecuencia.

Luis y Marina salieron de la comisaría aún más abatidos de lo que habían entrado. No les quedaba otra que confiar en que ellos la encontrarían. Eso sí, iban a seguir de cerca cada uno de sus pasos.

38

ABRIL

Domingo 19, una semana después del Arde Lucus, 22:00h.

La niebla se cuela por los ventanucos del cuchitril en el que estoy encerrada. Una figura aparece en el marco de la puerta. La madera del suelo cruje bajo sus pies al acercarse. El mareo me impide enfocar la mirada y me cuesta distinguir si se trata de un hombre o una mujer. Si quiero escapar tengo que conseguir que me vea tan débil como para soltar la cadena que me aprisiona. Solo entonces tendré la oportunidad de correr por mi vida.

— ¿Quién eres? — pregunto mientras me levanto. Me sujeto en las paredes para no caerme y el yeso blanco se deshace bajo mis manos.

La figura me mira y se aproxima. Pasa una mano enguantada sobre la herida que la cadena me ha provocado en la cadera y que supura un líquido apestoso. Me clava los dedos en la llaga haciéndome gritar.

— Dime, ¿quién eres? ¿Dónde está Ángel?

Mi asesina se detiene, perpleja. Se retira la máscara y me permite observar sus facciones duras, las arrugas que marcan su piel como cicatrices de una guerra y su pelo oscuro repleto de canas. Observo su rostro con atención. Me suena haberla visto antes en algún lugar, pero no recuerdo dónde. Estrujo mi cerebro para rememorar a esa mujer, pero el mareo y el cansancio dificultan la tarea. Solo cuando retrocede un par de pasos la reconozco.

— ¡Eres su mujer! — susurro— . Nos cruzamos en el hospital.

Se acerca de nuevo, aún sin mediar palabra, y me observa con

atención. Después se dirige hacia la mochila que ha dejado apoyada en la puerta al entrar. Vuelvo a romper el silencio.

— ¿Por qué me haces esto? — pregunto con un hilo de voz. El miedo atenaza mis cuerdas vocales.

— Ojo por ojo — dice mientras rebusca en la mochila.

Por fin encuentra lo que busca en la bolsa y se aproxima a paso lento. Saborea los instantes previos a mi muerte, paladea cada momento. Una mueca de satisfacción curva sus labios, pero no consigue formar una sonrisa. Aún entonces se aprecia el sufrimiento en sus ojos. Cuando se acerca aspiro su olor a alcohol y rosas. La mezcla me produce una arcada. Escupo bilis en el suelo, justo al lado de sus pies, y se aparta asqueada. Se vuelve de nuevo hacia la mochila, de la que saca un bote de lejía. Rocía el lugar donde ha caído mi vómito y el líquido salpica mis pies. Las heridas escuecen, arden al contacto con el químico. Aúllo de dolor. Se retira para contemplarme, divertida. Al volver junto a mí, me golpea de nuevo la herida de la cabeza, que se abre y me baña la cara de sangre. El sabor a hierro llega hasta mis labios en el momento en el que mi cuerpo cede y caigo al suelo de rodillas.

Despierto pocos minutos después. Esta vez estoy tumbada sobre el suelo de madera, atada de brazos y pies. La cadena que me aprisionaba la cintura ha desaparecido, pero mi plan no va a funcionar. No puedo pillarla desprevenida y escapar. La soga me impide cualquier movimiento. Una venda reposa sobre mi cuello y estoy segura de que servirá para taparme los ojos. ¿O quizá la boca? Cruzamos las miradas y el ritual comienza.

— ¡Para, por favor! ¿Por qué haces esto? — imploro mientras me separa las piernas.

— Solo hago justicia.

Las líneas de marioneta que enmarcan sus labios se mueven bruscamente cuando pronuncia esas palabras. Intento hablar de nuevo, pero me lo impide con una bofetada. El impacto me produce un latigazo en las cervicales que aumenta mi mareo. Empiezo a ver doble y cierro los ojos para frenar el vómito que vuelve a escalar

por mi garganta. Los abro de nuevo y desde el suelo contemplo la niebla que ya cubre la muralla. Después fijo la mirada en ella. Sin girarse, palpa el suelo hasta encontrar el objeto que busca. Se trata de un ovillo de lana como el que encontraron en los cuerpos de Ástrid y Natalia, como el que me describió Antía.

Un destello justo detrás de mi asesina, cerca de la puerta, llama mi atención. Entrecierro los ojos para distinguir de qué se trata. El metal de una pistola resplandece. Quien la empuña es Martín. Aprieto los dientes para ahogar la enorme sonrisa que amenaza con contraer mis labios. Se va acercando hacia nosotras poco a poco, en medio del silencio sepulcral de la habitación. Pero cuando está a apenas un metro y ya se prepara para sacar las esposas, la madera vieja lo traiciona. Cruje bajo sus pies y la asesina se da la vuelta de inmediato.

— ¿Martín? ¿Pero qué haces tú aquí?

— Llevo dos días buscándote — responde. La pistola tiembla bajo sus manos sudorosas.

— ¿Cómo me has encontrado?

— He ido a tu casa. Solo faltaban las llaves de este edificio, así que supuse que estaríais aquí — hace un gesto hacia mí, que lo miro incrédula desde el suelo— . Suéltala.

— No puedo — responde ella.

Mientras habla, alcanza un cuchillo, que reluce bajo la luna. La niebla se ha ido disipando hasta dejar un hueco en el cielo por el que se cuela la luz. Lo balancea ante mí y lo posa sobre mi vientre.

— Amparo, aún estás a tiempo de escapar. Te ayudaré, te lo prometo.

— Hace tiempo que tus promesas no sirven para nada.

Martín quita el seguro de la pistola. El arma apunta hacia sus piernas. No quiere hacerle daño. Lo entiendo todo cuando contemplo su mirada y descubro que es la misma que presencié en la terraza de un bar hace tan solo dos días. Entonces la miro a ella y

reconozco la camiseta negra ceñida, los músculos que se mueven bajo la tela y el pelo negro, esta vez suelto sobre sus hombros.

— Hazme caso, puedo ayudarte a llegar a la frontera. Mis compañeros no sospechan nada, si desapareces nadie te encontrará — insiste Martín.

— ¡No! — grita— . Tengo que terminar el trabajo. Es hora de que estas zorras paguen por lo que han hecho.

— No me obligues a disparar — suplica él.

— Deberías haberme matado entonces.

Martín solloza. Se sorbe los mocos y se seca las lágrimas con el uniforme mientras la apunta con la pistola. Los espasmos del llanto sacuden sus hombros y tiembla tanto que dudo que pueda llegar a usarla si llega el momento.

— ¿Sabes lo que es imaginar cada noche cómo hubiera sido ese bebé? — pregunta Amparo.

— Siento mucho lo que te hicieron. — Martín baja el arma.

— Podías haberlo evitado, y sin embargo te quedabas quieto. Te sentabas ante mi cama y mirabas lo que me hacía papá. ¡Nunca hiciste nada!

— Se lo dije a mamá, pero me hizo jurar que no se lo diría a nadie. Era solo un niño…

— Y yo era solo una niña — murmura Amparo antes de alzar el cuchillo y hundírmelo con fuerza en el costado.

Cuando el afilado filo del arma atraviesa mi piel, unos pasos apresurados llegan a la carrera. Marina irrumpe en la habitación con la respiración entrecortada. Se agarra a la puerta para recuperar el aliento. De mi boca brota un hilo de sangre y me tumbo de lado para aplacar el dolor. Tapono la herida con ambas manos y fijo la mirada en Marina para tratar de mantener la calma.

— He llamado a la policía. Vienen hacia aquí — consigue decir

antes de correr hacia mí. Martín la detiene. Su hermana sigue blandiendo el cuchillo.

Las palabras de Marina precipitan los hechos. Amparo entiende que debe darse prisa y destapa un pequeño bote. El líquido que intenta volcar sobre mi boca es transparente y no huele a nada. Parece agua, pero entiendo que es veneno. Me resisto con las pocas fuerzas que me quedan y Martín dispara. La bala impacta contra su pierna derecha y su sangre se junta con la mía. La asesina grita y recupera el cuchillo del suelo. Se arrastra hacia la oscuridad y la pierdo de vista.

Aflojo la presión de mis manos contra la herida y la sangre se escapa de mi cuerpo a borbotones. Tiemblo sin control y mis dientes castañetean por el frío repentino que hace en esa habitación. Marina y Martín se miran y entienden que me queda poco tiempo. Él se acerca y presiona la herida con fuerza. Marina me acaricia la cara y promete que todo irá bien. El dolor es insoportable hasta que de pronto dejo de sentirlo. Por la ventana llega el sonido de las sirenas, cada vez más cerca.

UNA SEMANA DESPUÉS

Domingo 26 de junio, dos semanas después de Arde Lucus, 10:00h.

Un hombre avanza entre los pinos cercanos al cementerio municipal de San Froilán, situado a las afueras de la ciudad y rodeado de árboles y naturaleza. Acaba de estacionar su BMW frente a la puerta de entrada, presidida por una gran cruz. La atraviesa decidido. Está flanqueada por dos columnas a cada lado, pero no se detiene a mirarlas y continua su camino. Camina a toda prisa por la calle principal. El traje negro le hace sudar, se siente deshidratado. Se frena frente a una fuente, en vano. Un cartel junto a dos regaderas indica que el agua no es potable. Maldice y retoma su marcha.

Se fija en las tumbas a ambos lados de la calle. El día es soleado y en otras circunstancias se habría detenido a contemplar la belleza de esa ciudad de muertos. En cambio, continúa avanzando. Supera el elegante panteón de la familia Ventosinos, una construcción de estilo neogótico de la segunda mitad del siglo XIX y hace lo propio un poco más adelante con el Cristo Redentor de Francisco Asorey. La figura de Jesucristo con la ostia pegada al pecho data de 1935 y pese a ser muy admirada por los visitantes del cementerio, a él le provoca escalofríos. Odia todo lo que le recuerda a la muerte, a lo efímero de la existencia. Y eso que por su profesión está harto de ver cadáveres.

La siguiente construcción con la que topa es un pequeño panteón de gran belleza que en esa ocasión está cerrado. Los mosaicos dibujan flores en el arco gris que enmarca la puerta de acceso a la cripta y decoran los cristales exteriores del edificio con un verde esperanza. Para él ese color en un lugar como un cementerio es una contradicción, pero intuye que para los creyentes es la promesa de una vida más allá donde reencontrarse con sus muertos. Continúa caminando hasta dejar atrás el panteón y llega a una especie de rotonda. Varios caminos se presentan frente a él. Gira a la derecha y sigue andando. Cien metros después, se detiene.

Se une a la multitud que se congrega frente a una de las tumbas. Al leer el nombre siente de nuevo que algo se quiebra en su interior. Ha fallado y la inscripción se lo recuerda.

***

El inspector otea los rostros de los allí presentes hasta reconocer el mío. Se acerca y se agacha hasta ponerse a la altura de la silla de ruedas desde la que observo la tumba de Ástrid.

— ¿Se sabe algo ya? — pregunto sin dejar de mirar la lápida repleta de flores.

— Nada, sigue desaparecida.

— ¿Y Martín?

— Hemos conseguido que confiese, pero no le sacamos dónde puede estar su hermana. La va a proteger hasta el final, se siente culpable por lo que le pasó de niña.

— ¿Sabe dónde conoció a Natalia? — es el único cabo suelto, el elemento que no encaja.

— Amparo era profesora de historia. La conoció en el instituto de Becerreá. Cuando la violaron, el rumor corrió como la pólvora por el pueblo y llegó a sus oídos. Más adelante se supo que estaba embarazada y que quería abortar. Martín dice que eso le recordó al hijo que su madre no le permitió tener, fruto de los abusos del padre. Nunca pudo volver a quedarse embarazada por la mala praxis de los médicos durante su aborto.

— ¿Y por qué la mató dos años después?

— Al cumplir cincuenta, se dio cuenta de que ya nunca podría cumplir su deseo. Justo entonces se la encontró por el pueblo y empezó a planear cómo matarla. Empleó un método que al parecer usaban las mujeres romanas como anticonceptivo, ya sabes, con la

lana… Pero con eso no las mataba, utilizaba veneno.

— ¿Y la venda? — pregunto.

— Al parecer simboliza la justicia.

Mantenemos el silencio hasta que los trabajadores de la funeraria terminan de colocar las flores sobre la lápida. Marcos me saluda con un gesto antes de marcharse. Lo contemplo desaparecer tras los árboles a paso lento. Ha venido a despedirse y a perdonarla. El inspector resquebraja el silencio.

— Debo disculparme de nuevo — dice cogiéndome las manos. Me zafo de él de inmediato— . El hijo de puta nos ha engañado a todos. Menos mal que su amiga y su primo lo siguieron durante esa tarde. Nosotros estábamos ocupados investigando las pistas falsas que nos había ido señalando. Lo siento mucho, de verdad.

Hago caso omiso a los lamentos del inspector Madariaga. Cada noche, el sentimiento de culpabilidad que lo atenaza le obliga a levantar el teléfono y llamarme para comentar la investigación. Es la tercera vez que me repite la historia de cómo Martín consiguió encontrarme antes de que fuera tarde. Los lugares por donde se movió mi teléfono acabaron de confirmarle que había encontrado a la Niebla.

Sin embargo, la policía no ha conseguido que confiese dónde se encuentra su hermana. Martín sentía que le debía algo desde el primer día que vio cómo su padre abusaba de ella. Cubrirla había sido un acto de redención. Todos en la casa sabían lo que pasaba en el cuarto de Amparo cada noche y nadie hizo nada para salvarla. Un mal día, con doce años, su madre descubrió su vientre hinchado y una prueba confirmó el embarazo. Ese mismo día la hicieron abortar. En el proceso, algo salió mal, pues nunca fue capaz de concebir un hijo, por más que lo intentó.

— ¿Y el rastro de sangre? — desvío la conversación.

— No nos ha llevado a ninguna parte. Esto… — dice mientras se rasca la cabeza muy nervioso.

Me mantengo en silencio. Con un movimiento de cejas le indico que puede continuar, se me está acabando la paciencia. Titubea antes de seguir hablando.

— Martín no hace más que pedir que le dejemos verla. Quizá podría hablar con él. Es posible que con usted se abra.

Niego con la cabeza antes de tenderle la mano y marcharme. Siento su mirada sobre mí durante unos segundos. Después la aparta. Hago rodar la silla de ruedas hasta el árbol donde se bifurcan los caminos y veo a Marina a lo lejos, bebiendo de una fuente.

— No es potable — le advierto al acercarme a ella.

— Agua corriente no mata a la gente.

Nos reímos de su enésimo refrán de abuela mientras empuja mi silla de ruedas hasta el coche. Me levanto a duras penas, con la mano encima de la cicatriz supurante.

— Estoy harta de no poder conducir — me quejo desde el asiento del copiloto.

— ¡Si ni siquiera te gusta! — me recrimina— . Además, ya queda poco para que te quiten los puntos, deja de quejarte.

— Así no puedo trabajar — digo mientras miro los árboles correr tras la ventana.

— ¿En la novela? — pregunta curiosa— . ¿Cuándo me dejarás leerla?

— En la investigación. Voy a encontrarla.

Mantenemos silencio durante el resto del trayecto. En el portal nos espera Luis, cargado de maletas. Dejamos atrás Lugo y nos adentramos en los Ancares. El paisaje amortigua el peso que siento en el pecho y la fachada de la casa lo encoge hasta hacerlo desaparecer. Marina lo trae de vuelta con sus quejas. No entiende que continue persiguiendo la Niebla ahora que ya ha despejado.

Agradecimientos

Escribir esta novela ha sido todo un reto que no hubiera superado sin mi familia y amigos más cercanos. Por eso le debo un agradecimiento público a mi madre, que me ha inculcado esta pasión por la literatura desde niña y no me ha soltado nunca de la mano. Se lo debo todo. A mi padre le agradezco haberle puesto música a esta historia y a mi vida. A Tei le agradezco haber entrado en mi vida para hacerla mejor. No te vayas nunca.

También merecen un lugar destacado Isabel, que cree mucho en mí y me ayuda siempre que lo necesito, y Laura. Sin ella no hubiera sido posible hacer la promoción de esta novela (ni aprobar diseño para graduarme en periodismo). Gracias también a todos los que hacéis que cada verano sea mágico, a los que me regaláis ratos de charla y partidas en la maravillosa terraza de Mercedes. Sois una gran parte de Tras la Niebla.

Gracias a vosotros, baldufes, por vuestro apoyo constante, por vuestra ilusión y por vuestra fuerza. También por ayudarme a dar con el título perfecto. A Jenny un agradecimiento especial por ser la mejor presentadora que hubiera podido escoger.

A Carlos, por poner las bases de esta novela en la facultad de periodismo, cuando me maravillaba con sus clases y la pasión que transmitía. Gracias también por esa primera revisión y tu entusiasmo. A Sílvia por dejarme promocionarlo en su diario, por los consejos y correcciones en el manuscrito original y por las pizzas de Nutella.

Al equipo de Autografía y en especial a Alfonso, agradecerles su apuesta por mí y el entusiasmo con el que han recibido la novela. Me habéis hecho cumplir un sueño.

Por último, el GRACIAS en mayúsculas, el más importante. A mi abuelo, que aunque ya no está es el motor de esta novela. Le agradezco todo lo que me ha enseñado y la bondad que mantuvo hasta el final. Espero haberla heredado. Va por ti, Iaio, y por tu lugar favorito en el mundo.